Fray Mocho

REVISTA SEMANAL



"CANDOR"

Por T. SALA

N.° 838

PAGINA INFANTIL

AVENTURAS DE PIPIRI

























FRAY MOCHO



Fundado el 3 de Mayo de 1912 — Redaccion y Administración. BOLIVAR 879

Año XVII — Buenos Aires, mayo 15 de 1928 — N.º 838

Brillante porvenir, por Rojas

—¿De qué se ríe, don Hipólito?
—De ver la trenzada de esos canes.
—Pues que no le haga tanta gracia, porque es lo que va a pasar entre sus partidarios el día en que usted tome boleto para el otro mundo...

UNA VIDA DE MUJER

Por E. Carrasquilla Mallarino

(Conclusión).

Pasó algún tiempo, durante el cual Rosita pareció familiarizarse algo con su nueva existencia, aconsejada de continuo por sus padres y mimada en todos los detalles posibles por su marido. Regalos constantes, vestidos, enviados directamente de París y que Rosa se ponía raramente; todo, en fin, que marido y padres creían que podía constituir la dicha, lo tenía la joven señora, hasta un manto de marta cebellina que era una joya imperial y con el que la mujer del exportador, arrellenado con Aminta en el automóvil, que también le ofreciera Helman, recorría Palermo, la Avenida de Mayo, y algunas veces la calle Florida. Algunas veces nada más, las imprescindibles, pues la vista de esa calle la ponía profundamente melancólica. Sin embargo, aunque no pasase por Florida, cuando salía, Rosita miraba siempre a los transeuntes, tratando de encontrar un rostro inolvidado. Había venido a ser como un segundo pensamiento en un segundo cerebro la costumbre evocativa de su amor único, tan fugaz como desventurado.

Pero nunca más, ni en teatros ni en carreras ni en paseos había podido Rosa volver a encontrarse con el joven que sólo en dos momentos de su vida había encontrado, cual si el destino juguetón hubiese querido, por burlarse de ella tan cruelmente, mostrarle apenas al hombre que era su ideal y a quien ella habría idolatrado con todas las fuerzas de su juventud y las energías de su alma.

La pobrecita no podía curarse, por tanto, de esa herida, que la ausencia desventurada, debida a un detalle insignificante, abrió en su corazón.

Rosita Nil se consumía en la tristeza del oro.

Entrada, no obstante, en la vida de un hogar lleno de boato y frecuentando círculos sociales de tono, donde abundaban mujeres que sufrían como ella, Rosa Nil de Helman llegó a comprender y sentir el vacío y la nada en la abundancia.

Agravando los motivos de ese estado de alma desolador, ha de tenerse en cuenta que el destino no quería deparar un heredero a los esposos Helman, cosa que afligió a la joven señora, quien al ver su vida tan definitivamente moldeada, tan sin esperanzas de realizar lo irrealizable, hubiese querido tener un bebé o una nenita para entregarle los tesoros escondidos e intactos de su ternura de mujer de corazón.

Alarmados doña Rosenda y don Gracián y no menos Helman, con el desgano que había vuelto a apoderarse de Rosa, reuniéronse en consejo una noche, mientras la joven dormía, y resultó de las deliberaciones que Enrique y su mujer partirían en viaje de recreo para Europa.

Al siguiente día, cuando Rosita se levantó y pasó a la vecina casa paterna a ver a su mamá, ésta la recibió con alegría que no le era ya habitual.

—¡Qué contenta estás, mamaíta!

—Sin embargo, la que debería estarlo eres tú!

—¿Cómo así?

—¡Pues claro! ¡Enrique nos ha dicho que te va a llevar a Europa! Verá si es posible partir en seguida, en un buen transatlántico, y creo que te lo dirá hoy al regresar de su escritorio. No te lo diría anoche ni esta mañana por dormilona. ¿No es verdad?

—Sí. No me dijo nada.

—Bueno: ¿pero te gusta el viaje? Iréis primero a Londres y luego a París, donde podrás entenderte tú misma con tu modista y con tu costurero, y volver con la última palabra de la elegancia.

—No está mal la idea. Pero me agradaría mucho más si vinierais tú y papá: Así sería muy interesante la travesía, y tú me acompañarías a las compras en París. ¿Por qué no han de venir?

—No, hija no. Yo le tengo mucho miedo al mareo. Y no podemos abandonar la fábrica, ni Gracián retirarse del correo donde será pronto jubilado en excelentes condiciones. ¡Vayan! ¡Vayan tranquilos! Y tú, sacude esas telarañas de tristeza que van muy mal a tu edad y a tu posición. ¡Vive, hija mía! Vive y no sufras por ideas y cosas más o menos irreales.

Pocos momentos después llegó Aminta de visita, aprobando con entusiasmo el viaje de su amiga y viendo en perspectiva el espléndido regalo que le traería, pero al que, naturalmente, no aludió.

Por la tarde, a la hora del té, llegó Enrique, sorprendiendo a las tres damas y a don Gracián, que había salido también temprano de sus quehaceres.

Enterada Rosa por su marido, aceptó el viaje.

Los preparativos, las visitas de despedida, los adioses mismo del momento de embarco y de partida, fatigaron a la señora Helman — que de suyo no se sentía muy fuerte — y Enrique la hizo descansar en el camarote. Envuelta en preciosa bata negra de crespón de la China, con motivos verdes, Rosa recogióse durante los primeros tres días de la navegación. Pero, creyendo al cabo que más la fatigaba ya el recogimiento, vistióse al cuarto día toda de blanco, sujetándose la negra cabellera con una gasa larga, azul pálido, que cayéndole sobre el hombro flameaba alegremente a la brisa del mar.

Helman había ordenado colocar dos largos sillones de paja sobre el puente principal y no lejos del "bar", donde se subscribió desde el comienzo al "cocktail del día".

Un mozo colocó los cómodos asientos y, estando el tiempo bueno, la señora Helman, después de dar dos vueltas orientadoras por el puente en compañía de su esposo, se sentó a contemplar los saltos de la espuma y los arcos iris fugaces que con ella hace la oblicua luz del sol.

Siendo el pasaje numeroso y muy concurrido el puente, a medida que se acercaba el mediodía, Rosa decidóse a observar el desfile de los compañeros de viaje.

Damas de alguna edad, señores respetables, muchachas deliciosas y jóvenes sonrientes, iban pasando a la vera de Rosa, todo el mundo impecablemente vestido, respirando bienestar. Algunas damas y algunos caballeros que se sentaron alrededor de la señora Helman le hicieron pequeñas inclinaciones de cabeza cortésmente insinuantes, a las que ella contestó con menos finura.

Llegada la hora del almuerzo, vibró por segunda vez el "gong" en salones y cubiertas, llamando al comedor, y los pasajeros comenzaron a ocupar sus mesas respectivas, en una de las cuales tomaron asiento los esposos Helman con otro matrimonio, al que fueron presentados por un comedido oficial de la nave.

La orquesta insinuó a poco los elegantes ritmos de "El encanto de un vals" y los mozos de servicio iniciaron el vaivén de sus blancas pecheras.

—Pero tiene usted poco apetito — dijo el señor compañero de mesa de Rosa, quien sonrió sin contestar.

—Sí, come muy poco, — repuso Helman — pero el mar la estimulará.

—¿Se marea usted, acaso?—preguntó la otra dama.

—No, no creo marearme. Desde luego, mis experiencias no han sido más que en el Río de la Plata; y allí, ¡claro!, nadie se marea. ¿Y usted, señora?

—Yo estoy en el mismo caso suyo. Trataremos de tener buen pie marino, ¿no es verdad?

Así iniciaron una amistad simpática los dos matrimonios, interesándose las señoras en comentar las "toilettes" de las otras viajeras y en hablar de la música vienesa, tan graciosa y tan alegre.

—¡Y tan picaresca a ratos! — concluyó alguien.

La señora Helman rió con una dulcísima sonoridad, que era muy suya, quedándose, de súbito, absorta, al mirar hacia un lado del comedor y palideciendo hasta el punto de alarmar a su esposo y a los compañeros de mesa.

—¿Qué te pasa, querida? — díjole Helman.

—¿Se siente usted mal? — agregó a una voz el matrimonio.

Rosa, cual si instantáneamente se hubiera convertido en un trozo de mármol, tanto por su color como por su frío y rigidez, trató en vano de responder; y el médico de a bordo, Helman y los amigos la condujeron al camarote, presa de un profundo malestar.

—¡Qué delicada es la señora! ¡Mire usted que marearse con un tiempo tan bueno, en un mar de aceite!... — dijeron algunos.

Más nadie advirtió que al otro lado del comedor un joven y distinguido viajero palideció también intensamente.

Fernando y Rosa se acababan de volver a encontrar.

A eso de las nueve de la noche — como ya era costumbre — Helman y su mujer subieron al primer puente.

La mar, apenas tocaba por las puntas de las alas del viento, recogía en sus temblores la luz de las estrellas y el navío navegaba con un cabeceo imperceptible.

El marido de Rosa, mientras ella contemplaba el cielo y el mar, acercó las largas sillas de viaje en un rincón de la cubierta.

—Aquí estaré bien. Extiéndelas. Las de nuestros amigos creo que son estas otras. Así conversaré con los señores Basil que tal vez vengan, y tú estarás tranquilo en tu pocker — y se sentó extendiéndose.

Helman acomodó a su esposa y preguntóle:

—¿Cómo te sientes?

—Muy bien.

Tranquilizado entonces e informado por un camarero de que sus compañeros de juego le esperaban, Helman besó a Rosa en la frente para irse luego al fumadero en busca de sus camaradas habituales.

—No será largo el juego de esta noche — dijo al partir.

—Juega todo el tiempo que desees. No te preocupes por mí, que si algo necesitara te haría llamar — respondió la joven señora.

Al quedar sola, Rosa retocóse el peinado, estiróse la falda sobre las piernas horizontales en la silla, y quedó luego en una romántica actitud de espera.

EL BANCO DEL SUPLICIO

A punto de dormirme bajo el ledo
suspiro del arcángel que te guía,
hirióme el corazón tu analogía
con una ingrata que olvidar no puedo.

Reclinada en el banco del viñedo
junto al tilo de exánime apatía,
al iluso terror de que eras mía
me arrodillé con tembloroso miedo.

Partido por antiguo sufrimiento,
sobre tu frente agonicé un momento...
y cuando el sueño te aquietó en el blando

tul irreal de los deliquios suyos,
uniéronse mis labios a los tuyos,
y como un niño me alejé llorando.

Julio Herrera y REISSIG.

Como desde hacía varias noches, cuando la silueta le Helman se esfumó, otra silueta divisóse al lado opuesto del puente. Fernando Díaz dirigíase, en eefcto, hacia donde estaba Rosa, a cuya presencia detúvose.

—No se detenga todavía, Fernando. Dé otra vuelta y vea si él está ya jugando.

Díaz inclinóse obediente, fué a cumplir la indicación precavida, regresando a poco y sentándose al lado de Rosa.

—Está en plena partida, y nada lo moverá. Tenemos, pues, asegurada la tranquilidad de dos pequeñas horas,—dijo el joven, agregando, — ¡está la noche tan bella!

—¡Sí! Mucho — repuso Rosa con un dejo casi imperceptible de melancolía.

Fernando, echado a lo largo de la silla, cogió tiernamente la mano larga y sedeña de la muchacha, incapaz desde hacía varias noches, de substraerse al cariño tanto tiempo esperado y tantas veces llorado.

—¡Ah, no. Deme la otra, Rosita! — dijo el enamorado, rechazando suavemente la mano que había cogido entre las suyas.

Rosa no respondió, sino que, sacándose el anillo de boda, lo pasó a la mano derecha, devolviendo a Fernando la del corazón.

—Y pensar que es mía desde hace tanto, esta mano querida—murmuró Díaz al oído de la señora Helman — y ver que la suerte se ha burlado tan cruelmente de mí.

Al decir esto, Rosa le tapó los labios y murmuró a su vez, corrigiendo:

—De "nosotros". ¿Por qué es usted egoísta al deplorar nuestra desdicha?

—Perdóneme Rosa. Es que a ratos olvido lo que usted me ha contado y lo que le he referido yo; toda esa serie de pequeños obstáculos fatales que, interpuestos en nuestras vidas, las han querido separar para siempre.

—Sin embargo, el mismo azar adverso nos ha vuelto a reunir, — expresó la mujer, aunque sin acentuar mucho las palabras que tan débil consolación entrañaban.

—¡Y nos tornará a separar, Rosa! Esto es lo que me parte el corazón, como me partirá la vida.

Hubo una pausa. Era pausa indeclinable que corta los razonamientos, cuando con ellos se quiere evitar lo que inexorablemente ha de suceder.

Al fin, Rosa, dijo haciendo un esfuerzo:

—¿Y mi vida? ¿Le parece digna de vivirla, Fernando? ¿Cree usted que yo he vivido y que vivo?

Los enamorados se miraron en la sombra durante un segundo. Después, la boca en la boca, en un ósculo largo, ensoñador, confundieron aquellas dos tristezas que formaron una sola pena.

Luego la juventud hizo uno de sus prodigios de consolación. Porque la juventud, encendida por el amor, estalla siempre en flores de esperanza.

Así, la lenta y dulcísima caricia no solo puso fin al instante dramático provocado por el imposible visto cara a cara, sino que causó maravillosa transformación, suscitó alegría inesperada en las almas sufrientes.

En ese momento llegaron del salón los ecos de una música argentina, cuyos ritmos lánguidos y amorosos acabaron de entonar aquellos corazones en una cálida ufanía.

—¡Cómo te adoro, Rosa mía, y cómo me siento feliz al acariciarte sobre este mar profundo... acaso mucho menos que mi amor!

Hasta el recuerdo de Helman parecía borrado en ese momento amoroso, aunque algo temerario.

Rosa, blanca la bella faz, con una blancura de nuevo y pulido marfil, que no había sombreado aún el viento marino, y toda de blanco vestida, se había quedado como embriagada por la terneza que fluía de Fernando y parecía extasiarse en la realización de un sueño.

Mas, sintiéndose pasos que se acercaban al propicio vericueto y pronto oyeron las voces del matrimonio compañero de mesa de los Helman.

Fernando púpose en actitud de una perfecta etiqueta, frente a la señora de Helman.

—¿Está usted aquí, señora?—preguntó la Basil, al par que los caballeros-saludábanse.

—Sí señora Basil. Estaba sola y el señor Díaz pasando por aquí se ha detenido un momento.

Los Basil se sentaron y la señora dijo:

—Se activan muchísimo los preparativos para el baile de disfraz de mañana por la noche. Todas las chicas y los jóvenes están muy entusiasmados; y no son ellos, pues no hay nadie que no vaya a disfrazarse. ¿Ustedes habrán pensada naturalmente, el señor Helman y usted, no es verdad? Y lo mismo el señor Díaz, ¿no es cierto?

Rosa y Fernando se miraron sonriendo éste después a la señora Basil, mientras Rosa contestaba:

—Sí, hemos pensado. Helman es muy entusiasta y muy juvenil, como buen anglosajón; y compró en Río un disfraz. No sé cuál. No ha querido decirme, pues se vestirá en el camarote de sus amigos.

—Y usted, señora Helman, ¿de qué se vestirá? — inquirió el señor Basil, que a pesar de su medio siglo sonado se divertía a bordo como un adoslecente.

—¿Yo? — dijo Rosa — ¡ya me las arreglaré! Guardo mi secreto...

—Y con usted se cuenta también, señor Díaz — balbuceó la señora Basil.

En la conversación del baile carnavalesco entraban los del grupo, cuando apareció Enrique Helman.

Era cerca de la una de la madrugada.

El recién llegado saludó a todos los circunstantes, cambiando luego un dorado egipcio con Fernando, quien había sacado su cigarrera simultáneamente.

—¿Qué tal te fué? — preguntó Rosa a su esposo.

—¡Verdad que el pocker monopoliza un poco al señor Helman! — murmuró la Basil.

Aquél respondió a su mujer:

—¡Psch!... Esta noche no me ha ido muy bien. Mis amigos tuvieron mucho juego y yo, apelando un poco al "bluff", agravé la situación. Pero mañana los arreglaré.

—Mañana por la tarde — agregó la señora Basil.

—Ah, sí. Porque por la noche tendremos nuestro famoso baile. Yo ya estoy listo. Rosa no me parece muy decidida. ¿Y ustedes?

Todos respondieron a una voz, estar prestos.

—Pero pregúntenle ustedes a mi marido de qué se disfrazará — dijo la señora Helman.

—¡Oh, no! Este es un misterio, una sorpresa, y decirlo no tendría gracia, ¿verdad?

Helman fué aprobado, y acto seguido los dos matrimonios despidiéronse y quedóse Fernando solo en el rincón del puente, aspirando como un ingenuo fetichista, el almohadoncillo sobre el que Rosa recostaba su cabeza. ¿Habíalo olvidado, o lo había dejado allí ex profeso? La última hipótesis trató de consolar a Fernando en las meditaciones de aquella noche pasada allí hasta que aparecieron los primeros destellos del alba.

Durante todo el día la actividad de los pasajeros, de los domésticos y aún de la oficialidad del navío, fué tan intensa como divertida.

A bordo del "Horn" nunca se había preparado una fiesta que adquiriera las proporciones actuales, ni aún en tiempos en que la nave hiciera el servicio entre el puerto de Glasgow (Greenoack), Halifax y Nueva York. De manera que aun aquellos de la tripulación que no tomarían parte en la mascarada llenaban sus horas de labor o de holganza comentando los preparativos del baile.

Pasó la jornada, y por la noche, media hora después de la comida, salones, "halls", biblioteca, bar y fumaderos, se iluminaron "a giorno" anunciando el comienzo de la velada. La orquesta de la cámara y un grupo de músicos acordados para el caso, habían dispuesto turnarse a fin de que las armonías de valse vienés o del tango porteño no dejasen de animar la fiesta, amén de las violentas danzas que los negros norteamericanos han puesto en boga y que llevan nombres más o menos grotescos.

Antes de las diez de la noche con una mar tranquila y con una temperatura agradable, pues encontrábase el "Horn" a la altura de Gibraltar, inicióse el torneo, donde la fantasía y el buen gusto de las parejas iban a ponerse de manifiesto, aspirando a los premios ofrecidos y al triunfo del momento.

Por parejas y grupos mayores principiaron a invadir el vasto espacio ed la fiesta los numerosos pasajeros, entre los que había mujeres muy bellas y niñas casaderas deliciosas, sin olvidar los caballeros apuestos y los mocitos inquietos.

De modo que un rato después de la iluminación, a la que siguieron la primera pieza musical y las parejas entusiastas, el transatlántico era un palacio de la fantasmagoría y de la risa.

El contraste de aquella mar de olas breves, silenciosas, cansadas, de aquella sombría y vasta mar sobre la que caían los cendales espesos de una noche dudosa, con la sonoridad lumínica y la alegría incontenida de que iba cargado el buque inglés, tenía no sé qué sugestiones enigmáticas.

Mas, ¿dónde estaban y qué hacían nuestros personajes?

Rosa fué, después de la comida, a su camarote, donde la sirvienta que llevaba le tenía listo el pre-

EL CORAZON EN SU CARCEL

No hay desdoro:
es natural que el avaro,
busque el oro...

Es natural que al sediento,
abrasado,
ante el agua cristalina
lo veas enajenado...

Soy poeta:
Si la belleza me encanta;
si mi verso ante una flor
se levanta;
si el cielo me maravilla
y una estrella que en él brille,
es una cosa sencilla
que ante tí me maraville
y me humille...
eres bella:
¡eres flor, cielo y estrella!...

El rayo de luz adora
el prisionero...
el corazón en su cárcel
suspira por un "Te quiero"...
natural que el prisionero
se escape de su prisión...
¡no extrañes que se me escape
del pecho mi corazón!

Soy avaro:
no hay desdoro;
no te enojes si codicio
el tesoro
de tu pelito de oro...

Vicente MEDINA

cioso disfraz. Vistiólo la bella señora, pero no queriendo ser de los primeros en acudir a los salones, había esperado un rato.

Fernando, ayudado por una camarera, había logrado habiiltar un traje vistoso, pero en vez de dirigirse a los salones en seguida, había preferido rondar antes por los puentes y observar por las ventanas y puertas a ver si adivinaba a su amada.

En cuanto al juvenil señor Helman, a quien cambiaba el carácter la navegación, salió del camarote de sus compañeros de pocker, donde habíales ayudado eficazmente uno de los peluqueros a caracterizarse de Fausto, antes del pacto con el Demonio.

Mas, a medida que la fiesta tomaba impulso iba cobrando mayores encantos y el espectáculo resultaba verdaderamente interesante por la variedad de colores y cortes, por los bellos cuerpos y las carnes exquisitas que descubrían y hasta por la originalidad de algunos disfraces.

El "Horn" navegando gravemente en plenas tinieblas atlánticas — sobre las aguas negras y bajo los crespones nocturnales — era algo feérico, insospechado y maravillosamente absurdo, que hizo meditar a Fernando Díaz.

Pero la meditación no fué larga, porque una de las veces en que contempló la concurrencia que pasaba por el "hall" central, analizando de hito en hito a cada una de las figuras femeninas de lindos perfiles, sus ojos detuviéronse en algo que parecióle una sublime aparición.

Una dama, en efecto, ataviada primorosamente con un traje de "Pompadour", había deslumbrado al joven Díaz, tocándole las fibras más sensibles de la añoranza. Y esa dama no podía ser otra que Rosita Nil.

Entre el bullicio ardiente y rítmico de un tango policromo, Fernando deslizóse hasta el salón donde la evocadora del gran siglo francés hablaba con una "china" campera y con un gaucho muy bien encarnado.

Al llegar el joven frente al grupo, la exquisita "madame de Pompadour" hizo un mohín de sorpresa. Luego, separándose de los tipos pampeanos, siguió a un lujoso cortesano versallesco, quien a su turno despertaba un amabilísimo recuerdo en la memoria de la gentil señora.

Las dos figuras versallescas salieron entre los remolinos danzantes inadvertidamente, e inadvertidamente se mezclaron con algunas parejas románticas, que sin quitarse los antifaces de rigor, paseaban por el puente externo, desde donde se oían los rumores del festejo como venidos de un mundo extraño.

Llegados Rosa y Fernando a un sitio menos concurrido, cogiéronse de las manos como dos chicos que fuesen a saltar de alegría. Luego se separaron un poquito para contemplarse íntegramente, y un minuto más tarde, enternecidos, pensaron en la elocuencia de tan grato silencio, cuán profundo y grande era el amor que los embargaba, y se abrazaron estrechamente. Levantáronse los antifaces, y se besaron en uno de esos besos con que se beben las almas mutuamente.

—¡Qué delicadeza la tuya en disfrazarte así! — exclamó Fernando.

—¡Tanto como la tuya! — respondió la bellísima joven, agregando: — este es el mismo disfraz de la noche en que te conocí. Lo he guardado, ya ves, como se guarda un objeto precioso salvado de un siniestro.

—Yo también Rosa mía, yo también había guardado este traje, compañero del tuyo en la noche inolvidable de Buenos Aires. Este traje que ha sido durante largo tiempo la mortaja de mi esperanza. ¡Qué sincero es nuestro amor!

—¡Y qué inmensa nuestra desdicha, Fernando! ¿No la ves?

Sin embargo, los licores y el champaña de la comida y dos nuevas copas del áureo vino francés, bebidas en el "hall", sostenían la sangre hirviente en el simulacro de aquel idilio tardío que ahora tocaba las lindes del adulterio.

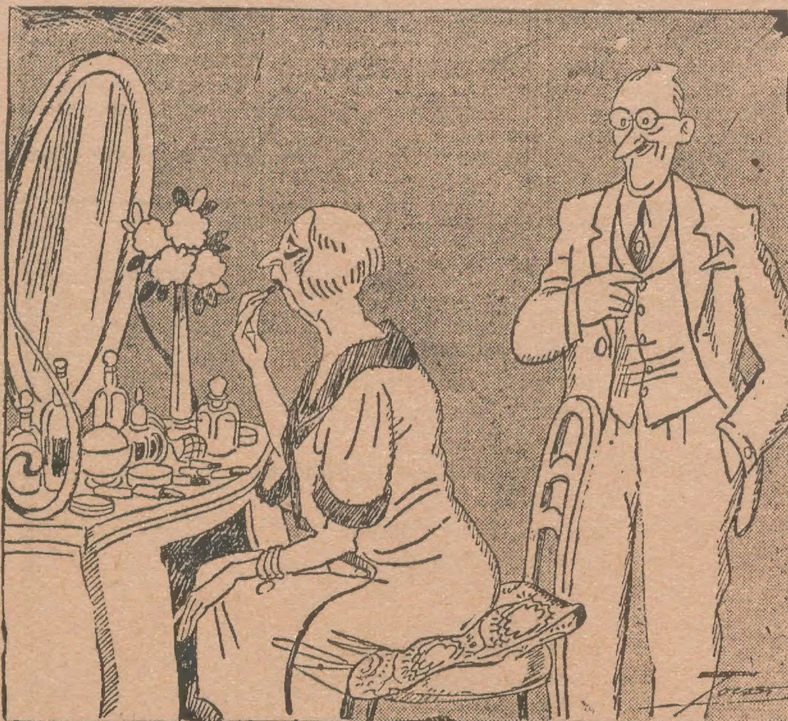
Rosa y Fernando, acalorados, quitáronse los antifaces y se dirigieron al puente superior donde estaba gran parte de la obra muerta del navío rodeando las chimeneas y la casilla del telégrafo inalámbrico. Aquel era, como en la mayor parte de los barcos de altura, el sitio preferido por las parejas enamoradas y resueltas, que disimulándose unas a otras se apoyan no obstante en sus secretos.

Mas, a pesar de la sangre ardorosa, del momento oportuno y del sitio adecuado, — donde no había nadie a la sazón — la esposa de Enrique Helman dijo al joven Díaz:

—Estamos haciendo una locura, Fernando, y creo que sería más prudente bajar al salón o por lo menos sentarnos o pasear en la otra cubierta.

—No temas nada, Rosita. ¡Adorada mía! Estemos aquí un rato. Luego bajaremos y tú te harás ver...

Al decir esto, Fernando circundó con un brazo el talle incomparable de la amada y juntos, muy juntos, sentáronse bajo la proa de un bote, sobre un rimero de cables forrados en muelle lona.



ELLA. — ¿Te acuerdas? Cuando nos casamos me decías que era una pintura.
EL. — ¡Y lo sigues siendo, sin duda alguna!

¿Cuánto tiempo pasaron allí acariciándose, diciéndose sus pensamientos, los jóvenes enamorados? El cielo y el mar, que formaban un solo abismo obscuro y misterioso, y la casilla del telégrafo inalámbrico no registraron la hora con una sola estrella.

El tiempo dejó de existir — no existió — para Rosa y Fernando.

De modo que cuando Helman — con el antifaz en la mano y disfrazado de Fausto en el primer acto — llegó agitadísimo y descubrió a su esposa desenmascarada en los brazos del joven Díaz, — también sin careta, — fueron tal su indignación y su furia que, sin proferir palabra, arrojóse sobre la pareja como una fiera.

Díaz, sin haber logrado incorporarse ante el ataque súbito, trabóse en lucha de lobos con el marido de Rosa, en tanto que ésta, horrorizada y enmudecida de pavor, paróse contra el bote y con los brazos abiertos — como una crucificada — asistía al combate salvaje de los dos hombres de su vida, convertidos en bestias feroces e implacables.

Nadie gritó ni dijo palabra. Oíase el resoplido de los dos cuerpos forcejeando y rodando sobre el rincón de la cubierta.

Eran dos tigres, dos serpientes más bien, retorcidas una en otra, en lucha a muerte.

Los enemigos, hechos, pues, un nudo de nervios enloquecidos, siguieron rodando ante los ojos de la paralizada mujer; hasta que, tras un salto desesperado, Helman y Díaz se precipitaron al vacío y cayeron al mar al ras del casco del negro barco en marcha, cuyas hélices laterales cortaban el agua vertiginosamente.

Fué la rápida visión de un segundo; fué un ruido sordo; luego fué un chasquido cuando los cuerpos, aferrados uno a otro, cayeron al agua insondable.

Después no se oyó nada.

Entonces, Rosa — como arrancada de crucifixión — miró en torno; quiso gritar, pedir auxilio, anunciar la desgracia... Pero caminando hacia el abismo que la atraía imperativa y misteriosamente, llegó al borde del puente y cayó al hondo mar...

La triple tragedia silenciosa y sombría aconteció en pocos momentos, sin más testigos que la misma obscuridad y el propio océano. Ni una estrella fulgía en el firmamento.

Al día siguiente, cuando los pasajeros comenzaron a levantarse después del carnaval sonoro, se enteraron de que Fausto, "Madame Pompadour" y el cortesano versallés habían desaparecido para siempre...

ANECDOTA

El insigne compositor José Verdi, no era rencoroso. Olvidaba bien pronto las ofensas y los desaires. Así una vez Eugenio Checchi, famoso crítico de arte, pidió disculpas al maestro por algunos conceptos vertidos en su contra años atrás.

—No tengo nada que disculparle — dijo el maestro.— Si usted estaba convencido de que mis obras merecían una censura, hizo muy bien en decirlo. Sólo así creeré en la sinceridad de sus elogios de hoy.

A UNA, OTRA

Discutían un francés y un inglés las excelencias de sus países respectivos.

—No hay nada como Inglaterra; es un país sublime...

—Sí; pero no hay que olvidar que de lo sublime a lo ridículo no hay más que un paso...

—Tiene razón; tal vez sea el Paso de Calais...!

EN UN COMERCIO

El cliente. — Un traje interior que no se encoja al mojarlo.

El dependiente. — Tome; éste es de buena calidad.

Al día siguiente.

El cliente. — Usted me engañó; me dijo que no encogía...

El dependiente. — No, señor... no se encoge al mojarlo, sino al secarse.

ARTICULOS HISTORICOS

En un tienda de antigüedades su dueño va enseñando a un caballero diversos objetos hasta llegar a unas babuchas.

—Aquí tiene usted estas babuchas en oro que representan la Meca... Dicen que fueron del famoso Alí-Babá.

—¿Y estas otras más chicas?— pregunta el caballero, á lo que responde el anticuario:

—De su hijo menor, Alí-Bebé.

CURDELANEA

Un borracho entra en una casa de préstamos.

—¿Es verdad que aquí se da dinero por alhajas y efectos?

—Sí, señor.

—Pues deme algunos pesos por el efecto que me ha causado el vino esta tarde.

Los dictados del corazón

Por Madge Fielding

Las cosas andaban bastante mal cuando murió el viejo señor Harper, y su hijo Juan tuvo que hacerse cargo de la dirección de los negocios. Hasta que Blake, el contador general, entró en su oficina y le reveló la verdadera situación de la empresa, Juan, como todo el mundo, había creído que la firma "Harper y Harper" era la más fuerte de Inglaterra.

—Los negocios van mal desde hace tiempo—explicó Blake.—Durante los dos últimos años su padre estuvo demasiado enfermo, para poderles consagrar toda la atención que exigían. Y la consecuencia irremediable es que nos veremos obligados a liquidar...

—¿Eso quiere decir que "Harper y Harper" deben declararse en quiebra?...

—Efectivamente—repuso el contador.

—¿Cuánto necesitamos para salir a flote?—preguntó.

—Veinticinco mil libras.

El joven lanzó un silbido.

—¡Por Dios! ¡Eso es una fortuna! ¿Y no hay modo de obtener el dinero?

—¿Qué yo sepa?... No, señor. No he dormido durante noches enteras haciendo planes para cubrir nuestro déficit, pero es inútil... Si dispusiéramos del capital que nos hace falta, la empresa, en el término de un año, podría volver a ser tan próspera como antes. ¿No tendría usted algún amigo muy íntimo, que quisiese ayudarle, que le sirviera de garantía en el Banco? Ninguna firma tiene mayor reputación de honradez que la de "Harper y Harper", y...

—No sé, Blake. Para algunos de mis amigos esa suma es una bagatela, pero ignoro si podré convencerles de que me otorguen un préstamo. ¿De qué plazo disponemos para realizar las veinticinco mil esterlinas?

—Una semana a lo sumo.

—Muy bien, Blake, deje este asunto a mi cargo. Haré todo lo que pueda para salvar la empresa. No sé todavía nada en cuestión de negocios, pero tengo ardientes deseos de aprender. Si obtengo el préstamo, me propongo devolver a la firma su antiguo esplendor: siempre que no fracase...

—¡No, usted no fracasará, señor Harper!—dijo el contador.—Si cubrimos el déficit, estoy seguro de que será un buen capitán de este barco.

Juan no estaba tan esperanzado como el contador general. La primera persona a quien pidió ayuda fué a su amigo Guillermo Warding, hombre de fabulosos recursos.

—Pero, no, muchacho—dijo Guillermo afablemente.—Ahora soplan malos vientos en el mundo de las finanzas. Además, tú no entiendes nada en cuestión de negocios. ¿Cómo quieres que confíe tanto dinero a tu inexperiencia? Hazme caso, vete a Australia o al Canadá a probar fortuna. Te pago el pasaje.

El consejo, de más está decirlo, no fué del agrado de Juan.

La segunda persona con quien se entrevistó, Jorge Dalton, era un prestamista bien conocido en al alta sociedad: un hombre que nunca se rehusaba a ayudar a nadie, siempre que se le asegurase una respetable ganancia.

También Dalton sacudió la cabeza.

—Lo siento mucho, mi amigo—dijo—. Darle a usted ese dinero sería arrojarlo a un barril sin fondo. Lo único que le queda es liquidar, y con la suma que le reste, una vez pagadas todas las deudas, comenzar de nuevo. Es inútil querer resucitar a un caballo muerto.

Juan, en realidad, se preocupaba muy poco por la pérdida de su fortuna. Lo que le interesaba, sobre todo, era salvar la reputación de la firma. No podía soportar la idea de que la casa "Harper y Harper", respetada en la ciudad durante más de cien años y cuya probidad nunca se había puesto en duda, se convirtiese de la noche a la mañana en objeto de piedad o desprecio.

Como último recurso decidió hablar con Miles Harmer, el padre de su novia. Miles era un hombre amable y bonachón que, si bien no poseía gran fortuna, tenía en cambio ricas amistades. Juan comprendió que era su deber moral poner en su conocimiento el verdadero estado de la empresa. No es que la posición de la firma pudiese modificar en nada la cordialidad de sus relaciones. El joven lo sabía muy bien. No ignoraba que el generoso aristócrata se limitaría a palmearle en la espalda, a decirle que no se descorazonase, que las cosas volverían a su punto, y que su revés financiero no alteraba el afecto que Silvia y él se profesaban.

Y Silvia—la joven a la que había dado su amor—¿cómo recibiría la noticia de que su renta se reducía ahora a las mil libras anuales que le había dejado su madre? Se sonrió al hacerse la pregunta. Veía de antemano sus ojos asombrados y sus labios divinos que le decían sonrientes:

—Pero, querido, ¿qué importa que tu renta se haya reducido de diez mil a mil esterlinas al año? ¿Qué tiene que ver el amor—nuestro amor—con el dinero?

Sí, estaba seguro que en el corazón de Silvia y de su padre encontraría simpatía y comprensión; pero eso no le bastaba, quería algo más. Quería devolver a la empresa que fundaran sus bisabuelos la solidez, el renombre y el lustre de que gozara durante más de un siglo.

Miles Harmer estaba en su casa cuando Juan se hizo anunciar por el mayordomo. Rechazando un "whisky" con soda, el joven le contó en seguida su historia.

Por un momento le pareció a Juan que Harmer se había puesto pálido al saber la verdad, que su rostro—cuando preguntó si estaba seguro de que Blake no se había equivocado—había perdido la jovialidad acostumbrada.

—¿De modo que te quedas sin nada?

—Casi. La renta de diez mil libras anuales se reduce a las mil que me corresponden por la herencia de mamá. Si no consigo una ayuda inmediata deberé declararme en quiebra.

—¿Te quedará algo después de la liquidación?

—Varios centenares de esterlinas. Se entiende que no me cruzaré de brazos. Haré todo lo posible para salvar a la firma. Si pudiese conseguir veinticinco mil libras, todo estaría arreglado. No ahorraré energías.

—Ya sé, ya sé, muchacho. Pero, ¿dónde conseguirás ese dinero? Si yo lo tuviese, te lo prestaría con el mayor gusto; pero sabes que carezco de fortuna.

Se echó a reír.

—He sido pobre toda mi vida. Sin embargo no tengo de qué quejarme. Sigue mi consejo, Juan, no te descorazones. El dinero no lo es todo. Fíjate, si no, en mi hermano, lord Bardfield, que se revuelca literalmente en oro, tiene no sé cuántos millones, y está tan enfermo que toda su fortuna es incapaz de ahorrarle un solo dolor. Se ali-

EL PLACER

Venus, ceñida, sobre el mar en calma,
por la tibia caricia de las ondas:
así surgiste sobre el mar del alma...

¡Oh! bajo el nimbo de tus hebras blondas
te alzaste en ese mar como un ensueño,
efloración de lis sobre las ondas.

La noche se esfumaba como un sueño
de sombra en el ocaso, y en los mares,
el alba iluminaba aquel ensueño...

Amarrado el peñón de sus pesares
te vió el Hombre surgir, nueva esperanza,
de la fecunda entraña de los mares.

Después... cayó la tarde en lontananza
poblada de penumbras silenciosas,
como el espectro ideal de una esperanza.

Al paso de las horas misteriosas,
tu silueta perdióse entre la bruma
poblada de penumbras silenciosas;

y a través de las olas y la espuma,
de sus ensueños visionario errante,
se internó en el misterio de la bruma.

Arrobado en tu cántico distante,
sirena de los mares de la vida,
bogó... bogó sobre la mar errante.

y allá, sobre la playa en que se olvida
la Muerte y el Dolor, en tu regazo,
le ofreció los deleites de la vida
la pagana serpiente de tu abrazo!

Ricardo ROJAS

LA OBEDIENCIA

En vano intenta el hombre sustraerse a la autoridad. El día en que sacude un supuesto yugo, es cuando verdaderamente se lo prepara con sus propias manos...

Y puesto que nadie se basta a sí mismo y que cada hombre, para amplir la propia insuficencia, tiene que aceptar ajenos consejos y obras, mejor es deducir que de las cosas buenas hay ancha medida para todos, y que la respetuosa obediencia no es lujo de cortesía, sino tutela de nuestro propio interés.

C. BELGIOJOSO

menta únicamente de caldo y leche. No puede cabalgar porque sus nervios no se lo permiten. No puede beber. No puede fumar. No puede hacer nada; le están vedados los placeres de la vida. No, muchacho; el dinero es lo de menos. Trabaja duramente, devuelve su buen nombre a la firma, si puedes, pero no adores al vellocino de oro. Ahora que eres pobre, vales para mí tanto como antes; pero no me pidas que te ayude, porque no puedo. Créeme que quisiera poseer veinticinco mil esterlinas para regalártelas.

—Muchas gracias. Usted no se figura qué satisfacción me produce saber que mi ruina financiera no hace mella en su afecto ni en el de Silvia. En la desgracia es cuando se reconoce a los verdaderos amigos. A propósito, ¿Silvia está en casa?

Harmer sacudió la cabeza.

—No, ha ido con varios amigos a jugar al "tennis" en la nueva casa de campo de Jorge Dalton. Ese muchacho se hace cada día más rico, pero su engreimiento crece con su fortuna.

—A mí también me parece lo mismo... Si me permite, debo retirarme. Estoy pasando por un período de crisis, pero tengo fe en mi triunfo.

El aristócrata le estrechó la mano calurosamente.

—Estoy convencido de que triunfarás. Y recuerda que, suceda lo que suceda, siempre te acompañará mi afecto y... el de Silvia.

Cuando se quedó solo, Harmer sacudió la cabeza.

—Excelente muchacho — dijo.— ¡Excelente muchacho! Pero dificulto que Silvia lo sepa apreciar en todo lo que vale.

Su sospecha se convirtió en realidad cuando su hija le dijo, algunas horas más tarde:

—He sabido por Jorge Dalton que Juan le ha pedido prestada una fuerte suma de dinero. Parece que la firma "Harper y Harper" va barranca abajo. A Juan sólo le quedan las mil libras de renta que le dejó su madre. Dentro de una semana la empresa se declarará en quiebra.

—Ya lo sé, querida.—repuso Harmer.—Juan ha estado hoy a verme. Me parece—agregó, mirando a su hija con gesto indeciso— que el compromiso de matrimonio podrá quedar en pie.. .

Silvia, antes de responder, jugó un rato con el magnífico anillo de diamantes que llevaba en el dedo anular de la mano izquierda.

—No—exclamó por último— no estoy dispuesta a sufrir miseria...

II

—Buenos días, señorita...—dijo Juan, mirando a la dactilógrafa que le traía la correspondencia.

—...Holland, señor: mi apellido es Holland.

—¡Ah, Holland! ¿Hace mucho que está empleada en la casa?

—No, señor: apenas un mes.

—¿Usted tiene algo que ver con la empresa "Holland y Skelton" era un firma rival, de reciente fundación, cuyo florecimiento había sido paralelo con la ruina de "Harper y Harper". Holland, el socio principal, había sido un tiempo empleado de Harper: pero se retiró de la casa un negocio del mismo ramo, en sociedad con Skelton.

Antes que la joven pudiese contestar a su pregunta, Juan tomó en la mano un sobre cuya dirección parecía escrita con letra de mujer.

Con un gesto indicó a la secretaria que se retirase y abrió la carta.

Era de Silvia.

"Juan—decía,— comprendo que "sería un error prolongar nuestro "compromiso, cuando tú debes luchar tan arduamente para labrar"te un futuro y para devolver a la "empresa su antiguo renombre. Es"tando comprometido en matrimo"nio, carecerías de libertad de ac"ción: descuidarías tus negocios "para atenderme. Yo te robaría ho"ras preciosas que para tí podrían "valer una fortuna. No dudo que "has de comprenderme.

"Además, tendría siempre la des"gradable sensación de ser un es"torbo en tu camino: de que te "distraería de ocupaciones impor"tantes: de que te impediría con"quistar una posición. ¡Eso no es "posible! Por separado te envío de "vuelto tu anillo con los más cá"lidos y fervorosos deseos de éxi"to. Papá también te manda sus "buenos augurios. Está convenci"do de que triunfarás.

"Después de las excitaciones de "los últimos días, me siento tan "cansada, que he persuadido a pa"pá que me lleve al sud de Fran"cia por algunos meses".

Juan releyó la carta repetidas veces. Le parecía imposible que Silvia, su Silvia, lo abandonase de ese modo. Su único consuelo, hasta entonces, había sido la fe en lo que para él valía más que la vida: el amor de Silvia.

Y ahora Silvia lo despedía gentilmente como a un huésped ingrato.

Era el último golpe, el golpe más horrible que podía haberle reservado el destino.

Ocultó la cara entre las manos, sintiendo en el pecho una desgarradora y desalentadora congoja.

Cuando la puerta se volvió a abrir para dar paso a la dactilógrafa, Juan levantó el rostro cubierto de una lividez cadavérica.

—¿Usted ha sonado el timbre, señor?

El joven la contempló asombrado.

—¿El timbre? No. No sé, tal vez... Vea, señorita... señorita...

—Alicia Holland, señor.

—Bien, señorita Alicia, lamento decirle que deberá usted dejar su empleo en "Harper y Harper". Está de más seguir ocultando la verdad. A menos de que se cumpla algún milagro, y los milagros hoy día ya no suceden, la casa "Harper" se cerrará dentro de una semana. Lo mejor sería que, desde ahora, empezase a buscarse otra ocupación.

—¿Acaso tiene algún reproche que hacerme?... ¿He procedido mal en alguna cosa?...

—¡Oh, no, señorita Alicia! Se trata simplemente de que estamos por ir a la quiebra.

En el tono de Juan había una desesperación que conmovía. Hablaba a la dactilógrafa como si se tratase de un viejo conocido. La carta de Silvia le había producido un dolor tan grande que necesitaba desahogarse ante la primera

LA NUBE

La nube es la quimera de los cielos
que cobra forma y ven nuestras pupilas
en las tardes doradas y tranquilas
que los vientos nos dan sus ritornelos.

Nadie sabe en que punto se levanta
ni donde morirá, nadie lo sabe,
cómo se ignora a donde vuela el ave
que ya no tiene nido y que no canta!

La nube es impalpable y es divina;
copo de nieve y nácar la imagina
el pensamiento que a los astros sube
del poeta, señor que siempre sueña,
y en el cielo de su alma se diseña
su quimera, lo mismo que una nube!

Félix B. VISILLAC

EL MATRIMONIO INDISOLUBLE

Mientras el cuerpo descansaba de una larga fatiga de placeres, el alma se le presentó y le dijo:

—¿Cuándo vas a abandonar esta vida de engaño y a dejarme en libertad? Yo tengo que regresar pronto a las alturas para dirigir una cabalgada de nubes que debe marchar hacia un desierto de Oriente. En mis anteriores viajes a la tierra, he sido varias veces, música, fragancia y claridad; he soportado la paciente existencia de un buey y he sufrido las angustias de un perro sin casa; pero nunca he padecido tanto como ahora que debo estar adentro tuyo y acompañarte por tu camino de fango.

El cuerpo la escuchaba y no comprendía.

—Yo no soy feliz — continuó el alma. — ¿No ves tú mi tristeza, cuando me llevas a casa de tu amada y me obligas a decir lo que no es cierto, y a deshojar sobre los pies lúbricos de aquella mujer, las corolas de las palabras más delicadas? No quiero seguir traicionando mi amor, por favorecer tus instintos, y desfigurándome para convertirme en una cosa inútil. He sido tan sumisa, que te has olvidado de mí; te he acompañado tan fielmente, que no has sentido mi compañía... Y, además, tu amada me desprecia, y cada vez que hablo se ríe de mí, mostrando esos dientes con que besa a sus numerosos esclavos.

El cuerpo se estremeció un poquito; pero luego volvió a la serenidad de su reposo. Y el alma se animó con la esperanza de conmover aquella carne que, de tan cansada, parecía arrepentida; y habló con una voz más clara:

—Vamos, despierta de tu letargo y vive para embellecerte; que la belleza es la única forma de eternidad. Nosotras, las almas, persistimos sólo por nuestra hermosura, y la fealdad es lo que nos hace morir. Si tú no murieras, yo no tendría que viajar y estaríamos siempre juntos en una armonía superior. Levántate, pues, y ven conmigo a recorrer un sendero verde que sube a una montaña azul...

El cuerpo se alzó del lecho, empezó a vestirse y le contestó resueltamente:

—Vamos.

Y la llevó, como todas las tardes, a casa de la mujer amada que se burlaba de sus amantes y no creía en el amor.

Pedro Miguel OBLIGADO

persona que se presentase a su vista, no para pedir consejor, sino para librar a su corazón del peso que lo oprimía.

—Si contase con dinero para cubrir el déficit—prosiguió—no tendría por qué cerrar el negocio, y usted conservaría su empleo. Hay numerosos clientes que tienen depositada en nosotros una confianza ciega, pero nos es imposible satisfacer sus pedidos. ¡Hemos llegado a la ruina!

—¿Por qué no pide un préstamo al Banco, personalmente?

La dactilógrafa hizo la pregunta con vacilación, como si temiese decir un absurdo.

—¿El Banco? No sé; creo que Blake solicitó un crédito antes de revelarme el verdadero estado de la empresa.

Juan levantó la vista y vió un par de profundos ojos violetas que lo miraban con piedad.

—Es una buena idea, ¿sabe?—agregó.—Probaré a hablar con el gerente. Mándeme a Blake, quiero conversar con él sobre el asunto.

El joven comprendía, a pesar de su ignorancia en cuestiones de negocios, que era prácticamente imposible obtener del Banco un préstamo de veinticinco mil libras; pero estaba resuelto a no dejar piedra sin remover. Si Blake le aconsejaba dar ese paso, hablaría en seguida con el gerente del Banco, le explicaría la situación de la empresa, y le pediría que sometiese su pedido a la próxima reunión del directorio.

Lo que Juan necesitaba en ese momento era obrar, moverse, no pensar. Pues sentía que si seguía pensando, acabaría por volverse loco. Tomó el paquete que contenía el anillo de Silvia y lo arrojó a la estufa, sin abrirlo.

Blake entró poco después y los dos hombres mantuvieron una larga conversación.

Media hora más tarde Juan abandonaba la oficina.

Cuando volvió, al mediodía, su rostro irradiaba contento.

—Señorita... señorita Alicia — exclamó.—¡Usted ha salvado a la casa "Harper y Harper"!

Los ojos violetas le miraron con profundo interés.

—¿Qué... qué ha sucedido? — preguntó la joven.— Parece muy excitado, señor.

—¡Es de alegría!... dijo Juan riendo nerviosamente. — Señorita Alicia, ya no tendrá por qué buscar otro empleo. La empresa tiene ahora el dinero que necesitapara proseguir sus negocios.

La joven miró a su jefe con rostro radiante.

—No sabe cuándo participo de su alegría—dijo.—¿Cómo ha sido posible?...

—Ha sido posible gracias a usted, a su consejo de entrevistarme personalmente con el gerente del Banco. Blake le explicó nuestra situación, hace cosa de un mes, pero le fué imposible conseguir un crédito. Cuando dije al contador que usted me había sugerido que hablase yo mismo con el gerente, se mostró entusiasmado, a pesar de haber sufrido ya un fracaso, e insistió en que la obedeciera inmediatamente.

—¿Y... todo ha ido bien?

—¡Oh, no podía ir mejor! Pedí y obtuve un crédito de veinticinco mil libras y le confieso que si hubiese pedido cincuenta mil me las habrían concedido sin chistar.

Se sonrió.

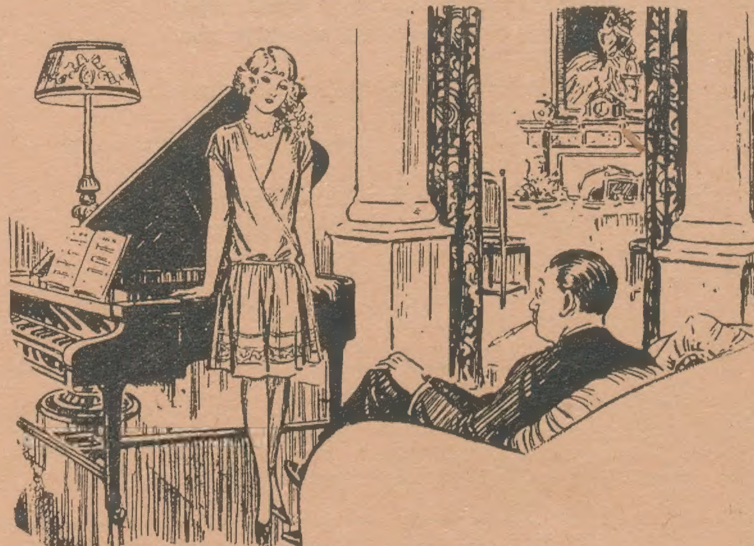
—Esto le dará una idea, señorita Alicia—agregó,—lo mucho que se aprecia en el Banco a la firma "Harper y Harper". Pero no comprendo—prosiguió pensativo— por qué rehusaron el préstamo cuando lo solicitó Blake...

—Tal vez hayan querido tratar directamente con el jefe de la firma. Usted, con su entusiasmo y sus nuevas ideas, ha de haberles impresionado mejor que el señor Blake.

Una idea maligna insinuóse, de pronto, en su cerebro. ¿Acaso la señorita Holland, lo mismo que Silvia, no habría cuidado únicamente de sus propios intereses?

¿No habría salvado a "Harper y Harper" para salvarse a sí misma, a fin de no perder su empleo?

Juan no quiso profundizar el motivo de su conducta. Egoísta o altruista, le bastaba saber que el consejo de la joven le había salvado de la ruina.



—¿Te gustaría una sonata antes de sentarnos a la mesa?
—Bueno. Pero te advierto que ya me he tomado en el Club, cinco antes de venir.

—Lo único que sé—repuso Juan —es que, a no ser por usted, nunca se me hubiera ocurrido hablar con el gerente del Banco, después de su primera negativa. ¡Es usted quien ha salvado a la empresa!

Por primera vez Juan observó la belleza de la joven: su pequeño y gracioso rostro ovalado, el arco en forma de corazón de sus labios rojos, sus ojos violetas, su tallo fino, su figura esbelta.

A diferencia de Silvia, Alicia había tratado de ayudarlo cuando supo su infortunio. En vez de abandonarlo, había insistido en permanecer a su lado. Le había socorrido con sus consejos, y Juan comprendía que difícilmente podría pagarle lo que le adeudaba.

—No sé cómo agradecerle—dijo —lo que usted ha hecho por mí, señorita...

—Alicia.

—¿Alicia qué? — preguntó Juan con una sonrisa.—Lamento no poder llamarla Alicia, a secas, en presencia de los demás empleados. Podrían suponer...

Una expresión de angustia se difundió por el rostro de la joven, cubierto de intenso carmín.

Harper se mordió los labios. ¿Para qué habría dicho esa inconveniencia?

—Podrían creer que ellos también tienen el derecho de hacer lo mismo — prosiguió con tacto. — Y me imagino que a uster no le sería muy agradable...

La joven bajó los ojos.

—Me llamo Holland.. Alicia Holland.

—¡Ah!, no lo olvidaré. Su apellido es el de mi rival más poderoso—dijo con una sonrisa.—Es una extraña coincidencia. Mientras él busca hacerme todo el mal posible, usted ha venido en mi ayuda.

Hizo una pausa.

—Usted ha salvado su empleo—agregó,—al salvar a la firma.

Una arruga atravesó la frente de la joven. Su mirada se cruzó con la del jefe.

—Si me permite... ¿Está usted seguro de que "Harper y Harper" ya no tienen nada que temer?—preguntó.

—Completamente seguro. Hemos recibido tantas órdenes de nuestros clientes, que dudo de que podamos satisfacer todos los pedidos. Desde hoy tenemos trabajo para dos años. No se preocupe, pues, por su empleo...

Alicia volvió a fruncir las cejas.

—Lamento anunciarle—dijo fríamente—que dentro de una semana abandonaré mi puesto. En otras palabras, le anticipó mi renuncia.

Juan la contempló mudo de asombro.

—¡Cómo es posible!—exclamó al final.—¿Qué significa eso? ¿Por qué quiere dejarnos?

—No puedo darle mis razones—repuso la joven.—El hecho es que deberá buscarse otra secretaria.

—Pero... yo no quiero que se vaya; deseo que se quede; que me ayude en mi trabajo... Siento... sé que podremos entendernos. ¡Usted es tan activa, tan inteligente, señorita Holland...

Una sonrisa iluminó la cara de la joven.

—En ese caso, señor Harper—dijo,—si usted realmente me necesita, me quedaré. Pero el día en que deje de ser indispensable...

—¡Oh, eso no sucederá nunca!

III

—He encontrado esto en la estufa, señor Harper—dijo Alicia, a la mañana siguiente, depositando un paquetito sobre el escritorio.—No ha sido abierto...

—¡Póngalo donde estaba! O arrójelo a la basura. Es...

—¡Es un anillo! ¡Un anillo de diamantes! La envoltura se ha roto sola—agregó la joven como para disculparse.—¡Qué hermoso! Señor Harper, no es posible que usted tire una cosa de tanto valor. Comenzar a reconstruir una fortuna, arrojando al fuego una joya como ésta...

—Tiene razón. Cuando tiré el anillo a la estufa estaba loco de desesperación, de rabia, de odio... Este anillo—continuó, con un dejo de tristeza—ha pertenecido a mi novia... Me lo devolvió ayer, cuando supo que estaba por liquidar mis negocios. Mi enojo, mi furia, han sido, pues, disculpables... ¡Yo creía tanto en ella!— la voz se le quebró que un ahogado sollozo.—Pero el ídolo demostró tener pies de barro.

Los ojos de Alicia despedían chispas.

—No comprendo a los hombres—observó, frunciendo las cejas.—¿Cómo hay quien pueda enamorarse de una mujer que sólo se interesa por la renta de su futuro marido? Los hombres son verdaderamente ciegos cuando se trata del amor—agregó como si hablara consigo misma.

ANECDOTA

Todo el mundo se reía de la mariscala Lefévre; de sus modales rudos y sencillos, que patentizaban su origen tosco y obscuro.

Napoleón Bonaparte también bromeó a costa de ella, hasta el día en que le contaron esta pequeña historia:

"Cuando aún era muy poca cosa, madame Lefévre visitó a su ex-ama la señora Valady y le dijo en tono franco pero lleno de emoción:

"—Los nobles no tenéis muy buen corazón para con vosotros mismos. Nosotros miserables soldados, lo hacemos mucho mejor. Acabo de saber que el noble B., el antiguo oficial compañero de su marido de usted, está muriéndose de hambre. Si yo le ofreciese un pequeño socorro le ofendería; si se lo ofrece usted, lo aceptará seguramente.

"Y al decir esto, entregó a la señora Valady una bolsa con algunas monedas de oro".

—Desde que conozco este episodio, — decía Napoleón emocionado — no he podido burlarme más de la buena mariscala. Por el contrario, tengo a mucho honor acompañarla por los salones, despreciando las frases irónicas que llegan a mis oídos.

—Sí, es cierto. Pero ¡Silvia es tan hermosa!

—La belleza del cuerpo no es todo en una persona. Los que se enamoran de una hermosa boca o de un par de lindos ojos se desengañan pronto. Padecen una ilusión de los sentidos, cuando no les aguijonea la vanidad de tener una mujer admirada en los salones...

Juan quedó un rato pensativo. Le habían informado esa mañana que Jorge Dalton había seguido a Silvia al sud de Francia.

—Tal vez tenga usted razón—dijo por último, con un suspiro—. Si me hubiesen preguntado hace un mes: "¿Quieres a Silvia?", habría contestado, afirmativamente, sin vacilar; pero, ahora, me parece haber sido víctima de engaño en el que mi propia vanidad ha desempeñado un papel preponderante.

La entrada de Blake, que miró a ambos jóvenes con significativa sonrisa, interrumpió la conversación confidencial.

El contador irradiaba contento por todos los poros. Las órdenes de los clientes se acumulaban una sobre otra, hasta el punto de que era imposible dar abasto a todas las demandas. La empresa "Harper y Harper" parecía ahora más firme que nunca.

—¡Todo eso se lo debemos a usted, Alicia!—aseguróle Juan.

La joven se le había vuelto indispensable. No había asunto sobre el que no le pidiese consejo.

—La señorita Holland posee un instinto comercial maravilloso—le dijo Blake un día. Los dos hombres se encontraban solos en ese momento.—Se parece en todo a su padre. Ha sido el mejor gerente que la casa ha tenido desde que existe...

Se interrumpió al ver al mirada de sorpresa del jefe.

—¡Su padre! ¿Quién es su padre? ¡Vamos, quiero saber la verdad! Usted me está ocultando algo.

—Su padre—dijo el contador ligeramente sonrojado—es Andrés Holland, de la empresa "Holland y Skelton".

—¡No es posible!

—Sí. Andrés estuvo empleado aquí durante muchos años, y todavía seguiría ocupando el puesto de gerente, si su señor padre, que en paz descanse, no hubiera sido tan impulsivo y autoritario. Holland es un hombre de gran corazón. Siempre ha sentido por esta casa una simpatía especial. Cuando supo que íbamos barranca abajo, me mandó llamar y me preguntó qué podía hacer por la firma. Su hija, Alicia, que es al mismo tiempo su secretaria, se ofreció entonces a venir aquí, a estudiar la situación, y ver qué medidas podían tomarse para salvar a la empresa de la ruina. A poco de tratarlo a usted, informó a su padre que el nuevo jefe de la empresa "Harper y Harper" era un hombre emprendedor, activo, en cuya energía y juventud podía confiarse plenamente...

—¡Ah, ahora comprendo! ¿Así que Andrés Holland, sin que yo supiese nada, ha garantizado mi crédito en el Banco? ¡Pensar que debemos nuestra salvación a un rival!... Y, entonces,— agregó con amargura,—¿qué papel he desempeñado yo en la rehabilitación de la firma?

—¡Oh!—contestó Alicia, cuando Juan le repitió esa pregunta, poco después.—Cada cual ha hecho lo que estaba a su alcance, y usted más que ninguno. Su entusiasmo y su espíritu de iniciativa han permitido a la empresa salir a flote. Durante su entrevista con el gerente del Banco, usted le impresionó tan favorablemente que, según dijo a papá, habría recomendado al directorio la concesión del crédito, aún sin la garantía de "Holland y Skelton".

Juan se puso de pie, radiante de alegría.

—¿Es cierto?—preguntó.

—Sí. A propósito, aquí tiene una carta para usted. Como no decía "personal," la abrí, en la creencia de que era una carta de negocios; pero no la he leído.

Harper leyó rápidamente la breve epístola. Era de Silvia.

"Querido Juan — comenzaba.— "No te figuras el placer que me "ha producido la noticia de tu éxi"to. Estoy informada de todo. Des"de el primer momento tuve la "seguridad de que, libre de toda "clase de compromisos, sabrías ha"cer frente, dignamente, a la situa"ción. Me satisface ver que no me "he equivocado. Ahora que ya han "pasado para siempre las ansieda"des, me agradaría reanudar nues"tro compromiso; pues te sigo que"riendo como antes. No te lo he "dicho al principio, pero hoy te lo "puedo confesar: nuestra ruptura "sólo ha sido provisoria; me sacri"fiqué por tu propio bien.

"No atribuyas a egoísmo la de"terminación dolorosa que adopté "en circunstancias tan penosas pa"ra ti. El buen sentido, que es el "mejor consejero, privó en mi es"píritu en contra de la potencia de "mi amor. Si yo no me hubiera sa"crificado momentáneamente, quién "sabe si el éxito que ahora te son"ríe habría podido ser alcanzado "tan espléndidamente, a pesar de "tus innegables dotes para el co"mercio.

"Ven a verme pronto y no ol"vides el anillo. Tenemos mucho "de qué hablar".

Juan tendió la carta a Alicia.

—¡Léala!—dijo.

La joven obedeció, pálida y con el ceño fruncido.

—¿Qué haría usted en mi lugar?

—Siga los dictados de su corazón—repuso Alicia con voz trémula.

—¿De veras? ¿Fuesen cuales fuesen las consecuencias?

—Sí; es lo único que le puedo recomendar.

La joven miraba al suelo, confusa y sonrojada, e inconscientemente, sin darse cuenta de lo que hacía, iba desgarrando la carta en menudos pedacitos.

—¡Pues le hago caso!—exclamó Juan.

Apoyó la mano bajo la barbilla de Alicia, le obligó a levantar la cabeza, lentamente, y desfloró sobre sus labios un ardiente y apasionado beso.

—¡Oh, Juan!... ¡Señor Harper!... ¡Qué hace?

—La amo, Alicia. La amo desde que la vi por primera vez. Y obedezco su consejo. Suceda lo que suceda, sigo los dictados de mi corazón...

QUEBRADA DE HUMAHUACA

Para "Fray Mocho"

¡Quebrada de Humahuaca! Conjunto incomparable,
de imponente hermosura, milagro de color.
En aldeas de adobe y piedra, venerable
templo; típicas pircas, manchones de verdor.

Cerros rojos, azules, grises, ocre, cobalto;
cimas empenachadas de inmaculado albor
brillando de las moles pétreas en lo más alto;
impetuosos torrentes que con sordo rumor

recorren las laderas. Tumbaya, Purmamarca,
Tilcara, Maimará, son una sucesión
de incontables bellezas. La norteña comarca

sobrecoge el espíritu de una extraña emoción,
se fija en las retinas como indeleble marca
y es un deslumbramiento la inefable visión.

Justo G. DESSEIN MERLO

EL ARTE DE VIVIR

La felicidad existe! Yo, en ciertos momentos, la he sentido, la he gozado, la he bebido como el vino añejo, ardiente y oloroso; una especie de felicidad viva y tangible, mezcla de alegría física y expansión del alma; un júbilo de todos mis átomos absorbiendo la luz de este cielo purísimo; un esponjarse de todo mi cuerpo, un derretirse de toda mi alma, una efusión completa de mi yo, ávido de explayarse, de verterse, de unirse a la armoniosa corriente de las cosas... ¿No es esto la felicidad? ¿No es la salud, equilibrio de todos los órganos, la agilidad y la fuerza, la beatitud del ánimo?

Cierto que quedará en el fondo de toda vida, por luminosa que ésta fuere, el abismo del misterio, una tristeza más o menos intelectual, una duda grave y helada, que en ciertas horas calará los huesos como un soplo de lo infinito; pero ese acíbar que hay en el fondo de todos los cálices, aunque en ello se escancie vino de Chipre o vino de Málaga, sirve también para dar sabor y condimento a la vida, que es un manjar algo desabrido al natural, y es preciso subsanarlo con la sal de las lágrimas... Sí; existe una felicidad postiva, independiente de toda fatalidad. Un contento de alma segura y pagada de sí misma, libre de todo prejuicio, satisfecha de vivir y de olvidar.

El alma sencilla de un solitario y el alma completa de un filósofo, ¿no hallan su satisfacción en sí mismos, sin pedir nada a las cosas exteriores? Y si alguna vez se asoman a la corriente viva y espumosa de la realidad, ¿no sienten divino placer en la contemplación desinteresada de los hechos? El hombre sencillo y el sabio son semejantes a los niños: les encanta el vuelo de un pájaro, el correr de un manantial, la caída de una hoja.

Es que para ser feliz hay que ser perpetuamente niño, conservar toda la vida esa frescura de sensaciones, esa virginidad del corazón que tenemos en los primeros años.

Hay un arte de vivir, como hay un arte de cincelar el mármol y la palabra, una escultura moral que logra hacernos bellos y armoniosos por dentro y por fuera, en nuestros pensamientos y en nuestras acciones. Todo ser es susceptible de modelarse a su gusto y fabricar un mundo aparte en el mundo de las realidades cotidianas.

Ricardo LEON

DE ARTE

Por Gregorio G. Puigdeval

(*Especial para* FRAY MOCHO)

Vanguardistas, dadaístas, superrealistas, futuristas, etc. intentan desviar al Arte de sus normas fundamentales, eternas. Pretenden un arte de emoción cerebral *deshumanizado*, al decir de Ortega y Gasset.

Eternas, fundamentales las normas del Arte, porque su raigambre proviene del mundo metafísico. El elemento básico del Arte, lo constituyen ideas intuitivas. Realizarlas, expresarlas, es la mision del Arte. Misión casi divina, puesto que la intuición es la superna potencia mental: la única que traspasa el velo de las apariencias.

La razón no hace más que deducir. Intuir es mucho más que pensar: ver. Pero ver con las potencias supremas. Ver más allá de lo sensorial. Sentir la realidad trascendental, oculta — subrepticiamente — detrás de la apariencial.

Platón, — llamado el divino, por Schopenhauer y Kant — fué el primero que vió así. Su teoría de las ideas innatas y de los arquetipos, fueron las primeras alas dadas al hombre para superar — por el vuelo mental — el límite de la "especie" y adentrarse en la zona de lo trascendental.

El Arte trata de realizar esas ideas — arquetipos. Pero el arquetipo se muestra, en infinitas variantes. A no ser así, después de aquellas realizaciones maravillosas que fueron La Venus de Milo y el Júpiter de Fidias, la Escultura habría quedado agotada.

Shakespeare dió a su arte esa suprema misión de realizar arquetipos, de orden moral o pasional. Macbeth es el arquetipo del héroe de la individualidad exaltada que tiende a realizarse. Romeo el del amador. Bruto el del ciudadano. Hamlet el de la inquietud ante el enigma de la muerte y — asimismo — el de la repulsa ante la iniquidad y bajeza moral.

Un día felicísimo para los sensitivos, surgió en Alemania otro Shakespeare, si bien menos poeta, y más reconcentrado, mentalmente: Hebbel.

Hebbel pensó en cómo sería el hombre — máximo: el hombre como vaso de arcilla pero conteniendo la mayor cantidad posible de esencias vitales. Y creó su Holofernes. No trasunto del personaje bíblico, sino ampliación de aquel, aprovechándose de la semejanza, y sobre todo, de las circunstancias propicias: ambiente, época, medios de desenvolvimiento.

Pero a veces, estos genios, dejan de realizar arquetipos, para asomarnos a abismos que han descubierto en el seno del mundo. Abismos que son las grandes antítesis, ante las cuales, los genios de la Filosofía, han creído que la Naturaleza — o su fuerza motriz — se contradice y fluctua, en un eterno problema.

A uno de esos abismos nos asomó Hebbel, en su tragedia "Herodes y Mariene". Y Oscar Wilde, nos mostró otro en su "Salomé".

D'Annunzio también recorre zonas abismales. Acaso la más profunda sea la del ideal de pureza afectiva, elevado a arquetipo en "La ciudad muerta", maravillosa tragedia, de la más pura técnica griega.

La realidad material no permite la realización de los arquetipos, ni en lo meramente físico o formal, ni en lo espiritual. De aquí el origen de la Tragedia. Hasta el arquetipo de pureza, de jerarquía divina, Cristo, hubo de realizarse trágicamente.

En el ciclo del rey Artus, los caballeros de la Tabla Redonda, intentaron arribar al arquetipo, para hacerse dignos del Grial. Hay que haber en cuenta que en el fondo de la Caballería andante, estaba en potencial un gran arquetipo.

Era irrealizable. Tal fué la gran afirmación de Cervantes: expresada con humorismo que no la franca mueca de la risa, sino un rictus triste significa para el pensador. Don Quijote nos viene a decir — en resumen — que no hay superación individual sin tragedia, en tanto que la Humanidad — colectivamente — no se supere a través de las ascendentes fases históricas.

Sancho Panza, va en pos de Don Quijote, como la Humanidad va arrastrada a la superación, por los héroes de la idea, del sentimiento, del Arte. Pero ellos son el elemento integrante de lo emocionante y de lo bello como de lo sublime, en toda verdadera obra de arte.

Hay un conato de arte, una zona inferior, llamada realismo, para las multitudes, para la "especie". Arte sin creación. Arte copia, espejo, de los incidentes de la vida vernácula, consuetudinaria. Es el del éxito, que no el del triunfo. En teatro, origina los llenos y los miles de representaciones. En novela, las ediciones profusas, de cientos de miles. Un espíritu depurado, se aburrirá, echando de menos la tendencia a los arquetipos. Todo talento siente la nostalgia de la superación. Cree que nuestra vida — o al menos la suya — no puede limitarse a la media docena de afanes instintivos y utilitarios, que nos ponen al nivel de cualesquier especies animales. Y los pequeños dramas de la "especie" humana no le interesan.

El dramaturgo, el escultor, el pintor, el poeta — no el versificador — intentan expresar los arquetipos vivientes en su mundo ideal. Siguen las normas fijas, inmutables, eternas del Arte, que es expresión de las más puras esencias contenidas en la naturaleza humana. Y fuera de esto no hay sino juegos ingeniosos para distraerse cerebralmente, pero nunca Arte. Arte cuyas normas — de naturaleza metafísica—no podemos cambiar por lo mismo que tampoco podemos hacerlo con las del mundo físico.

NINI Y SOLEDAD

Por Pilar Millán Astray

Debajo de los frondosos árboles del parque terminó Niní de dar su lección; miss Catarina cerró el libro, se afianzó las gafas y de su gran bolso de piel sacó un viejo tomo de poesías inglesas.

—¿Puedo pasear un rato a la muñeca?

Y es; pero no se aleje.

Empujó Niní el cochecito donde descansaba el lindo bebé de gamuza, y muy seria emprendió el paseo debajo de los tilos. Miss Catarina leía embebida los cantos de amor de su compatriota.

Se cansó Niní y se sentó en un banco cerca del estanque; una niña pobremente vestida se fué acercando al cochecito y quedó extasiada ante la primorosa muñeca italiana.

—¡Parece de verdad! ¡Qué bonita!

—¿Te gusta?

—¡Mucho!

Y la pobre nena, al verse acogida con amable sonrisa, tuvo valor para admirar más de cerca aquella maravilla.

—¿Tú no tienes muñecas?

—¡Somos muy pobres!

—¿No trabajan tus papás?

—¡Se murieron los dos!

—¡Cuánto llorarías!

—Aún lloramos mi abuelita y yo cuando por las noches rezamos por ellos... Mi padre era pescador y se murió en el mar, y mi madre, como le quería mucho, empezó a ponerse triste, triste, y una noche, dice mi yaya, y que se escapó al cielo con él, dejándonos abandonados.

—¿Cómo te llamas?

—Soledad.

—Oye: ¿por qué llevas ese trapito en el dedo?

—Me clavé un alfiler fregando el piso.

—¿Pero friegas el piso siendo tan pequeña?

—Y hago la comida, y cuando termino de arreglar nuestro sotabanco salgo por las calles a vender violetas. ¿Quiere un ramito? Son muy fresquitas, cortadas hoy...

—No tengo aquí dinero...

—¡No importa!, se lo regalo.

Y la pobre niña ofreció sonriendo un ramito, que Niní aceptó gustosa.

—¿Quieres llevar tú el cochecito un rato?

—La reñirá su mamá si me ve...

—Si me riñe sufriré la riña gustosa.

Soledad, llena de alegría, empujó el cochecito; Niní tomó todos los ramos para dejarle las manos libres.

Emprendieron animada charla. ¡Qué sabían ellas de distinción de clases! En las almas puras de los niños no reina el orgullo, sólo el amor las une.

—Ahora sácala del coche y llévala un rato en brazos.

¡Aquello era el colmo de la felicidad para la pobre violetera! Temblorosa sacó la muñeca y amorosamente la estrechó contra su pecho; sus labios rosados se posaron fervorosos sobre el risueño rostro de gamuza. ¡Era la madre que agarra por primera vez a su hijito cuando viene al mundo! La madrecita que llevamos dentro todas las mujeres de la tierra. ¡Con qué dulzura susurraba las mismas palabras que se repiten millones de veces al día en todos los idiomas del mundo!

—¡Cielo! ¡Reina mía! ¿Quién te quiere a tí mi sol? ¿Quién le dará la papa a mi nena?

La voz cascada de miss Catarina heló las cariñosas expansiones de Soledad.

—¡Suelte usted esa muñeca! ¡Atrevida! ¿Con qué permiso la sacó del coche?

La niña, toda asustada, volvió a dejar el bebé en su sitio.

Niní sacudió como una fierecilla su blonda melena, y llena de altiva dignidad se encaró con su institutriz.

—Fuí yo quien le dije que la tomara ella no tiene culpa de nada.

—Pues hizo usted muy mal, y su mamá se disgustará al saberlo.

—Esta muñeca es mía, me la pusieron los Reyes y ni papá ni mamá tienen que ver con ella. El Rey Melchor me decía en su carta que me la regalaba por saber mi lección de inglés, y yo quiero regalársela a Soledad porque ayuda a su abuelita y es muy trabajadora. ¡Anda, llévatela; te la doy para ti!

Soledad sentía que las piernas le flaqueaban, y con la muñeca en brazos cayó de rodillas delante de Niní.

—Levántate, que no hay para tanto; yo tengo muchas y tú no tienes ninguna.

—¡Qué disparate! — chillaba la inglesa; regalarle a una pordiosera una muñeca de trescientos francos es usted muy rebelde y esa rebeldía hay que doblegarla, señorita Niní...

Intentó de nuevo quitarle la muñeca a Soledad, mientras Niní insistía, furiosa, con los ojitos azules llenos de lágrimas.

—¡Es mía! ¡Es mía! Quiero dársela... Cuidado, que tiene un dedito enfermo.

—¡No se apure, señora, que ya la dejo!... La señorita Niní me regalará una que esté rota y ya no le sirva para jugar...

Una dama elegantísima salió de entre los arbustos del parque, desde donde había presenciado toda la pasada escena.

—¡Aquí está mamá!—gritó Niní llena de alegría —. ¿Verdad, mamaíta, que tú quieres que regale mi muñeca a esta niña pobre?

—¡Sí, hija mía, sí! Encantada y bendita seas... Anda, nena, toma la muñeca y ve mañana a las señas que hay en esta tarjeta.

—¡No las pierdas!—dijo Niní

Soledad quiso besar la mamita generosa de su protectora, pero Niní le puso sus mejillas cerca de la boca para que allí besara.

La huérfana, emocionada, echó dentro del cochecito vacío sus violetas, rechazando el dinero que le quisieron dar por ellas.

Emprendieron el camino de vuelta debajo de los tilos.

—Le suplico, miss Catarina, que deje expansionarse el corazón de Niní en cuantos obras de caridad salgan a su paso...

—Hablaba como de igual a igual con esa mendiga.

—Déjela que se aproxime al pobre; que mire a los desgraciados como hermanos; ¡quién sabe el fin de todos, miss Catarina!

Niní empujaba el cochecito, perfumado con la humilde ofrenda; Soledad estrechaba amorosa la linda muñeca de gamuza, mientras torpemente deletreaba la tarjeta que le dió la mamá de su amiga: Du-que-sa de Me-di-na.

COMO BLANCA FLOR DE LOTO...

Alburas inmaculadas
tienen tus manos de seda,
como las manos sagradas
de Mariana de Pineda.

En tu frente pensativa
hay un misterio de amores;
algo que te hace cautiva
del dolor de los dolores.

En tus párpados cansados
lucen de extrañas maneras,
los lirios amoratados
de las cárdenas ojeras.

Hay en tu faz delicada
como blanca flor de loto,
algún desconsuelo ignoto
que no se calma con nada.

Y tus labios ideales
donde hay carmín con exceso,
parecen pedir el beso
de cariños inmortales.

En tus noches sin aurora
cuantas veces te presiento
llorar con el sentimiento
que ninguna mujer llora.

En nostalgias dolorosas
tu corazón se consume;
bello rosal que da rosas,
pero rosas sin perfume.

De tu juventud marchita
el postrer destello muere.
¿Qué tienes tú tan bonita
que ningún hombre te quiere?

Calladamente te agotas
siempre triste y siempre grave,
con la tristeza de un ave
que tiene las alas rotas.

En las fiestas donde hay gozo,
tú bebes penas sin tasa,
porque siempre vas a casa
sin bailar con ningún mozo.

Tú sufres cuando al sencillo
juego de prendas jugamos
porque ninguno dejamos,
en tus manos el anillo.

Al alimón, el recelo
de algún muchacho malsano
hace que al darte la mano
la cubra con su pañuelo.

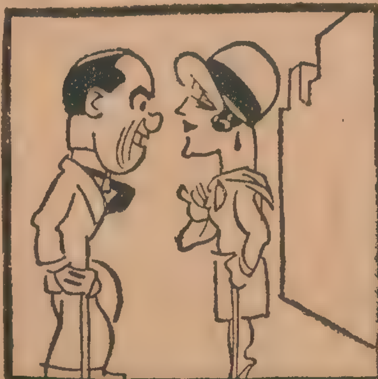
De la fuente cuantas noches
llorando y sola viniste
porque el cántaro rompiste
harta de sufrir reproches.

De honrada aunque humilde cuna,
a ningún hombre acomodas;
¡siendo mejor que ninguna!
¡siendo más guapa que todas!

El pueblo en tu sufrimiento
y en tu pena se solaza
porque no hay un casamiento
que no pase por tu casa.

Una amargura sincera
destruyendo va tu pecho,
dime mujer, ¿tú que has hecho
para que nadie te quiera?

CASTO PINO







El tesoro del tío Tomás

Por Jean Moura

El tío Tomás era muy viejo. Pensando que le faltaban pocos años para morir, se le ocurrió repartir en vida su fortuna entre sus tres hijos, que eran buenos y trabajadores.

Juzgando que su idea era excelente, el buen hombre llamó a sus tres hijos y les comunicó su proyecto, que ellos acogieron con entusiasmo. Poco tiempo después les hizo la donación de sus bienes. Al mayor le correspondió la casa y las tierras, y a los otros dos el dinero. El tío Tomás, frotándose las manos, murmuraba:

—Si hubieran heredado después de mi muerte, con la pena de haberme perdido, los pobrecillos no se hubiesen alegrado, como ahora, al entrar en posesión de mi fortuna.

Y dirigiéndose a ellos les decía:

—Regocijáos, hijos míos. Vuestro padre todavía vive, y está muy contento de veros disfrutar de sus bienes.

El mayor, con su mujer y sus tres hijos, pronto tomó posesión de la casa, y el tío Tomás abandonó su alcoba, para que ellos se instalaran, y se fué a un cuartito junto al granero.

Al principio todo marchó bien. El buen hombre estaba atendido. Le alimentaban con abundancia y su nuera cuidaba de su ropa. Vivía feliz y sonriente junto a sus nietos, que le acariciaban y se le subían encima de sus rodillas. Mas al cabo de algún tiempo acabaron por cansarse de él.

—Estos viejos — gruñía la nuera — no piensan mas que en sí mismos; son egoístas y no tienen ningún miramiento.

Empezó a suspirar y a lamentarse de que con los malos que estaban los tiempos costaba mucho alimentar a dos hombres. El viejo, sin darse por aludido, movía la cabeza afirmativamente. Pronto comenzaron a tasarle la ración y a cuidarle menos. Entonces el pobre hombre comprendió que estaba allí de más, y una mañana le encontraron dispuesto a partir.

—Me voy—les dijo—. Ya hace mucho tiempo que estoy aquí. Me conviene cambiar de aires.

Y echándose un paquete al hombro, donde llevaba toda su ropa, tomó el tren y se marchó con su hijo segundo.

Este le acogió sin entusiasmo. Acababa de invitar a unos parientes de su mujer para celebrar la herencia anticipada, y le molestó que el viejo tomase parte en el regocijo general. Le abrazaron; pero le dijeron que lamentaban no tener sitio para alojarle en su casa. El padre pensó que el tercero le recibiría mejor, y se puso de nuevo en camino.

Se instaló en casa de su hijo menor, decidido a no moverse de allí; era su último refugio. La nuera, joven y animosa, le acogió bien.

—Vamos, padre—le decía—, acérquese al fuego y caliéntese.

Y cuando le servía la sopa:

Coma padre, coma, que donde hay para dos hay para tres.

Creía que su suegro iba a estar poco tiempo, y quería mostrarse generosa. Pero cuando se enteró de que el viejo pensaba acabar allí sus días, sus sonrisas se trocaron en muecas y sus amabilidades en malos tratos. Hasta que un día le dijo descaradamente:

—Diga usted, abuelo, ¿no le parece que sería justo que sus otros hijos también le tuviesen en su casa una temporada?

El pobre padre bajó la cabeza y se alejó de la habitación donde estaban sin proferir una palabra.

Tenía el tío Tomás un amigo. Por las tardes se reunían los dos en un banco y fumaban, charlando, sus pipas. Aquella tarde el buen hombre le dijo a su amigo suspirando:

—Pronto tendré que marcharme...; ya no me quieren aquí..., y no tengo otra casa donde ir... Me ahorqué el día que les di a mis hijos lo que poseía...

—Ya te advertí yo que hacías mal — le contestó su amigo.

Quedáronse un rato pensativos; de pronto el amigo tuvo una idea, e inclinándose hacia el tío Tomás le dijo unas palabras al oído.

Tres días después, el viejo dejó a su hijo menor y volvió a casa del mayor.

Este y su mujer quedáronse asombrados al verle llegar arrastrando una carretilla, en la que llevaba una caja de hierro pequeña, cuidadosamente cerrada con un candado. Le ayudaron a descargarla y notaron que pesaba bastante.

—Tened cuidado—les dijo—. Ponedla debajo de mi cama, porque quiero tenerla muy cerca de mí... Os agradecería que pusieseis un buen cerrojo en la puerta, no vayan a entrar ladrones, y... ¡Lo mejor sería que buscaseis un buen perro de guarda, para dejarlo suelto por las noches en la huerta!... ¡Yo prefiero morirme a perder esta caja!

Y al decir estas palabras hizo un gesto dramático.

Su hijo y su nuera subieron la caja a la habitación, murmurando:

—Se conoce que el viejo zorro no nos había dado todo lo que poseía, como creíamos.

Desde entonces le volvieron a cuidar y a mimar.

El tío Tomás, encantado, no dejaba de vigilar su precioso tesoro. Cien veces al día iba a mirar su caja, comprobaba si estaba bien cerrada y volvía a salir de su habitación, llevándose siempre la llave en el bolsillo.

El día que dijo que se marchaba a ver a su otro hijo, todo fueron lamentaciones. Mas él partió sin hacer caso, con su caja, y se instaló en casa del mediano. Al cabo de algún tiempo dejó a éste y se fué con el menor.

En todas partes era igual. Le acogían entusiasmados y se desesperaban cuando se iba. Los tres le escribían, se le disputaban.

Y él vivía tranquilamente, comiendo y engordando..., hasta que un día murió de una indigestión.

Entonces su hijo mayor y su nuera, en casa de los cuales acababa de exhalar el último suspiro, se precipitaron sobre la caja, la descerrajaron y vieron que contenía... muchas piedras, una cuerda y un papel que decía:

"Al que abra esta caja le lego la cuerda que hay dentro para que se ahorque antes que ceder, mientras viva, su fortuna a sus hijos.

LOS AMIGOS

Esperad a que vuestros amigos se vayan para saber la verdad. Entonces sabréis lo que tenían guardado en sus pechos. Ya lo han escupido. ¿Veis? Todos son iguales. Buscad vuestros amigos en otra parte, en el cielo o en el infierno. En todo caso, sed amigos de vosotros mismos. Acostumbraos a permanecer despiertos: seréis vuestros íntimos y habitaréis vuestra casa. Nadie entra en ella sin vuestro permiso. Mirad que hay gente maligna que os hará sangre en el alma. Cuidad vuestro interior, que es vuestra mejor joya. Sed avaros de vuestro interior, que es vuestro santuario. Si tenéis la dicha de encontrar algunos fieles, cuidaos mucho de probarlos antes de enseñarles vuestro templo. Observad con qué compostura entran en vosotros. Si notáis que le profanan, echadlos suavemente y cerrad la puerta con siete candados.

Bienaventurados los que poseen flores en su huerto, y más dichosos los que tienen fieles que sepan gustar el aroma de esas flores. Ellos tendrán sus reinos... Entre tanto, preferible es no tener vasallos a tenerlos infieles.

Se dirá que sólo sois rey de vuestra casa, sin más reino que vuestro espíritu ni más súbdito que vos mismo; pero gobernaréis libremente y no estaréis en todo para ser instrumento de todo.

El amigo es un hombre que se pone un antifaz para daros una broma. Buscad al hombre debajo del amigo. Los hay que se acercan más a vosotros para triunfar mejor. Estos son los íntimos. Cuidaos de esos que os dejaron la miel en los labios para que os martiricen las abejas. Si tropezáis algún amigo sin antifaz, bendecid vuestro paso por la tierra, porque habréis tropezado al hombre.

Os aseguro que una buena amistad debe ser manjar de dioses; pero no olvidéis que una bestia, por muy domesticada que sea, siempre es una bestia. Es muy probable que los amigos no os salven, pero es seguro que os pierdan. Os aconsejo que caminéis solo cuando podáis. Bienaventurado el que puede ir solo toda la vida. Si lleváis los pies llagados y las manos heridas de las zarzas, y uno se acerca y os limpia el sudor y la sangre, ese será vuestro amigo. Debéis darle vuestra mano. Con todo, miradle hasta el fondo de los ojos. Ellos os dirán la verdad. No creáis en los amigos del día de vuestro triunfo. ¿Dónde estaban antes?

V. GARCIA MARTI

Nuestros hombres de ciencia

Con el doctor Julio E. Marenco

—Pasen Uds. — nos dice un hombre joven, de mediana estatura, sonrisa bonachona y modales afables. — Aprovecharemos estos momentosde tranquilidad. Hoy no atiendo consultas. Pero, siempre, el médico debe hallarse de guardia pa preparación, orientaciones.

El doctor Julio Eduardo Marenco es de esos hombres talentosos que a prima facie no revelan sus cualidades. Cuando la palabra toca temas hondos entonces surge nítido el valor de su pensamiento, preparación orientaciones.

Nos hallamos en el escritorio del afamado facultativo. En las paredes cuelgan cuadros bellísimos. Tres son reproducciones de las pinturas murales de Pompeya. Sobre un marco de terciopelo se halla un pedazo de masa arquitectónica de La Alhambra de Granada. Al inquirirle sobre el particular nos responde:



El doctor Julio Marenco acompañado de los doctores Bertone, Gelpi y Tagliaferro, ante la mesa quirúrgica.



El doctor Marenco operando a un enfermo de úlcera al estómago, secundado por el doctor Politi.

—No es de extrañar que mueva la curiosidad ese trozo de pared. Un amigo que paseaba por España, un día que estaban refaccionando la mencionada maravilla morisca, robó ese fragmento y ocultándolo me lo trajo de obsequio.

Contemplamos en el gabinete libros científicos, instrumentos quirúrgicos, esqueletos, cráneos, tibias y peronés, en consorcio con estatuitas en mármol de Carrara.

—¿Ama Ud. el arte?

—Profundamente. La medicina y él, llenan mi espíritu.

—Hace mucho de su egreso de la Facultad?

—Veinte años.

—El estómago como parte fundamental en la vida del ser humano, consecuencias, derivados.

—Bien. Debemos empezar diciendo que este órgano por las funciones que desempeña, ejercitadas constantemente, es capital en la vida del individuo y gravita con su influencia sobre el sistema nervioso y otros centros.

El hombre en la época actual, con la evolución que ha experimentado a través de las edades ha venido perfeccionando, civilizándose, mientras paulatinamente se alejaba de lo natural. De ahí que el estómago haya pasado por una serie de cambios de alimentación que han participado poderosamente en las modalidades del ser.

Se tiene la idea, errónea, de que el hombre debe ser herviboro. Se consigue con esto que al transformarse en vegetariano se convierta en sujeto débil, poco inteligente. Se debe comer carne en cantidad regular y acompañar ella con verduras; es decir ser un término medio. Con ello se evita muchas dolencias, pues los vegetales facilitan el proceso digestivo y purifican los elementos del aparato.

No solamente deben comer carne los obreros del músculo, como se supone generalmente, sino que también los intelectuales.

Por ser el estómago el órgano principal en la vida, cualquiera alteración del mismo perturba completamente al afectado. Y en seguida se siente la necesidad de recurrir al médico. Muchos son enfermos de autosugestión. Un simple eructo los alarma. Y éstos son en su mayoría neurasténicos, pues, si la palabra del facultativo no logra disipar sus infundados temores ellos van lesionando sus psiquis con la angustia de una enfermedad imaginaria.

—¿Qué factores principales intervienen en las alteraciones del estómago?

—La diversidad de comidas y la vida sedentaria.

—El consultorio de un médico es un amplio campo de observación.

—Así es. Por esto se trata de aprovechar la enseñanza que los distintos casos encierran.

—El estómago tratado por la terapéutica y la cirugía?

—Hay dos tendencias perfectamente definidas. La una supone que la curación de las enfermedades del estómago debe realizarse con tratamientos en los que intervienen los productos de la farmacopea. La otra obliga a recurrir inmediatamente al bisturí sin previo tratamiento. He ahí los dos métodos y procedimientos de la medicina: la clínica y la cirugía, que, si distintas en el fondo y en la forma, no son antagónicas y por el contrario deben ayudarse y completarse mutuamente, para bien del enfermo.

Hemos adelantado muchísimo en esta ciencia, pero con todo, apenas si hemos logrado asomarnos al desenvolvimiento de las funciones y relaciones de los órganos y aparatos del cuerpo. No hay infalibilidad. La cirugía está mejor conceptuada y difundida que la clínica, por cuanto cada paso que ella realiza deja huellas hondas en el trayecto.

Las gentes ven que a fulano que se le operó de peritonitis, sanó, no cuentan los innumerables casos de personas sanadas por la clínica. Otros tienen horror al cirujano, por qué? Si él es el único que puede salvar lo que la clínica deshaucia. Hemos visto tantos seres que se han extinguido por no haberse sometido al escapelo del operador.

La cirugía es más positiva en sus resultados que la clínica, ciencia que amo y admiro pero que es demasiado compleja e ingrata.

Tantas personas han desaparecido en manos de eminentes clínicos, que no han acertado con el diagnóstico y a los que una sencilla operación hubiese revivido.

—¿Qué aconseja, doctor, para tener sano el estómago?

—No hacer desarreglos en las comidas. Pero a pesar de todo las tendremos inconvenientes. Si volviéramos a la vida natural, primitiva, lo conseguiríamos, pero el hombre, que busca civilización y adelantos y los consigue, complica la existencia en todos los órdenes, intensifica la vida y los funcionamientos de ésta y todo ello pesa sobre el más trabajado de los órganos.

La palabra del doctor Marenco es autorizada e ilustrada por venir de la vigorosa mentalidad de un hombre de ciencia observador, y sanamente inspirado.

Ecléctico, optimista, bonachón, no denota el mal genio que caracteriza a muchos hombres geniales.

Dice que la práctica de la cirugía ha educado su voluntad, pero añade, que sólo para ella. Por lo demás continúa siendo como era.

Es un fino humorista que pretende hacer creer a todos su irascibilidad. Cuando su bondad brilla en su mirada y en sus gestos.

Médico - "causseur"—, reune las condiciones que se buscarían empeñosamente, pues cura con amenidad, como el ironista que extirpa vicios con la pluma riente, pero, incisiva que a veces suele ser ariete y otras espada de combate formidable.

La clínica médica y la cirugía siempre deben acompañarse y compenetrarse para bien del enfermo, nunca obstinarse, aislarse, porque donde termina una empieza a actuar la otra.

Julio E. Marenco

R. C. V. COCONNIER

Los especialistas

Por Tristán Bernard

La burla no descansará nunca ante la Medicina... Y, sin embargo, podemos afirmar que jamás han sido los médicos tan serios y tan hábiles como hoy.

Sólo que no se siguen sus tratamientos.

Vamos a verlos como salvadores, y si al cabo de ocho días no nos hemos curado cesamos de obedecer sus prescripciones. Entonces decimos: "La ciencia de ese hombre no me ha servido de nada."

Es que no les hemos escuchado. Si les hubiéramos escuchado nos habrían curado. Era necesario observar el régimen prescrito durante cuatro, ocho meses..., todo el tiempo preciso.

¿Os acordáis de Simeón..., aquel buen mozo, grueso, barbudo, que viste de levita? Sí..., le conocéis muy bien.

Pues hace cuatro años Simeón vino a verme. Sabía que yo siempre he estado en relaciones con las eminencias médicas. Simeón pesaba en aquella época doscientos sesenta libras. Quería adelgazar...

Le indiqué la dirección del doctor Belathur, calle de Lafayette...

Va allí. Belathur lo examina y le somete a un régimen que ha dado ya excelentes resultados: marchas prolongadas durante dos horas por la mañana y dos horas por la tarde.

Al cabo de dos semanas, Simeón había perdido veinticuatro libras.

Unicamente se encontró con que tenía los tobillos un poco débiles para sostener la masa de su cuerpo. No podía ya andar, pues sus pies estaban espantosamente hinchados.

Vino a verme; le indiqué entonces al doctor Schitzmer, un médico de origen austriaco, que cura las afecciones de ese género con baños de pies en lodo; es decir, en tierra arcillosa desleída.

Mi buen Simeón siguió el tratamiento durante tres meses, al transcurrir los cuales tenía los pies completamente curados.

—¡Ah!—me dijo e n t o n c e s—. ¡Cuán agradecido te estoy! ¡Qué alivio experimento al no sufrir ya esos dolores de la garganta!

Porque he de deciros que, en efecto, a fuerza de sumergir los pies en tierra mojada, había contraído una afección a la laringe que le molestaba mucho...

Pero nada más fácil que curar eso. Me apresuré a enviarle al doctor Cholamel.

Cholamel ha observado que muchas enfermedades de la garganta son debidas a la mala circulación de la sangre, devuelve su vitalidad a aquel órgano por medio de un tratamiento eléctrico.

Simeón se sometió a este tratamiento, y su curación fué cuestión de muy pocos meses. Su afección a la garganta desapareció por completo.

Desgraciadamente, Simeón pertenece a una familia de nerviosos; padece una nerviosidad especial, a la que la electricidad afecta gravemente. Sufrió crisis de un carácter muy alarmante... A diario tenía tres a cuatro accesos.

Entonces le dije:

Querido, no puedes continuar así. Ve a ver al doctor Langlevent y entérale de tu caso. Te curarás eso en un abrir y cerrar de ojos.

Langlevent le hizo tomar bromuro. Y al cabo de un cierto tiempo — seis meses — los accidentes nerviosos habían desaparecido. Mi amigo pudo reanudar su vida normal.

Pero su humor era un poco sombrío, como el de todas las personas que sufren del estómago.

El bromuro, naturalmente, no se ha hecho para el estómago. Lo estropea, lo desarregla, causa digestiones difíciles...

Cuando se padece del estómago no hay que vacilar. Se va a ver al profesor Biridoff y os cura en tres meses.

Mandé a Simeón a casa del profesor, que lo sometió a un régimen de feculentos. Muy poca carne, poco vino, agua en abundancia y purés de legumbres.

Simeón se restableció en poco tiempo y se consideró feliz.

Lo encontré en la escalera de mi casa cuando venía a darme las gracias. Sufría un poco... ¡porque estaba muy grueso! ¡Claro! ¡Nada más que farináceas! No pesaba menos de trescientos veintidós libras. Era demasiado.

—Hace falta cuidar eso y contenerse...—le dije.

—Pero respondióme— si trato de nuevo de adelgazar, van a decirme que ande; mis tobillos se hincharán otra vez, etc., etc.

—No, no se trata de andar—le contesté—. Hay otros medios para adelgazar. Voy a ir contigo a casa del doctor Lerenchéry.

Lerenchéry preconizó sobre todo la equitación regulada. Llenó doce páginas indicando las horas de salida, el número y la duración de los tiempos de trote, de los tiempos de galope.

Simeón escogió un caballo muy brioso y comenzó sus ejercicios.

Pues bien; comenzó hace tres días, y su peso ha disminuído ya treinta y seis kilogramos. ¡Magnífico resultado!

No debo ocultaros que en su primera salida se cayó del caballo y ha habido que cortarle la pierna izquierda, que pesaba exactamente treinta y seis kilogramos.

He aquí, pues, un hombre que ha seguido siempre las prescripciones al pie de la letra y que ha obtenido de la Medicina todo lo que le ha pedido.

LA ALABANZA

Por Amado Nervo

El pícaro egoistón sabía de sobra lo que valía su mujer; pero se cuidaba desesperadamente de decírlo a nadie, y mucho menos a ella misma.

—"Para mí solo — pensaba; — para mí solo esa gracia inefable que fluye de cada uno sus movimientos, que florece en cada una de sus sonrisas. Para mí la entonación deliciosa de su voz. Para mí sus cualidades de ama de casa insustituíble, y todos sus encantos secretos y todas las armonías ocultas de su cuerpo y de su alma..."

Como vivíamos aislados, por tendencia invencible de carácter en los dos el "usufructo", llamémosle así, de cuanto valía Elena, era de Manuel. Nadie podía siquiera rendir a aquella mujer excepcional el elogio secreto que se imponía al alma en cuanto se la trataba.

La vanidad femenina — o la intuición — tienen empero, han tenido, siempre, grandes aciertos ,y es claro que Elena sabía que era graciosa, que era discreta, que valía mucho. Pero como jamás una alabanza de su marido (a quien adoraba), ni un cumplido de los extraños, a quienes no veía casi, venían a corroborar su interior dictamen; como Manuel, por otra parte, era el espejo por excelencia, en que ella se veía, acabó la pobre por dudar de sus encantos y hasta por olvidar que los tenía.

Iba viviendo como una Cenicienta, a quien ningún príncipe había rendido aún homenaje, a quien ninguna admiración había revelado todavía la maravillosa pequeñez de su chapín de cristal.

¡Cómo gozaba el egoistón cada vez que un encanto nuevo surgía a flor de piel en aquella rosa divina!

Tal inflexión, hasta entonces no oída, de la voz; tal cadencia no escuchada aún en el cristal de la risa; tal gallardía no vista del movimiento; tal gesto antes no percibido, llenábanle de satisfacción infinita.

—"¡Para mí solo! ¡para mí solo en la intimidad absoluta de mi hogar!... Esto nadie lo ve, esto nadie lo sabe, esto nadie lo cata ni embelesa a nadie: "¡para mí solo!!" — repetía.

Y con el miedo infame de que ella se diese cuenta de la admiración que inspiraba y "se ensoberbeciese", a veces, ante las gracias más impensadas y arrobadoras, se acorazaba él de frialdad.

—"¡Se diría que te fastidio!"— insinuó ella tristemente, en cierta ocasión, cuando, después de narrar a su marido con encanto infinito algunas sencillas escenas de su infancia, sólo halló por respuesta una como vaga sonrisa diferente.

Y el odioso egoísta, en vez de caer a sus plantas, de abrazarse a sus rodillas, de decirle: — "¡Al contrario, bien mío, me embelesas, eres adorable en todo; te idolatro!", se contentó con un; "¡Ah! ¡no por cierto!" de leve sorpresa cortés.

...Pero el castigo no se hizo esperar. ¡Oh!, Dios mío, cuando los hombres no aprecian tus dones más preciosos. Tú no te enojas, no; se los retiras simplemente, porque no conviene "arrojar margaritas a los cerdos".

Y Elena cayó enferma, y su enfermedad fuése agravando... agravando.

Entonces el egoistón aquel se volvió loco. ¡Perder tamaña maravilla! ¡Ver secarse tan milagroso lirio! ¡Comprender como nadie el valor portentoso de aquel ser, todo hecho de gracias, y entregárselo para siempre a la muerte!

¡Oh, sí, el castigo fué proporcionado a la culpa!

Vínole entonces el tardío, pero, por eso mismo, imperioso deseo de hacer justicia, y en un momento en que la enferma estaba serena, reclinada en sus almohadones, mirándole con aquellos sus santos ojos claros y grandes, llenos ya del invasor misterio de la muerte, él se arrodilló a los pies de la cama, cogióle la diestra afilada y temblorosa, besóla con transporte y exclamó:

—Amor mío, es preciso que vivas para que yo te quiera más que nunca y te mime más que nunca y te diga todo lo que eres, todo lo que has sido para mí, el culto celeste que te rendí siempre en lo vedado de mi alma, la estimación sin límites en que tuve tus menores actos... Amor mío, yo no he sido más que un espejo que recibe en su hondura todos los detalles de una imágen y que milagrosamente se regocija de ellos, pero que no responde a aquel dón sino con su aparente serenidad de cristal. Nadie te ha amado como yo y nadie ha aquilatado más todas tus gracias. Llena de gracia eres y derramando gracias has pasado por mi existencia. Todos mis instantes te han dicho: "¡bienvenida!" Todas mis horas te bendijeron, amor...

Pero tuve miedo — un miedo espantoso de perderte, si te mostraba esta adoración. — Te juzgué capaz de un envanecimiento natural; temblé ante la idea de que me hallases inferior a la excelencia que yo confesaba en ti... y callé, callé cobardemente, callé con un goce íntimo y celoso, de todos los minutos... ¡Estos labios que tantas veces debieron cantar tus alabanzas, se volvieron de piedra para el elogio; ellos que eran tan ávidos para la caricia! ¡Perdón, amor, perdón, y vive! Es fuerza que vivas. No te vayas, tú, el más alto, el más noble, el más puro e inmerecido galardón de mis días. Vive y yo iré diciendo por todas partes tus loores. Vive y te escribiré un libro; un libro para ti sola; un libro digno — te lo juro — de ti.

Los sollozos dijeron lo demás.

Ella apartó suavemente su diestra de la mano trémula de su marido y la posó en la cabeza de éste, con movimiento de ternura casta y discreta. Llena ya de esas justas y sosegadas apreciaciones que da la muerte:

—"Hijito — dijo poniendo una indecible ternura de maternidad espiritual en su voz, — no te tortures así. Yo no tenía quizá más encanto que el que me daba tu cariño, y, si lo tuve, volverá al venero eterno de donde manan todas las bellezas y todos los bienes. Si tú fuiste un cristal, yo no fuí sino el reflejo de una luz. Cuando me haya muerto, escribe, sin embargo, el libro. Yo no podré envanecerme de él aunque me fuese dado leerlo, invisiblemente, sobre tu hombro; pero Dios será loado en una de sus criaturas."

Y no dijo más; pero en su mirada, en que luchaban ya la luz y las sombras, tembló la última lágrima, como postrer piedra preciosa del collar de aquella vida incomparable.

LOS CONCURSOS LITERARIOS

Como todos los años, se han renovado éste, las protestas de los escritores por el fallo de los jurados de literatura. No se trata solamente de la voz de los descontentos, inevitable desde luego, sino de las observaciones justas, de la reclamación fundada y del descrédito popular.

La Ordenanza Municipal respectiva establece que se otorgarán "tres premios de prosa y tres de verso a las mejores obras de la producción literaria anual". *El texto es claro; dice: "las tres mejores obras" Es decir que al jurado debe guiarle un criterio absolutamente estético, que solo debe resolver según los méritos de cada obra. Por otra parte, es el único criterio que existe en todas las leyes del mundo, análogas a la que comentamos.*

Fuera de este criterio, se entra en una anarquía interminable. Las consideraciones personales, la bondad o necesidad de tal o cual autor, son cuestiones ajenas al arte mismo, que nada tienen que ver con la hermosura artística de un libro. Unicamente sirven para desviar la opinión y favorecer a los amigos de los jurados.

Así mismo, es absurdo considerar fuera de concurso a un escritor por el hecho de que antes haya obtenido otro premio. La ordenanza fija el plazo de dos años, después del cual, todo autor puede conquistar cualquier premio. El texto es clarísimo y no hay lugar a dudas; pero los jurados, a fin de disminuir el número de opositores, descartan, sin derecho alguno, a quienes ya demostraron su capacidad. El jurado no tiene facultad para modificar la ordenanza en ningún sentido, y sólo debe aplicarla. Si no, su fallo es, jurídicamente, nulo. ¿Por qué, por ejemplo, un autor que ha obtenido un premio de segunda categoría, no podría conquistar uno de primera? ¿Por qué un poeta premiado, no podría obtener un premio de prosa, con una novela o con unos cuentos? Se dice, naturalmente, son comprender, que los premios municipales son de estímulo.

Pero ¿no son de estímulo, todos los premios a los artistas? Cuando se dice "concursos para estimular la producción literaria", no se entiende para "beneficar o regalar" algo a tal "niño aplicado", sino fomentar las especulaciones del espíritu; pues el Estado cree necesario para su progreso, que haya escritores que escriban bien. Ese es el único estímulo... La palabra no tiene otro sentido. De lo contrario, se trataría de premios a la virtud o dádivas de beneficencia, que a la larga, desacreditarían a quienes los obtuviesen.

Pero los jurados no han entendido, como era de esperar, el justo sentido del vocablo. Estimular equivale a aguijonear o punzar o excitar, según el Diccionario. ¿Por qué no leyeron la palabra los señores que debían fallar, de acuerdo con la Ordenanza? Es decir que la Municipalidad desea excitar la creación literaria premiando a las seis mejores obras de cada año.

Es tan sencillo que no es necesario insistir. La única manera de estimular es proceder con justicia y no arbitrariamente. Si los escritores y poetas premiados son siempre un grupo selecto, en buena hora, porque la Ordenanza habría llenado el objeto de crear la selección artística a que aspira.

Finalmente, es oportuno decir que los jurados varían cada año y tienen criterios distintos. Así tampoco se atienen a la norma de no premiar a los premiados. Por ejemplo, los señores Fernán Félix de Amador, Víctor J. Guillot, Ezequiel Martínez Estrada, han obtenido, varios premios. Insistimos: si lo merecían, hicieron bien los jurados en resolver a favor de ellos. ¿No es, acaso, peor, dar un honor a quien no lo debe conseguir? ¿Otorgar un título a quien lo desprestigia ? ¿Señalar como buenos libros que el público lee, y se desilusiona y sonríe?

En resumen: Lo bueno es cumplir la Ordenanza estimular la producción sujetándose al criterio estético, o sea el que juzga según el mérito de los seis mejores libros. Lo necesario es que los jurados sean literatos, responsables de su fallo y no concejales comerciantes que ignoran el valor de las palabras. Lo indispensable es reaccionar contra tanta corruptela que amenaza con desacreditar en vez de enaltecer, a los artistas que se premian.

P E R O   G R U L L O

Una iniciativa que refleja el alma generosa de la mujer argentina

Hogar para "canillitas"

Sí, no se asombren los lectores. La mujer, luz en la vida, ha resplandecido una ocasión más con fulgores bellísimos y esta vez ha querido la suerte que sea en esta ciudad de nuestras predilecciones que surgiese el rayo disipador de tinieblas. Tres niñas argentinas, tres jóvenes hermosas, buenas, inteligentes y aristocráticas han demostrado que para algo sirve el linaje, que significa nobleza y no tedio ni molicie en sus poseedores.

Sarah Quiroga, Carmen Ayerza y Marta Bosch Alvear han tenido una iniciativa tan pura, honda, vasta, humana y justiciera que el solo enunciarla proclama previamente un homenaje a tan selectas personas.

Es de suponer el interés que podrá despertar en los espíritus altos semejante idea.

El periodismo, que siempre debe hallarse alerta para maniobrar al servicio de causas benéficas, apoyando sus postulados, defendiendo de la inercia y la maldad y difundiendo con su poder, en esta ocasión tiene un deber que cumplir y es, su colaboración en esta laudable empresa que debe ser llevada a feliz término.

Visitamos a la señorita Sarah Quiroga en su residencia de la calle Lavalle. Se encuentra rodeada de su hermanita y varias amigas que la secundan en la tarea de ordenar fichas, papeles y clasificación de correspondencia.

Celebramos la llegada de FRAY MOCHO — expresa con su voz musical, cordialmente. Nos hallamos preparando lo necesario para celebrar las primeras reuniones.

—¿Qué inspiró a Uds. esta iniciativa?

—El cuadro desolador que ofrecen los pobres chicos que obligados por la cruel necesidad y exponiendo su vida venden periódicos sin obtener mayor ganancia que retribuya ni en parte el sacrificio de esas jornadas de todos los días y todas las noches aún las más crudas e implacables de invierno!... Sus hogares miserables, los vicios que los contaminan, las enfermedades a que se hallan expuestos, en plena juventud, los peligros para su moral. Tantas veces se abren las puertas de la cárcel para que entren en ella estos infelices a los que el infortunio y la ignorancia arrastró por la mala senda.

—Y ellos abandonados, sin que les cobije una ayuda en el día de mañana, cuando la vejez aparezca en la existencia de estos heróicos pregoneros que son uno de los factores principales de la prensa.

—Todo eso nos ha movido a pensar algo en favor de estos muchachos, darle forma concreta y ahí tiene Ud. lo que hoy anhelamos públicamente.

—¿Una casa para el vendedor de diarios?

—Sí, una casa donde reciba instrucción, sanee y fortifique su espíritu y físico, se alimente y se le convierta en un hombre sano y digno ante él y la sociedad. La señorita Quiroga evidencia su entusiasmo por la iniciativa. Es dinámica, decidida, ejecutiva. Sus ojos, negros y grandes, bellos como esperanzas y profundos como el misterio nos miran con interrogatorio variado.

—Su señor padre se preocupó mucho por la suerte de los canillitas sanjuaninos.

Al oírnos su voz se vela por melancólico recuerdo. Le ha evocado al querido progenitor, el estudioso argentino que supo honrar la provincia cuna de Sarmiento en el parlamento nacional.

Miramos su mano, blanca, intensamente blanca, sutil y delicada.

Recordamos cuando un día el que fuera en vida doctor Marcial V Quiroga, favorecedor de los pobres de San Juan, le preguntó si podrían hacerse abrigos para los canillitas de aquel estado. En una semana, con tres costureras bajo sus órdenes esta hija confeccionó más de un centenar de tricotas. Esas manos virtuosas provocaron al facilitar abrigo a tantos esforzados muchachos lágrimas de gratitud en sus hogares paupérrimos.

Le repetimos el episodio tan grato, por su hermoso significado.

—¿Cuáles serán las características de ese hogar?

—Proporcionarle al vendedor de diarios todo lo que le falta. Con respecto a la instrucción se dictarán cursos de taquigrafía, dactilografía, gramática, dibujo, artes aplicadas e industriales. Contamos para la obra con entusiasmos, fe y optimismo. Hemos recurrido a los escolares, cuya cooperación es de esperarse.

—Se ha de manifestar admirable por lo decidida.

—Los diarios y revistas, las instituciones, han prometido apoyo.

—¿Quiénes integran la comisión?

—Las señoritas:

Marta Bosch Alvear, Sarah Quiroga, Carmen Ayerza, Carlota y Celia Pirovano, Teodolina y Mercedes Alvear, Adela Ayerza de Elortondo, María Isabel y Mercedes Achaval Riglos, María Isabel Ayerza, Ernestina y Monona Rodríguez Larreta, Elisa Pico Estrada, María Antonia Pereyra Iraola, Raquel y Susana Quiroga, María Elena y Marta Fernández Madero, Carmen y Esther Saubidet, Elena Rosa Olivera, Carolina Padilla y Joaquina Durand.



Emblema de la nueva institución

A LOS CORAZONES.

Un llamado sublime ha partido de tres niñas de nuestra sociedad.

Nadie puede ni debe permanecer indiferente.

Se trata de salvar al estoico muchacho que sirve de medio a la cultura con el aporte desinteresado de su vida, esparciendo los ejemplares de diarios y revistas. El muchacho que desde el fondo de nuestro ser miramos con simpatía y al que muchas veces hemos visto despreciado inicuamente por protervos y egoístas. Frente al maremagnum de pasiones, odios, impulsos frenéticos, y crueles que envuelven la vida actual, se ha levantado la voz angusta de estas tres señoritas: Sarah Quiroga, Marta Bosch Alvear y Carmen Ayerza, que desean aliviar las penas del muchacho de hoy, hombre de mañana, necesario para la patria.

Obra fecunda de educadores y estadistas que la emprenden ejemplares muchachas.

Los corazones responderán.

Periodistas en primer plano, estudiantes, universitarios, pueblo y poderes públicos tiene en su mano, ahora, el hacer obra social tan descuidada.

Todo se limita al apoyo moral y a una contribución aunque sea ínfima que proporcionará base a la gran obra.

Un centavo que se junte, será una caloría más para la máquina.

¿Quién, quién de esta gran capital, orgullo de América por su grandeza y destacada en la humanidad por su espíritu altruista, humano, hospitalario, negará su concurso? Quién podrá negar el centavo que se convertirá, oh dicha, con el tiempo en aporte de bien para el país, disminución de la delincuencia y la miseria, los hospicios, y hospitales, y depósitos de contraventores.

¡A la obra! Todos en fraternal unión!

Roque CEPEDA VERON

¡A TODOS LOS NIÑOS!

Piensa un momento en esos niños iguales a ti en la edad, iguales, también, en la ternura de su corazón que si a veces no se refleja en su rostro ni en sus modales, es porque les fué robada por las exigencias de la lucha diaria que conocieron demasiado pronto.

Piensa que no tienen, como tú, padres cariñosos que velen por su espíritu y su salud; que ruedan por las calles de la ciudad enronqueciendo sus voces tiernas, gritando los periódicos en las mañanas y en las noches de invierno en que el frío es un látigo que fustiga sin compasión sus cuerpos frágiles y sin abrigo.

Piensa en ellos, que viven reprimiendo sus ansias naturales de diversión; que no conocen el halago de los juguetes ni de los dulces y que como recompensa de sus esfuerzos reciben en más de una ocasión la herida mortal en el accidente callejero a que se hallan expuestos a toda hora.

Piensa en ellos, poniendo en tus ideas toda la nobleza y generosidad de tu alma y verás que en vez de costarte un sacrificio, será para ti una gran satisfacción contribuir con $ 1, mensual, a sostener la obra en que se luchará por su bienestar físico y su mejoramiento moral.

Se hallan a cargo de esta obra, las Srtas. MARTA BOSCH ALVEAR, SARA QUIROGA y CARMEN AYERZA.

Local provisorio para el envío de donaciones: "DAMAS PROTECTORAS DEL OBRERO" — Victoria 2121. - Bs. Aires.

CIRCULAR QUE SE HA PASADO A LOS NIÑOS DE LA CAPITAL FEDERAL

Analectas del Kempis

No debemos juzgar las cosas según las inclinaciones de nuestro corazón, porque el amor propio con facilidad nos quita la rectitud del juicio.

✻

Por ninguna cosa del mundo ni por amor de hombre alguno se ha de hacer lo que es malo.

✻

Sin caridad de nada aprovechan las obras externas, mas cuando se practica por caridad, por pequeño y despreciable que sea, se hace todo fructuoso.

✻

El que tiene verdadera y perfecta caridad, no se busca a sí mismo en cosa alguna, y si sólo desea la glorificación del bien.

✻

El verdaderamente bueno de nadie tiene envidia, porque no ama ningún placer particular ni busca el gozo para sí mismo; sino que anhela la bienaventuranza de todos como el verdadero fin de la vida.

✻

Mucho hace el que mucho ama. Mucho hace el que en todo hace bien.

✻

Si el verdadero bien fuese siempre el único objeto de nuestros deseos, no nos perturbarían tan a menudo los dolores de la sensibilidad.

La biblioteca

Por Mauricio Dekobra

Mientras el Sr. De Calvers acompañaba a su amigo hasta el jardín de su hotel, Raimundo Bauchese dijo riendo:

—¡Hombre feliz! Apuesto a que esta tarde aguardas una visita encantadora. Estás deseando que me vaya, ¿verdad?

—No se te puede ocultar nada.

—¿Es una mujer de mundo?

—Sí.

—Pues, buena suerte. Le enseñarás tu biblioteca, tus encuadernaciones incomparables, tus tesoros de la India... ¡Hasta la vista, Don Juan!

El Sr. De Calvers entró en el vestíbulo. Parecía impaciente. Llamó a su ayuda de cámara.

—John. Cuando llegue esa señora la harás pasar a mi biblioteca.

—Bien, señor.

El Sr. De Calvers subió al primer piso, se tendió en un diván, y para entretener el tiempo encendió un cigarro.

Eran las diez de la noche. La calle de Nápoles estaba silenciosa.

La lámpara, bajo la pantalla azul y oro, alumbraba discretamente los libros ordenados en los estantes de roble.

La puerta se abrió. John alzó el portier, y la dama entró. El señor De Calvers se levantó. La mujer, inmóvil, desconcertada, miraba en torno suyo.

Su rostro maquillado parecía aún más pálido en la fluorescencia azul de la lámpara. Era hermosa; bella como una tigresa devoradora de hombres.

—¡Es muy hermoso esto! ¿Vives solo aquí?

—Sí; solo con mis libros. ¿No te interesan los libros, Marcela?

—A veces... En mi casa tengo la clave de los sueños y el tomo segundo de Los tres mosqueteros.

El sonrió. Llamó. John entró pasteles y licores. El Sr. De Calvers ofreció un cigarro a Marcela y se sentó a su lado en el sofá.

Mientras ella expresada ingenuamente la sorpresa que le causaba aquel decorado exótico, el señor De Calvers la observaba con la atención del psicólogo que estudia un alma vil en un cuerpo deseable.

Había encontrado a aquella mujer a media noche junto a las fortificaciones, bajo los árboles del bulevar desierto.

La había hablado. Había escuchado sus confidencias y la había invitado a ver sus colecciones.

Era el capricho de un dilettante que, para cambiar, recibe en su santuario a una pobre réproba.

Al mirarla no abrigaba ningún pensamiento impuro. Le interesaban solamente sus confesiones, su hablar pintoresco, sus reflexiones, cándidas y brutales a la vez.

Gustaba de esta conversación como de un manjar picante. Era un festín después de la insípida monotonía de los galanteos mundanos.

Y había, sobre todo, en la actitud de la mujer una especie de inquieta reserva que añadir al encanto extraño de aquel diálogo.

Parecía una fiera que olfatea un peligro y está dispuesta a echar la zarpa a la menor alarma.

El Sr. De Calvers se acercó a Marcela.

—Eres bonita — dijo lentamente.

—No me mires así—contestó ella riendo roncamente—. Tienes una mirada que casi da miedo.

—¿Miedo tu? ¡Vamos! ¿Quieres que apague la luz para que no me veas?

Tenía el dedo sobre el conmutador.

—No. No apagues.

—Era broma. Ven a hojear mis libros... Son bastante raros... Las encuadernaciones también te gustarán.

Marcela se levantó y miró las obras que el Sr. de Calvers escogía; ejemplares de lujo admirablemente encuadernados.

—¡Mira!—dijo ella—. ¡Qué pasta tan rara!

—Es un Baudelaire encuadernado con la piel de un tiburón que maté a tiros en Singapur. Pero tengo algo mejor. ¿Quieres ver la joya de mi biblioteca?

—Sí.

—Es *El hombre que ríe* encuadernado en piel humana.

La mujer retrocedió un paso.

—¿Cómo? ¿Con... la piel de un hombre muerto?

—Sí. Una idea que se me ocurrió. Pero no vayas a creer que he matado a alguien para tener esa piel. Te lo voy a enseñar.

Abrió un estuche de tafilete rojo y sacó un tomo en octavo cubierto de una piel blanquecina con algunas señales azules.

—Es un tatuaje—dijo—. Se distinguen muy bien el corazón, la flecha y dos estrellitas, y sobre ellas una cruz de Malta... Pero... ¿qué tienes?

La mujer se había puesto lívida.

—¿Dónde? ¿Cuándo te proporcionaste eso?

—Me lo dió un alumno interno del hospital de San Anselmo. Un apache gravemente herido en una riña murió en el hospital hace un año... Hicieron la disección del cadáver... y...

El Sr. De Calvers fué interrumpido por un grito salvaje. La mujer había arrojado el libro y gritaba:

—¡Es el tatuaje de mi hombre; el gran Luis! ¡Lo reconozco! ¡Eres un monstruo!

Su mano febril había cogido del velador un cuchillo con mango de plata. Marcela se lanzó sobre el señor De Calvers; pero éste la sujetó y la desarmó fácilmente. Después, con una sonrisa cansada llamó al timbre, y cuando John acudió, ordenó impasible:

—Tráeme papel y un bramante. Quiero hacer un paquete para la señora.

Fiesta cívica española





Conmemorando la efemérides hispánica del dos de mayo, realizóse un banquete en los salones de la Asociación Patriótica Española en el que tomaron parte caracterizadas personas de la colectividad radicada entre nosotros. La cabecera de la mesa presidida por el embajador de España en la República Argentina, don Ramiro de Maeztu.

Elección de nueva comisión directiva del Jockey Club





Con asistencia de numerosos socios y en medio de gran entusiasmo, procedióse a la renovación de las autoridades del Jockey Club. — A la izquierda: el doctor Tomás E. de Estrada, actual presidente de la institución, que fué reelegido para continuar en el mencionado puesto durante un nuevo período. A la derecha: grupo de socios después de efectuada la reñida elección El escrutinio designó para integrar la comisión directiva, además del doctor Estrada, a los señores doctor Alberto Julián Martínez, Alberto Levene, Raúl S. Zavalía, doctor Joaquín S. de Anchorena, doctor Manuel Carlés, Emilio N. Casares, doctor Rodolfo Pradere, Carlos Jiménez Zapiola, Carlos Luro y doctor Urbano de Iriondo.

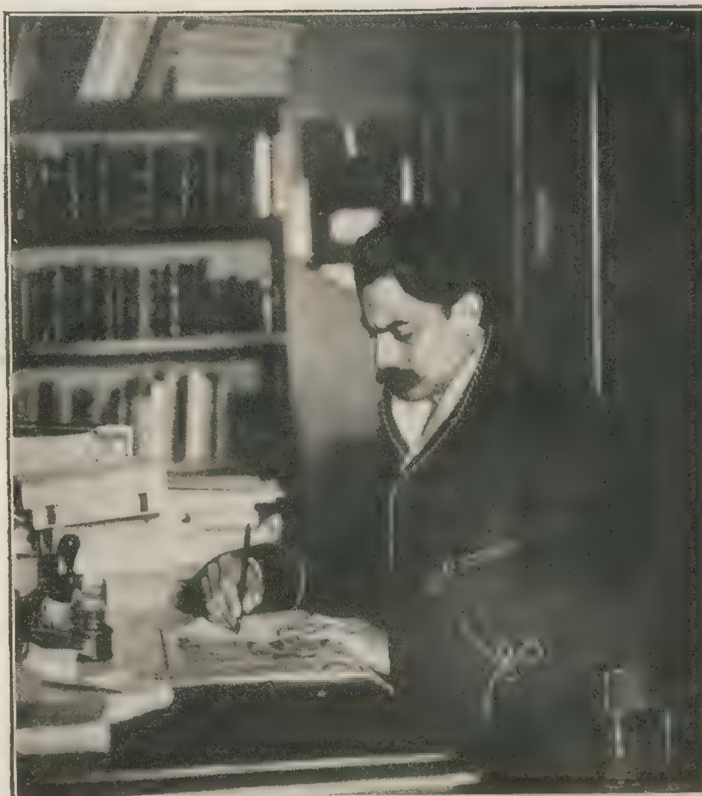
Asociación Labor





En los salones de la Sociedad Rural Argentina, realizóse, con todo brillo, el baile organizado por la Asociación Labor. — Arriba: Un grupo de familias concurrentes, durante un intervalo del baile. Abajo: Un aspecto del comedor al servirse el lunch.

Homenaje a Don Ricardo Rojas



El rector de la Universidad de Buenos Aires, y distinguido hombre de letras, doctor Ricardo Rojas que acaba de ser objeto de un brillante y elocuente homenaje con motivo de haber cumplido sus bodas de plata con la literatura. Al acto, que se realizó en el teatro Colón, concurrieron el presidente de la República, los ministros del Poder Ejecutivo, destacadas personalidades de las ciencias y las letras y un público selecto, entre el que figuraron numerosas damas de nuestra sociedad.

CONFERENCIA DE DON LEOPOLDO LUGONES



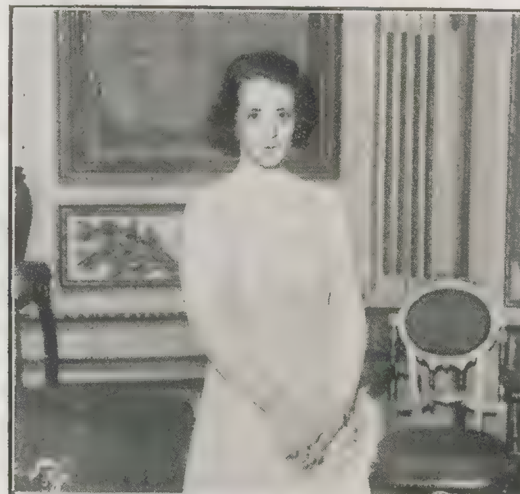


Iniciando un ciclo de seis conferencias, don Leopoldo Lugones disertó, en el teatro de la Opera, sobre el tema "De la soberanía a la potencia", siendo escuchado su discurso, con visible interés, por un selecto público. A la izquierda: el señor Lugones mientras dirigía la palabra al auditorio. — A la derecha: un aspecto de la sala del teatro de la Opera durante la realización del acto.

Asociación Juventud Cultural Sionista



La Asociación Cultural Sionista organizó un interesante festival artístico que se realizó en el Salón Italia Unita y en el cual tomaron parte la declamadora señorita Wally Zenner y el pianista señor Raúl Spivak. — A la izquierda: vista parcial de la concurrencia. A la derecha: la señorita Wally Zenner, durante el recital que estuvo a su cargo.



AVIACION



Construcción del sexquiplano "Jesús del Gran Poder". Todos los elementos de este avión, antes de ser forrados, fueron acoplados sobre el fuselaje para asegurarse del buen funcionamiento de todas las partes que le constituyen. En los momentos de escribir estas líneas se anuncia la salida de los aviadores españoles, capitanes Jiménez e Iglesias, piloteando este aparato para cubrir el sensacional raid preparado hace tiempo.



El "Jesús del Gran Poder", terminado y listo para emprender el vuelo y los capitanes Jiménez e Iglesias que lo pilotean. El avión ha sido fabricado en los talleres de la compañía de Construcciones Aeronáuticas, de España.



El piloto argentino Eduardo Bradley primer aeronauta que, junto con el capitán Zuloaga, cruzó en globo la cordillera de los Andes y que acaba de marchar a Estados Unidos con objeto de intervenir en la carrera de aerostatos por la Copa Gordon Bennet.

SOCIALES



ENLACES. — Señorita Tomaso con el señor Bianchedi



Señorita María Castellanos, recientemente desposada con el señor Vicente Bove



Señorita Herminia Carmen Olqueró con el señor Manuel Huise García



Señorita Lola Gómez Adam, con el doctor Gustavo Lagos Rivera



Señorita Lucía Fontán con el señor Darío Eduardo Drago



Señorita Grosso con el señor Maughi



Señorita Orosia Ayerza con el señor Ricardo Dónovan



Señorita Tita A. Genatacio con el señor Félix Redondo



Señorita Angélica Vitali con el señor Vicente Calleja Manson



Señorita Carolina Bernasconi con el señor Juan Duque



Señorita María Ibarra con el señor Juan José Folco



Señorita Velarde con el señor Lynch



Señorita Esther Margarita Outín con el señor Carlos Jorge Bachetta

Baile en el Club Yugoeslavo



Un núcleo de concurrentes al baile social organizado por el Club Yugoeslavo en honor de las familias de sus asociados

Vida científica



Doctor Natal López Cross, profesor suplente de la Facultad de Medicina, una de las más destacadas figuras de la ciencia médica argentina, que acaba de obtener, por concurso, el nombramiento de encargado del curso de traumatología para médicos legistas.

Proveeduría de la Mutualidad Postal y Telegráfica



El señor Francisco Carporale miembro del directorio de la Mutualidad Postal y Telegráfica, leyendo su discurso en la inauguración de la proveeduría de la institución.



Algunas de las familias de los asociados que concurrieron al acto, inaugural de la Proveeduría de la Mutualidad Postal y Telegráfica



Club Social Arenales.



Vista parcial de la concurrencia que asistió al té danzante organizado por el Club Social Arenales, de Villa Devoto

En honor del señor Risso Patrón.



Grupo de personas que asistieron al almuerzo con que fué obsequiado el señor Risso Patrón, dirigente político radicado en Belgrano, perteneciente al partido radical irigoyenista, por el reciente triunfo electoral que en dicho barrio alcanzara la fracción política mencionada. El acto, que se realizó en el restaurant Dietz, fué ofrecido por un núcleo de correligionarios



De CACHEUTA


Señora de Camuso y sus hijitos.


Damas conocidas que pasan temporada en las termas.


El doctor Juan A. Savino, su esposa y su hijita.


Sra. Rosa S. de Marienhoff


En pleno flirt


Más flirt


Señorita Emma Alfonso Sarno


Doctor Flexa y familia


Señor Vicente Serra y familia


Señora de Costa Paz y su hijito Marcelino


Señorita Edelmira Zuliani


Señor Bonorino y familia.


Señor José Orfila, padre del gobernador de Mendoza acompañado de las señoritas de Agüero y Ponce Aguirre


Señorita Josefina Buzzi

Fots. Bejarano.

ACTUALIDADES CINEMATOGRAFICAS


Francis X. Bushmann, Henry Hebert y Serge Tataski en un momento culminante de ''Unua nueva y gloriosa nación'', que la General exhibe con gran éxito


Durante la filmación de ''El gran desfile'', la gran producción de King Vidor, que la Metro-Goldwyn-Mayer está exhibiendo


Charlew Morton y Carly Lincoln protagonistas de ''Colmillos de lobo'', que la Fox estrenará pasado mañana


Lucy Doraine y Willi Fritsch, en ''El príncipe y la cocotte'', notable éxito del programa Optimus.


Glenn Tryon en ''En alas del amor'', que la Universidad estrenará hoy


Dorothy Devore en ''Gaitas y bacalao'', que la New York Film está exhibiendo


Fritzie Ridgeway, Gene Gowing y Betty Baker protagonistas de ''Rostros destrozados'', cinta extra arte especial que la Corporación exhibe desde anteayer.


Dorothy Mc. Kaill, Jack Mulhall y James Finlayson en ''Baños rusos para señoras'', que Glucksmann está exhibiendo con éxito

De CARHUE



Fiesta de beneficencia. — Kiosco "La Argentina".



Kiosco "Galicia"



Kiosco "Cruz Roja"



Señora Ana R. viuda de Gómez y señores Francisco Gómez y Garibaldi Forte



Concurrentes al baile realizado en el campamento F. C. O.



María Isabel y Emilio G. Bousquet Artola
Fots. Carretero

De MENDOZA

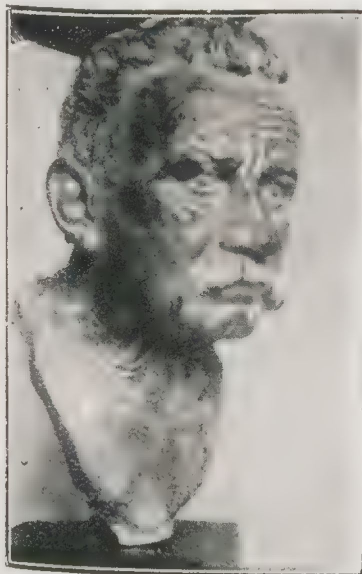


El cónsul de Chile en Mendoza, señor J. M. Novoa Torres, su señora esposa y sus hijos.

De ASUNCIÓN (Paraguay)



Los candidatos a presidente de la República de los partidos Liberal y Nacional Republicano, señores doctor José Patricio Guggiari (1) y Eduardo Fleitas (2), durante un congreso de municipalidades.







Notas de Arte



De izquierda a derecha: "Carne cansada y espíritu en acecho"... obra del escultor Santiago José Chierico, recientemente adquirida por el diputado nacional, doctor Quirós. "Embeleso" busto del escultor argentino Sergio Roberto, incorporado a la Exposición de Bellas Artes, de Santiago. — Proyecto de monumento al doctor Hipólito Irigoyen original del artista Manuel Monserrat que ha sido presentado por su autor a la consideración del gobierno de la provincia de Buenos Aires.

INFORMACION GRAFICA DEL INTERIOR



RIO CUARTO.—Concurrentes a la fiesta criolla ofrecida por el director del diario "Justicia", señor Ventura G. Ferreyra, en honor del diputado doctor Angel H. Cabral



Durante la fiesta campestre ofrecida por los señores Belisario Díaz de Bedoya, Modesto J. Sbaffi y otros, en honor del diputado nacional doctor Carlos J. Rodríguez



RINCONADA (SAN JUAN). — Banquete de camaradería realizado en Pocito con motivo de la creación del "Centro Comercial", y llevado a efecto en el domicilio Deiej, electo presidente de dicha asociación



SAN LUIS. — Concurrentes al pic - nic organizado por la Sociedad de Obreros y realizado en el parque del Chorrillo, festejando el vigésimo aniversario de su fundación



Enlace Garro - La Vía. — Los contrayentes después de la ceremonia nupcial



QUEMU-QUEMU. — Nuevas profesoras de corte y confección diplomadas en la academia que dirige la señorita Felipa Domínguez



RELMO. — (F. C. S.) — Señora Delia G. de Taverna con su hijito Orlando y señoritas Palmira y Juana Taverna



RUFINO. — Personas que asistieron al almuerzo criollo con que fué obsequiado el señor Humberto Pannunzio, con motivo de su próximo enlace
Fots. Agostini, La Vía, Carretero y Della Mattia



Cuadro plástico formado por alumnos de la escuela "Dante Alghieri" en una reciente velada

EL CORALILLO

Por Vargas Molteni

Sin pensamientos, absolutamente absorbido por la tarea que lo ocupaba y que era destorcer un trozo de alambre engarabatado y herrumbroso, que por fin había hallado en un ángulo del potrero después de tanto inútil perquirimiento, y el cual le era prácticamente indispensable para corregir un desperfecto sufrido por uno de los tantos alambrados del "puesto", Véner, Armando Véner se hallaba, a la sazón muy lejos del rancho cuando un rumor de pasos humanos le hizo volver la cabeza. Y vió, reluciente sus rubios cabellos por la luminosa caricia del sol matutino; arreboladas las mejillas y purpúreos los labios, la elegante figura de Eremia, que avanzaba hacia él, mostrando en sus vacilantes pasos una cierta humillación de su orgullo, al verse en cierto modo, precisada a solicitar la ayuda de su persona.

Al verla así, tan bella y garbosa, al advertir en sus rasgos y espontáneos gestos trascender un aire de seducción y consabida superioridad, Véner sintió como un ramalazo de impotencia y despecho, como un acrecentamiento insólito de aquella extraña pasión que experimentaba hacia ella, y que no dejaba de exteriorizar, siempre que las circunstancias lo permitían, con ese afán desesperado del que sabe la correspondencia recíproca y tiene en su desventaja la debilidad de ceder a ciertos influjos, que establecen en su espíritu una lucha de sentimientos confusos y debilita la fuerza de la pasión primera y definida. Porque lo que existía entre Véner y Eremia era, por cierto, algo extraño.

Eremia, moza de diez y ocho ó diez y nueve años, hija del puestero don Ricardo Orfila, que había enviudado a los pocos años de efectuarse el himeneo, y Armando Véner, un gauchito engreído y torvo, huérfano desde muy niño, que fué recogido y admitido por don Ricardo, como "guachito", habían pasado su infancia en una "relación de oposición" — como dicen los filósofos, — es decir, contradiciéndose en todo, tratando a cada instante de probarse su superioridad, ya en las cosas camperas como en habilidades de otro orden; tomando represalías de los objetos más fútiles y buscando en fin, sin más querer, "destruirse" el uno al otro.

Pero aunque la "lucha" parecía equilibrarse con igual denuedo de una y otra parte, Véner tenía, sin embargo, la amarga conciencia de su inferioridad, nacida de los prestigios que el hecho de ser hija del patrón del "puesto" arrogaba a Eremia, que no dejaba de mostrar tal privilegio, humillando a su "amigo" y tratando de probarle, a toda costa, que él estaba necesariamente astricto a su férula, y que existía en las resoluciones de cada cual una justa desigualdad de derechos. Defendía fieramente, ella los suyos, diciendo, por ejemplo, a Véner, en alguna ocasión:

—¿Y quién sos vos para hacer esto? Si fueras hijo de papá todavía, pero no sos nada...

Y el pobre Véner, mordiéndose, en único gesto de contestación, los labios trémulos por la impotencia y la cólera, bajaba la cabeza, y se alejaba luego, despaciosa y avergonzadamente, seguro en que ella, con una sonrisa de triunfo y orgullo en sus rojos labios lo miraba alejarse, en tan desdorosa renunciación.

Pero en rigor ¿qué había de real en esta aparente adversidad ó repugnancia? ¿Podía ese estado de inflexible tirantez provenir realmente de una franca antipatía o animadversión? No podríamos responder; pero es lo cierto que se complacían en sentir contrariedades, en mostrar opuestos gustos en todo lo que se sometía a sus apreciaciones o juicios, y en evidenciar, en fin, a cada instante, una absoluta divergencia de carácteres. Esto, que muy bien hubiera podido considerarse como un capricho pueril y baladí corrió paralelo a los años y con aplicación a más serios objetos; de manera que parecían ambos empeñados en mantener en pié un constante y tenaz principio de contradicción.

Pero Véner tenía motivos de peso para imbuirse del sentimiento de su debilidad: uno nacido del lugar secundario que, fatalmente ocupaba junto a ella, y que no dejaba de avergonzarlo y constreñirlo y el otro; más fuerte aún, de la debilidad vergonzosa de experimentar ante ella — pese a las reacciones impotentes de su voluntad — un sentimiento inconfundible de adoración a su belleza, un sometimiento irónico a esa, su extraña fuerza de seducción y de orgullo; pasiones todas estas, que el pobre Armando Véner sentía con más fuerza en una sola sensación de insólito despecho.

Por eso la mañana aquella, al verla avanzar con aquel su aire provocativo y dominante, como si la satisfacción y petulancia del triunfo se hubiesen adherido en plásticas formas a la ya plasticidez de su carne joven y rozagante, Véner, encendido de bárbaro despecho, volvió — mientras se mordía los labios — la cabeza, y la dejó avanzar así, indiferente, gozándose en aquel su gesto desdeñoso e insultante.

A unos pocos pasos de él, Eremia se detuvo, y mordiéndose los rojos labios, que por un momento palidecieron, gritó con imperio profundamente ofendida por aquel manifiesto desgaire:

—¡Véner!

Pero, él sin oirla, comprendiendo el tono tiránico de su voz, prosiguió su tarea, sin volver la cabeza, con una tan grande indiferencia que el menor gesto de contestación se hacía completamente inconcebible.

—¡Véner! ¿está sordo? — volvió a gritar ella con impaciencia tal, que su pié, cediendo a su incontrarrestable impulso, se golpeó fuerte y ruidosamente contra la tierra endurecida.

Ya desde mucho tiempo habían dejado de tutearse, de modo que el trato se hizo, desde entonces, mucho más grave y difícil.

El mozo, volviendo apenas la cabeza como si el hacerlo le costara un esfuerzo enorme, gritó más que preguntó, mirándola fieramente:

—¿Qué quiere?

Afrentando con provocación su mirada, habló Eremia con voz firme:

—Tiene que arreglar ligerito las monturas esas que están en el galpón, porque hoy han de venir visitas y vamos a salir a caballo...

Véner, sin vacilar y sin dejar de mirarla, respondió con viveza:

—¿Las monturas?; arréglese usted sola; hoy no puedo perder tiempo porque estoy muy ocupao. — Y, volviéndose, como para demostrar que su negativa era absolutamente perentoria, volvió a la tarea de destorcer el alambre engarabatado y herrumbroso que teñía sus manos de un amarillo fuerte como el jalde.

Ante el atrevimiento y desdén de la repuesta, Eremia estalló de cólera, arrojándole a quemarropa un aluvión de improperios o menos como éstos:

—¡Andá nomás, roñoso que maldita la hora que caistes aqui...! ¡Gaucho haragán, sinvergüenza!— Y con el mentón alargado y las mejillas encendidas de furor, Eremia parecía más bella que nunca, tan bella que Véner, aunque aparentaba burlarse de sus insultos mediante un silbido lleno de retintines y "cortadas" que debía resultar para ella el más antipático y odioso, sintió fuertes deseos de arrojársele encima e hincar sus deintes agudos en la morbidez de su carne joven y sonrosada...

Y cuando la vió alejarse luego, entre un contoneo provocativo y orgulloso, que parecía someter todo su cuerpo a un cadencioso ritmo, que expresara en materiales formas el sublime poema de la juventud y de la vida, el mozo, arrebatado por una extraña pasión, pensó en lo dulce que sería matarla primero a sangrientas dentelladas y morir después junto a ella... Y aquella idea, que había tomado en su representación mental la

fuerza y la vivacidad de una real sensación, le hizo llevar al alambre los dientes, que rechinaron al punto en una como escala de ásperas y chillonas notas. Entonces volvió, Véner a la realidad, y con ella junta, la paz a su agitado espíritu y la disposición para el trabajo, antes interrumpido, volvió a conquistarlo, lleno de voluntad.

Con el sol, ya muy alto terminó su tarea, y como sus momentos de ocio los dedicaba siempre a las visitas a un viejo amigo muy aficionado a la cinegética, ya sin otro cometido que cumplir pensó en ir a visitarlo; y el pensamiento se convirtió en propósito, el propósito en decisión y la decisión al fin en práctica realidad.

Una novedad por parte del amigo objetivaba esta vez la visita tan inoficiosa de ordinario: la exposición de un coralillo, (1) que había cazado el día anterior y que Véner examinó hasta "enllenarse", con sorprendida curiosidad.

—Debe haber muchos en el sitio ande agarré este — declaró el amigo — y quizás haiga por ahí cerca un nido de estos bichos; me está pareciendo que voy a alzarme una punta — Entonces Véner, que ante tan bello como dañino animal había experimentado una verdadera sensación de maravilla, la que por su valor estético le daba la presunción de que aquel "bicho" debía valer "una cosa bárbara", mirando rogativamente a su amigo, pidió con voz tímida y recelando en tal petición de una completa absurdidad afectiva:

—¡Ché! si pensás "cachar" más ¿por qué no me regalás ese?

El otro lo miró sonriendo imperceptiblemente, con una sonrisa tan vaga, que no se hubiera dicho sino que ante la imposibilidad de concentrarse en un solo y expresivo gesto se hubiese extendido a los más insignificantes del rostro, perdiendo en tan general compartimiento la fuerza de su realidad demostrativa; y luego respondió:

—¿Y pa qué lo querés?

—¿Y? Pa nada; pa tenerlo nomás... Por gusto.

Esta vez el amigo sonrió con franqueza, pero sin mirarlo.

—Por mí — exclamó luego, haciendo con sus labios una mueca despectiva — podés "agarrar" y llevarlo, pero lo que te recomiendo es que tengas mucho cuidado porque ese bicho es uno de los que tienen más juerte veneno. ¿Y ande lo vas a meter — preguntó luego.

—¿Y? Por ahí, en una jaula como esa ande lo tenés vos metido. ¿No te parece?

—¡Ajhá! Pero tenés que echarle de comer, si no se te muere en fija.

—Ah? ¡seguro! — artificó Véner, abriendo un tanto los ojos y acentuando con dos opuesto movimientos de cabeza el énfasis de sus palabras.

Al fin consiguió también del amigo que le regalara la jaula; y luego, con un más hondo sentimiento de amistad y gratitud hacia él, emprendió el regreso al rancho del "puesto", gozoso de aquella sencilla adquisición. Al llegar al potrero vió a don Ricardo, jinete en un brioso "malacara", recorriendo los alambrados; y uno como instinto de felino egoísmo arrancóle un brusco movimiento, consistente en ocultar trás el dorso de su cuerpo, la jaula aquella que se mantenía en una muda y continua vibración por las furiosas contorsiones de la bestia que no acertaba a estarse quieta.

El puestero, con la mano colocada a guisa de visera sobre la frente, para defenderse de aquel fuerte y trémulo resol de mediodía lo contempló un instante, y luego asestando un rebencazo a su caballo avanzó hacia el al galope.

Ante aquella tan rápida decisión, Véner, barruntando algún motivo especial, tal vez reprensivo, experimentó una como sofocación de inquietud y presentimiento; y — rara ocurrencia — pensando que el objeto aquel que suspendía en su mano podría, a presencia del patrón, comprometerlo en algo de que no tenía clara conciencia, pero que presentía vagamente, sin el menor reparo de suavidad y cuidado arrojólo entre aquel granuloso duraznillo que por doquier se veía, cubriendo desmensuradas extensiones.

El patrón sujetó bruscamente su caballo ante el mozo que, en un gesto maquinal llevóse la mano a la frente.

—Güenos días.

—Güenos — contestó el patrón secamente.

—¿De ande venís?

Véner vaciló un instante, bajando los ojos hacia los extremos de sus botas, verdeadas por la clorofila de los yuyos; luego sin levantar la vista:

—De ninguna parte:

El puestero lo miraba fijamente.

—¿Y qué estabas haciendo?

—Nada ¡qué viá hacer!

—Algo estabas haciendo — aseveró don Ricardo, buscando con los suyos, los ojos esquivos del gauchito.

—Le digo que no.

El patrón calló un instante.

—¿Y por qué no has hecho lo que te dijo Eremia?

Véner alzó entonces los ojos hasta los de su interlocutor para responder luego con voz falsa.

—A mí no me dijo nada...

Don Ricardo tuvo un movimiento de impaciencia.

—¡Cómo nada! ¿No te dijo que fueras a arreglar las monturas del galpón, porque hoy iba a venir gente? ¿Eh?

Armando Véner volvió a bajar los ojos, sin responder una palabra; y con la misma inapelabilidad de un convicto culpable que comparece ante un tribunal, se puso a estirarse los dedos, hundido en uno de esos silencios que suelen ser los mejores árbitros para probar la imputación de ciertos delitos. El patrón, mudo también, lo miraba fijamente, tratando de producir en él uno de esos estados violentos de turbación y vergüenza en que toda sumisión resulta un medio salvador o evasivo; y luego, creyendo haber inferido tal resultado, volvió a tomar la palabra para reconvenirlo con inflexión grave y calmada:

—No hay que ser caprichoso, amigo. ¿Qué le costaba haber ido un momentito a arreglar eso? ¡Si es ser enteramente! Güeno; vaya antes que se haga más tarde hombre. ¡Hay que jo...robarse! — Y don Ricardo, creyendo haber dado a su sencilla homilía toda la reprensiva gravedad de un padre cuando amonesta sus hijos, sin aquel tuteo tan irrespetable y débil, descargando sobre la grupa lustrosa de su cabalgadura un leve guascazo, se alejó lentamente entre el áspero rumor de los duraznillos que se quebraban bajo los cascos potentes.

Véner, presionando fuertemente con los incisivos su grueso labio inferior y volcándose el sombrero sobre los ojos a fin de evitar que el violento resplandor solar trazara en sus retinas esos anaranjados iris que impiden una clara apreciación visual, lo contempló por un instante, contrayendo un poco las cejas; y una indignación repentina lo invadió de pronto hacia aquel hombre rubio que se alejaba y que de manera tan terminante le había ordenado cumplir lo que no quiso cumplir con Eremia. Entonces pensó más seriamente en las situaciones desventajadas en que se hallaba, con respecto a ella, y que la forzosa retractación de su negativa sería algo que haría claramente ostensible su vanidosa debilidad.

Deseando rehuir todo posible encuentro con ella se encaminó hacia el rancho, tratando de disimular su presencia entre los altos duraznillares, y olvidado, al parecer, del coralillo que había dejado oculto entre los mismos. Pero su afán de ocultarse quedó frsutado de la manera más lastimosa, porque al llegar al linde del patio, Eremia, que en ese mismo instante salía del rancho, sonriendo insolentemente le gritó a la cara, abultando mucho los labios como si las palabras no le cupieran ya más en ellos:

—¡Ah!; vas a tener que hacerlo, ¿eh? ¡Tomá!

Entonces Véner, miserablemente humillado, se alejó mascullando rencorosos insultos, que no se animaba a enrostrárselos plenamente por temor a que ellos denotaran su profundo despecho.

Una vez en el galpón, mientras corregía en las precitadas monturas algún pequeño desperfecto se puso a lanzar imprecaciones, en alta voz y con irritados gestos como si realmente se hallara frente a ella. Cuando creyó dejar todo regularmente acondicionado según el órden que pudo concebir su agitado y nervioso espíritu, aprovechando el momento en que la moza se encerraba en el "fondo", salió apresuradamente hacia el campo, tropezando, de vez en vez, en las apiñadas raíces de las tupidas cortaderas.

Se pasó varias horas abstraído en la contemplación de aquella extraña bestia, que distendía continuamente sus pintados anillos, en una viva sucesión de negro, rojo y amarillo. Aquello hacía, pues, un juego graciosamente extraño lo suficiente para concentrar el interés y la atención del gauchito tan poco acostumbrado a las novedades.

—¡Lástima que sea venenoso!— exclamaba de cuando en cuando mientras le adunaba el cuchillo que introducía por entre los barrotes de la jaula, provocando en la bestia bravísimas contorsiones.

Cuando, horas más tarde, se dirigía hacia el rancho, llevando consigo la jaula del coralillo, una escena inopinada se ofreció a sus ojos. Dos mozos, correctamente vestidos estaban allí, bajo el alero, conversando con Eremia, mientras don Ricardo ensillaba con premura uno de los tres caballos que acababa de arrendar al palenque.

Eran hijos de un hermano del puestero que vivía siempre en la ciudad, y que teniendo sin duda el ejemplo de éste, que cada día se embrutecía más en aquel ambiente insocial y sórdido, había decidido radicarse en ella, persiguiendo, amén, a todas ansias, un doctorado para sus hijos.

Estaban estos en vacaciones, favorecidos por una brillante clasificación gozando con sano orgullo la satisfacción paterna.

Hacía años que no visitaban a éstos casi olvidados parientes; y esa tarde habían dispuesto con Eremia montar a caballo.

Al verla a ella tan expansiva y amable con aquellos dos mozos tan "limpitos" y rubios, Véner por primera vez en su vida, experimentó algo muy mortificante y extraño, algo que no recordaba haber producido nunca tal disposición en sus órganos sensoriales, algo que

(1) Serpiente venenosa de la América del Sud con alternados colores, amarillo, rojo y negro.

INDICE

Hoy me siento feliz — ¡qué cosa extraña! —
sin que a explicarlo bien yo mismo acierte;
mi soledad es hoy menos huraña
y un bienestar tan raro me acompaña
que el suponerlo mío me divierte.

Hoy me parece estar en consonancia
con esta sociedad de hombres ansiosos
de riqueza, de mando o de importancia,
¡yo, que he sido hasta ayer por mi arrogancia
un puñado de ensueños generosos!

Inútil es que disfrazarlo quiera,
todo me inspira hoy calma y contento;
sol de domingo canta por doquiera
y almas en flor sonríen a mi vera...
¡Tal vez no sea así, más yo lo siento!...

¡Lástima ser la cosa tan modesta
que sé que soy ante la maravilla!
¡Lástima no tener en la hora esta
un alma — tamboril que invite a fiesta,
en vez de un corazón que se arrodilla!...

Miguel de ARZUBIAGA

lo torturaba mucho más que todos los desprecios y desaires de ella. Fueron celos, unos celos impetuosos y bárbaros que agitaron hasta la última molécula de su sangre. Si el intenso deseo que experimentó de pronto hubiese poseído la virtud d traer a real efectividad todo el mal que para su conformidad conjuraba, aquellos dos mozos, tan correctos y amables, no se hubieran convertido sino más que en un montón sanguinolento de carne y huesos destrozados... Pasó delante de ellos, con la cabeza gacha, arrastrando displicentemente los pies, y seguro en que ella, "la perra, la malvada estaría reventando de orgullo". Al pasar junto al puestero que de espaldas a él seguía enjaezando el caballo se detuvo instintivamente, presintiendo que éste tuviera algo que decirle. Y en efecto fuí así. Don Ricardo, volviéndose bruscamente y viendo la jaula, inquirió, dirigiéndose a ella:

—¿Qué es eso?

—Nada... una cosa...

—¿Y ande ibas?

—Al galpón a ponerla — repuso Véner, bajando los ojos.

—Güeno andá y vení pronto que te necesito — ordenó el patrón, volviendo a la concentración de su tarea con una completa indiferencia hacia aquel objeto.

Cuando Véner retornó del galpón, ya sin la jaula, vió a Eremia, de pie ante uno de los caballos, deslizando las mano por las ancas lustrosas; y junto a ella, a los dos estudiantes, conversándola de cuando en cuando entre afectuosas sonrisas.

—Andá con Eremia — ordenó el patrón al verlo —, que ella te va a decir lo que tenés qui hacer.

Entonces Véner, caminando torvamente se acercó a ella que con voz áspera y autoritaria le intimó la órden:

—¡Ensille ligerito este caballo!

Pero Armando Véner, con los dientes apretados de indignada impotencia, lejos de obedecer en el instante la miró fieramente a los ojos, para preguntar luego, con la impetuosidad de un insulto:

—¡Quién le dijo?

—¡Yo digo! ¿Por qué? ¡Zonzo de porquería!

Entonces Véner, sin poder contenerse ante la vergüenza y la humillación que experimentaba delante de aquellos dos hombres, se descargó en pleno rostro, con la voz un poco atipada:

—¡Vaya yegua!

Y la escena fué instantánea, porque Eremia, encendida de indignación y de cólera, le aplicó una sonora bofetada, y porque don Ricardo, habiendo oído el grosero insulto, cayó también sobre él, aplicándole fuertes puñetazos y empujándolo hacia el galpón, para introducirlo en él bruscamente, mediante un violento empellón.

—¡Andá, sarnoso!

Y, trastabillando lastimosamente, el mozo tuvo que recurrir a la firmeza de la pared para apoyarse y evitar el golpe. Se sentó luego sobre un cúmulo de arpilleras, y allí, con los dientes apretados, lloró amargamente la ofensa y la humillación infligidas a su pundonor de "hombre"; lloró toda la tarde hasta la noche, planeando, en las profundidas de su fiero instinto, terribles venganzas contra ella... Y muy tarde, en plena noche, sofocado por la atmósfera estuosa y pesada que reinaba allí dentro, salió en dirección al pozo, seguro de que todos dormían y que podía saciar aquella enorme sed que desde hacía horas venía sufriendo. Pero al llegar al patio, vió con sorpresa, una ringlera de cuatro catres, sobre los cuales emergían los cuerpos de los durmientes, agitados por una profunda respiración. Entonces se detuvo Véner, y trás de observar detenidamente durante unos instantes, obtuvo la comprobación de que todos dormían y de que podía muy bien, sin ser oído, llegar hasta el pozo.

Y cuando bebía, ávidamente, inclinando el balde, el agua argentada por la luna que parecía quebrarse en trémulos reflejos, unido al supremo placer de la sed saciada, experimentó el de un terrible pensamiento de venganza, que aceleró la deglusión, en su afán vehemente de llevarlo al cumplimiento...

Volvió hacia atrás, y al llegar frente a los catres, se detuvo un instante a observar, con curiosidad profunda. Y en uno, sobre la impecable blancura de la almohada, vió, en generoso derroche, esparcidos los rubios cabellos de Eremia que parecían bordar sobre la inmaculada albura de la tela un extraño y aurífero motivo. Y fué peor, porque Véner, ante aquella pacífica belleza pensó en la ridícula fealdad moral en que por ella se ballaba; y el dolor de la ofensa tornó a hacerse doblemente vivo.

Se dirigió al galpón, y al instante reaparecía trayendo consigo la jaula del coralillo.

Se acercó a los lechos, y afinando el oído escuchó un largo rato, muy inmóvil y mudo las tranquilas respiraciones, buscando seguramente el poder discernir la cesación de alguna. Pero al fin se percató de que todos dormían; y muy despacio y en puntillas, se acercó al lecho de Eremia. Observó por un instante su albo rostro dulcificado por la placidez del sueño, luego en una apreciación parcial, las rubias y largas pestañas, después la nariz pequeña y recta, llena de perfección y, por último los rojos labios carnosos que parecían, poner en la impresión del conjunto una nota más fuerte de belleza y de vida; y tanto y con tanta fijeza observó, Véner, aquellos labios que, poco a poco, en virtud de una ilusión óptica, se fueron ampliando en sus líneas, tan desproporcionadamente que no tardaron en tomar, ante sus ojos, la monstruosa aparienca de dos grandes surcos de sangre. Pero hasta eso resultaba para Vénez una impresión más de belleza, una extraña particularidad, indirectamente atribuída que la alejaba de él que se tenía por tan simple y vulgar; y al influjo de tan raros sentimientos, Vénez sintió nuevamente y con más fuerza el desbordamiento de aquella extraña pasión que lo inducía al deseo de mortificarla, humillarla y deprimirla... Entonces, bajo el imperio de tan favorables impresiones, Véner no esperó más; y por el vacío que entre el pecho y las cobijas permitían los brazos de la niña, puestos en cruz sobre el seno, arrimando la jaula dejó que se introdujera el terrible y mortal coralillo...

... ...

Pocos días después, Armando Vénez, errante por los campos y bajo el peso de la culpabilidad de su crimen, al sentirse tan infinitamente "sólo", quería morirse de desesperación y de angustia...



EL SUICIDIO DEL CONDOR

(Del libro en prensa: "Preludios Líricos")

Entre los paralelos barrotes de su estrecha
Prisión se yergue el condor con la mirada en alto...
¡Ignominioso oprobio la de su ala, hecha
Para volar por sobre las cumbres de basalto!

Un rayo de sol, cae de súbito y resbala
Por sobre su plumaje y el corvo pico lustra.
Entonces, con empuje frenético abre el ala...
¡Pero el magnífico ímpetu allí no más se frustara!

La ira en sus pupilas enciende un mirar torvo.
Sobre la falsa roca de la prisión, su garra
Se crispa en un indómito arranque de coraje.

En áspero graznido abre su pico corvo,
Y al fin — hijo de América que no soporta ultraje—
De un recio picotazo el vientre se desgarra!

Jorge Enrique RAMPONI

La leche sin oxigeno es muy buena

El doctor Scholl, de la Universidad de Francfort, ha descubierto un procedimiento para curar el raquitismo infantil, basado en alimentar a los niños con leche sometida a un tratamiento especial, que le quita todo el oxígeno.

El doctor Scholl completamenta de esta manera el procedimiento que para curar el raqutismo infantil descubrió el médico norteamericano doctor Hess, o sea dar a los niños raquíticos leche sometida a la acción de los rayos ultravioleta. Pero este método tiene un defecto fundamental, y es que la leche pierde su sabor y los niños no quieren tomarla.

El doctor alemán ha ideado un aparato para sacar el oxígeno que contiene la leche. Después de esto se la somete a la acción de los rayos ultravioleta, bajo una presión de ácido carbónico. La leche, así tratada, no pierde su sabor, y los niños la toman con gusto.

El doctor Scholl asegura que ha curado casos graves de raquitismo por este procedimiento en poco más de un año.

Más raro que el diamante

El diamante resulta una cosa común y corriente, comparado con una substancia que se conoce con el nombre de ébano rosa.

El secreto de la fabricación de esta gema, lo posee una dama norteamericana, Mrs. Sewell Jones; y como es la única persona que conoce su composición, su producción queda limitada a tal punto, que es dudoso llegue a haber algunos cientos de estas piezas.

El ébano rosa es una substancia negra como el azabache y casi tan dura como el diamante: sin embargo está hecha con una substancia blandísima; pétalos de rosa.

Desde su niñez, la inventora de esta rarísima gema, se distinguió por su afición a la escultura, y se le ocurrió la idea de utilizar pétalos de rosa, como base de una composición en la que podría ejercitar su afición a la escultura. Empezó, pues a hacer sus experimentos, y hace poco llegó a obtener los maravillosos resultados que ahora están llamando la atención en Estados Unidos.

Con el empleo de otras substancias cuyo secreto guarda, convierte a los pétalos de rosa en una materia plástica que moldea a su gusto, y enseguida la deja secar para que se endurezca, y al cabo de tres semanas el ébano rosa queda más duro que el pedernal; resultando una materia única en el mundo.

Por el extraño procedimiento empleado por la inventora, estas tallas, camafeos y figuras variadas conservan la frescura y galanura de la rosa, aumentadas por el gusto exquisito de la artista.

DE LA CALDEA

¡Desenterrando la bella Ur

Desde nuestra infancia sabemos que la cuna del género humano está en Caldea. Allá por el valle de Tigris y Eúfrates estaba el jardín del Paraíso. Allí vivió Noé, y por su fe se salvó del diluvio para poblar la tierra; allí se construyó la torre de Babel; allí estaba la ciudad de Ur, donde vivió Abraham antes de emigrar a Canaán.

Por esto no puede sorprendernos el inmenso interés que en todo el mundo despiertan las excavaciones para desenterrar la antigua Babilonia y la legendaria Ur. Repartidos por el valle del Tigris y Eúfrates se encuentran terraplenes de lodo y tierra, semejantes a bajas colinas desgastadas por los vientos y las lluvias al cabo de los años. Las tierras que hace siglos eran prados, presentan ahora el desolador aspecto del desierto. Tierras de misterio, en cuyo interior permanecen aprisionadas las viejas ciudades del Imperio babilónico. La colonia terrosa donde existió la bíblica Ur se llama por los árabes "Tell-el-Mukayyar" o "colina de las grandes construcciones". Ya en 1854, J. Taylor, del British Museum, hizo algunas excavaciones para desenterrar la ciudad. En 1918, nuevamente se comenzaron los trabajos, de una manera más seria, bajo los auspicios del British Museum y del Museo de la Universidad de Pensilvania. Desde entonces se trabaja casi sin descanso durante los inviernos; pero aún pasará algún tiempo antes de que se pueda desenterrar la ciudad por completo. La primera pregunta que hay que satisfacer es: ¿Por qué las antiguas ciudades babilónicas están todas cubiertas de tierra? La contestación es sencilla: Porque en toda esta región no existía la piedra; las que había se importaban, a costa de enormes trabajos y sacrificios, de las montañas de Elam, en la frontera persa. Por tanto, todo se construía con ladrillos, bien sin cocer, cocidos al sol o quemados.

Fácilmente destruídas por guerras y fuegos o desgastadas por la acción continua de los elementos atmosféricos, las ciudades babilónicas quedaban reducidas fácilmente a polvo; sobre los restos de la vieja ciudad se alzaba otra nueva, y así se da el caso de que en muchos de estos históricos lugares, al hacer las excavaciones, se encuentren restos, en capas sucesivas, de varias ciudades construídas unas encima de otras. Los procedimientos para desenterrar estas ciudades han cambiado por completo. Hoy día se va levantando el terreno por capas, de modo que pueda encontrarse cada cosa como perteneciente a un determinado período.

También ha cambiado el motivo por lo que se hacían las excavaciones.

Los primeros arqueólogos eran simplemente coleccionadores de curiosidades; los de hoy son historiadores guiados por la ciencia. En la colina donde se situaba a Ur, el punto más elevado de ella se suponía que correspondía al gran Ziggurat. Según dice la tradición, los sumerianos, fundadores de las ciudades babilónicas, procedían de un país montañoso. Como su religión ordenaba que adorasen a sus dioses en las alturas, al llegar a las alturas del Tigris y Eúfrates, como no tenían montañas, las edificaron y construyeron los altos Zigurat. El dios patrono de Ur era Sin, dios de la luna.

Los trabajos de los dos años primeros de excavación consistieron en desenterrar el Ziggurat. Poco a poco se han ido desenterrando todos los edificios donde se adoraba al dios. Las excavaciones han continuados. Debajo de los restos de edificios han aparecido otros más antiguos aún. Actualmente se ha profundizado hasta la época de Engur, poderoso rey de Ur.

Dicen los arqueólogos que las excavaciones podrían continuar y siempre se encontrarían los restos de una ciudad anterior. La parte más importante de la ciudad era el centro de la vida municipal. El dios de la luna vivía en su templo de la montaña de ladrillo, dominando el horizonte. Luego, dentro del círculo de las murallas, estaba el palacio del rey y todos los edificios públicos, porque el dios era el verdadero gobernante. El rey no era más que su representante en la tierra. Allí estaba el oráculo, el sitio donde se pagaban los impuestos, donde se ofrecían dádivas, etcétera.

Como no se usaba moneda, los pagos se hacían en especies. Por eso había grandes depósitos, por los cuales podemos hoy averiguar lo que comían. Los contratos se escribían sobre ladrillos; todos los gastos, tesoros, ofrendas, eran cuidadosamente registrados de la misma manera. Las murallas del Tenemos eran fuertes y resistentes y encerraban en el interior todos estos edificios, que podían hacer de él una fortaleza inexpugnable. El Tenemos reunía, pues, todo lo referente al culto del dios, al gobierno y a los negocios; pero a la vez era fortaleza.

Las murallas, de forma rectangular, tenían siete puertas y medían treinta y ocho pies de ancho, y muchos trozos tenían habitaciones en el interior. Estaban construídas de ladrillo, y, naturalmente, tuvieron que ser reedificadas multitud de veces. Dos fortalezas levantadas al lado Norte parece que fueron construídas en el año 2060 antes de J. C.

En la esquina Noroeste del cuadrángulo, la inmensa mole del Ziggurat, construído de ladrillo, con sus tres tramos de escalera, juntándose en la puerta del parapeto del segundo piso; desde este piso, una escalera más corta conducía al tercer piso o terraza, sobre la que se alzaba el templete de Mannar. Las partes altas del Ziggurat y la estructora del Ziggurat son muy difíciles de reconstruir, pues los restos han desaparecido casi totalmente, a causa del azote constante de los vientos. De todos los Ziggurat de Mesopotamia, éste de Ur es uno de los más grandes. Del de Babilonia, conocido por nosotros por Torre de Babel, no ha quedado rastro. El primer edificio que los realizadores de excavaciones descubrieron se creyó en un principio que estaba destinado a templo de dios de la luna; pero luego se ha podido comprobar que era a la secretaría del dios.

La labor de los arqueólogos en Babilonia se simplifica enormemente por la costumbre de los reyes, desde 2.800 años antes de J. C., de grabar, en los ladrillos de los edificios que mandaban edificar o reconstruir, su nombre. Así en las excavaciones puede saberse todas las modificaciones por que ha pasado un edificio; orientarse fácilmente en diversas épocas históricas. Otro material de gran utilidad para los arqueólogos es el gran número de cuñas de barro sólidas. A través de ellas se pueden descifrar fechas y descripciones. De éstos se han encontrado en gran número en el Ziggurat de Ur.

La gran casa del dios de la luna y el Palacio de Justicia han sido descubiertos posteriormente hacia el Suroeste. Al Sur de Ziggurat estaba el templo de la diosa Luna Ningal, que contenía el templete de la Diosa y los Departamentos para la sacerdotisa, considerada como la esposa del dios de la luna, que era siempre la hija o hermana del rey, y la que interpretaba los sueños y oráculos.

En el sagrado recinto quedan aún muchos más edificios para realizar excavaciones. Uno de ellos, ya medio desenterrado, se cree que es el del rey Dungi. Además de pequeños templetes de dioses menores, hay cuerpos de guardia para los soldados y departamentos para todos los empleados del recinto, tanto religiosos como seglares.

Una de las más recientes excavaciones es la que se hace de una calle estrecha de la ciudad y varias casas particulares. Estas son de la época de Abraham. Tienen dos pisos y están hechos con ladrillo quemado. Estas casas tienen un patio central y una galería en el segundo piso.



EL METODO VORONOFF

—¿Y "Lucero", aquel caballo de veintisiete años?
—¡Calle usted, hombre; está hecho un burro.

COMO SE TRIUNFA

La visión que glorifiquéis en vuestra mente, el ideal que entronicéis en vuestro corazón, será el fundamento de vuestra vida y la esencia de vuestra individualidad. El ignorante, el indolente y el mentecato que sólo ven los aparentes efectos de las cosas y no las cosas mismas, hablan de la suerte, la fortuna y la casualidad. Al ver que un hombre se enriquece exclaman: ¡Qué suerte de hombre! Si otro demuestra talento científico, dicen: ¡Qué bien dotado está! Y si alguno tiene influencia moral sobre quienes le tratan y rodean, atribuyen a la casualidad su don de gentes. Pero no advierten por cuántas pruebas y luchas y parciales fracasos hubieron de pasar los vencedores para adquirir su experiencia; ignoran los sacrificios que hicieron, los esfuerzos en que perseveraron; la fe que tuvieron para triunfar de lo en apariencia insuperable y realizar los anhelos de su corazón.

James ALLEN

Aclarando la historia

El secreto de los Templarios

La contemplación de unas admirables fotografías exacta reproducción del documento de piedra esculpido en las paredes de la torre del castillo de Chinón, hácenos remontar a los oscuros y fanáticos siglos medios, en los que destaca con extraños fulgores del año 118, en el que Hugo de Payens y Geoffroy de St-Adhemar, más siete cruzados franceses, fundaron la Orden Militar de los Templarios o Caballeros de la Milicia del Templo.

No obstante no disponer de suficiente espacio para ello, como en rápida visión cinematográfica hemos de reseñar algo del trágico vivir de estos monjes-guerreros de los blancos hábitos.

Desde la Casa del Temple, construcción cercana al viejo templo de Salomón, cedida por Balduino II a los caballeros como hogar solariego de la Orden, fueron creciendo paulatinamente y extendiéndose en predios y castillos.

Sus votos de obediencia, castidad y pobreza y el ansia liberadora de amparar a los peregrinos y defender Tierra Santa fueron tal vez el pretexto espiritual que los constituyó en una formidable y extraña armada, en la que en bárbaro consorcio mezclábanse la armadura guerrera y el hábito monacal, los salmos y la blasfemia, los ayunos y disciplinazos con la lujuria y las perversiones sexuales y la repulsa a las vanidades mundanas con la opulencia del robo a mano armada. Su pobreza fué primeramente formularia: cuantiosas donaciones, exacciones sin cuento y los mil provechos que les proporcionaba una guerra sin cuartel, constituyéronles en breve tiempo en los plutócratas monacales, tan temidos como odiados de reyes, señores y plebeyos.

En 1187 — posteriormente a la caída del reino de Jerusalén—retiráronse a San Juan de Acre, y después del furioso asalto de los árabes en 1291, abandonaron esta plaza y pasaron a Limisso, en Chypre, invadiendo después toda la Europa.

En el horizonte sombrío de aquellos siglos de hierro destácase imponente la trágica figura de Santiago de Molay, gran Maestre de la Orden, rigiendo la rústica y formidable cohorte en la que bullían inquietos y agresivos los grandes Priores, los Abades y los Comendadores y la inmensa falanje de monjes-guerreros luciendo la cruz monacal sobre el recio peto de hierro y empuñando el pesado montante como una cruz maldita que segase la piedad y la ternura del haz de la tierra.

Mas por inexcrutables decretos del destino, sus días estaban contados, y una espantosa expiación iba pronto a calcinar a los corrompidos monjes en las piras devoradoras de los suplicios. El rey Felipe el Hermoso, excitada su codicia por los cuantiosos bienes de los Templarios, aprovechó la oportunidad para enriquecerse con sus despojos, y el 13 de octubre de 1307 fué el día fatal en el que todos los Caballeros del Templo que se encontraban en Francia fueron aprehendidos al mismo tiempo, encerrándoseles en prisiones y fortalezas, entre las que destacan históricamente la torre del castillo de Chinón, que guardó a Santiago de Molay, gran Maestre de la Orden. El Papa Clemente V, influído por el rey, suprimió la institución en 1312, en un consistorio secreto verificado durante el Concilio de Viena, y en el abrumador alegato de acusación imputábaseles el renegar de Cristo a su ingreso en la Orden y adorar al ídolo *Baphomet* y de realizar infinitas perversiones e impurezas.

El proceso de los Templarios es uno de los más raros e interesantes documentos de la época medieval.

En él se contiene que los comisarios que el martes 12 de mayo de 1310 acababan de interrogar al hermano Juan Bertaud han sentenciado que 54 templarios que habían declarado querer presentarse ante ellos para defender su Orden debían ser quemados vivos aquel mismo día... *eran dicto die comhurendi...*, y encargaron a Felipe de Vost, preboste de Poitiers, y al archiduque de Orleáns de hacer saber al arzobispo de Sens y a los que con él estaban reunidos en concilio que cierto número de Hermanos condenados habían apelado de la fatal sentencia. El signado notarial, al estilo del siglo XIII, con florones y adornos, rodeando la cruz de la fe pública, hace pensar en la *rosa-cruz* masónica, con cuyo credo tuvieron los templarios en sus liturgias no pocos puntos de contacto.

La torre del castillo de Chinón tiene una elocuencia epigráfica que estremece y obliga a meditar. Con hierros toscos e imperfectos buriles esculpen los monjes prisioneros el trágico poema de su dolor y su desesperación. Los atributos y emblemas de su liturgia monacal combínanse con gritos de fe, versos amatorios y explosiones de conciencias que presienten su espantoso fin... Aquí, una mano simbólica y un nombre en signos góticos... Más allá, una inscripción en letras arcaicas, entre las que predominan las B.B.B., las letras de la cábala... A un lado, una cruz simbólica con los clavos de la Pasión, y al otro, el emblema del mundo rematado por una cruz. Triángulos masónicos, caballeros aureolados, manos de piedra que buscan otras manos, signos herméticos, armas, letras, todo el viejo lenguaje de los símbolos, en fin, que hoy intenta descifrarnos la Teosofía. Y combinados con toda esta emblemática exposición de su tragedia, el verso y la filosofía crean oasis de meditación... *Je requiers a Dieu pardon*, vemos al pie de los atributos del Calvario. Una mano galante ha esculpido un verso amatorio, cuyo final dice: *Car je vous ay paincté devant mes yeulx* — pues os tengo pintada ante mis ojos—, y como repulsa a este grito de amor terreno, otras manos más piadosas han tallado *Jésus est amor meus*, sirviendo de colofón a la inmensa cantidad de inscripciones subsistentes, el grito gigante del Miserere, suprema atenuante de la fatalidad pecadora de las almas: *¡In peccatis concepit me mater mea...!*

Santiago de Molay, gran Maestre de la Orden de los Templarios, fué quemado vivo el 18 de marzo de 1314 en la isla de la Cité; y como sus protestas de inocencia no fueron atendidas, emplazó al Rey Felipe el Hermoso y al Papa Clemente V por su feroz sentencia ante el Tribunal de Dios... El Rey y el Papa murieron en la fecha indicada... ¿Fué casualidad...?

Hay quien pretende que la Orden del Temple subsiste, aun cuando sus reuniones tienen carácter secreto y ha venido a degenerar en una secta mística. ¿Los franc-masones tienen sus puntos de relación con ella...? No intentamos penetrar el secreto de las logias.

En realidad, el crimen de los Templarios es todavía un problema, y el propio Bossuet afirma "que ellos confesaron en el tormento, pero negaron reiteradamente en el suplicio..."

La investigación histórica tal vez nos dé algún día la clave de esta tragedia.

EL SOMBRERO DE RITA

I

"Rita mía: considero
que ya tus cascos están
para darlos al trapero,
y te envío ese sombrero
que he comprado. Tuyo.

Juan.

II

"Gracias Juan, por tus favores,
¡Vaya un sombrero! Te pintas
solo para esos primores.
¡Qué adorno sobre las cintas
y qué entonados verdores!..."

III

"Rita: Aunque estés muy contenta
con el conjunto que ostenta
mi regalo, di al momento
si le adornan (por mi cuenta)
con algún otro elemento..."

IV

"Juan de mi vida: Mejor
que mi sombrero no hay nada
y con él hago furor.
(Posdata.—Sabrás, mi amor,
que voy estando arruinada.)"

V

"Rita: Lamento infinito
tu despilfarro maldito,
que hoy te hace andar en un pie.
(Posdata.—Celebro que
siga bueno el sombrerito)"

VI

"Juan: Conmigo sé piadoso,
pues, por mi destino ingrato,
vivo de un modo angustioso,
con un sombrero precioso...
¡y si un real para el plato!"

VII

"Rita: Deploro tu mal;
pero ya que es verde el tal
sombrerito, prueba a ver
si te lo puedes comer
con vinagre, aceite y sal."

VIII

"Juan: Ayer me lo he comido;
pero al verme, tras mi apuro,
sin mi sombrero querido,
me he vuelto loca; ¡he perdido
la cabeza; te lo juro!"

IX

"Rita: Otro casco (¡gran pieza!)
pensaba mandarte; pero
sería ya una simpleza.
¡Una mujer sin cabeza
no necesita sombrero!"

Juan PEREZ ZUÑIGA

ANECDOTA

En el curso de una comida, Federico el Grande rodeado de aquellos vasallos que le eran más adictos, preguntóles, uno por uno, qué hubieran hecho en el caso de ocupar su trono. Abundaron, como es lógico, las iniciativas y los proyectos de conquista. Todos con la imaginación sobrepasaron a cuanto pudiera haber realizado el más progresista de los monarcas. En eso, Federico II, dirigiéndose al Marqués de Argens, le preguntó:

—¿Y tú, Marqués?

—¿Yo sire? Yo hubiera vendido mi reino y lo habría derrochado en París.

—En verdad — exclamó entonces Federico II, — paréceme el consejo más práctico.

Guerras de antaño y de hogaño

"El Soldado desconocido"

Voces de ultratumba

Un día de gloria. De recuerdos "patrióticos". Día solemne en que las fibras nacionales latían al unísono. Rememorábanse triunfos imperecederos. "El pueblo" — ¡pobre pueblo! — quería rendir su homenaje póstumo a los muertos de la Gran Guerra. Unos y otros, vencedores y vencidos, dedicábanles ese homenaje nacionalista, que no de humanismo universal.

La eterna historia de las guerras fratricidas. Como son todas las guerras, promovidas, casi siempre, por nimiedades, sin saber por qué, ni para qué, en cuanto se refiere al verdadero pueblo, eterna víctima de príncipes y malandrines.

* * *

Argivos y aqueos pelearon en la dulce Grecia, contra los Troyanos. Habréis leído la Iliada. Y sabréis que aquella guerra fué debida a una lucha personal entre Menelao, hermano de Agamenón — los dos héroes atridas poderosos — y París; lucha entablada por el rescate de Helena, hija de Júpiter y de Leda. Helena, la de largo peplo; divina entre las mujeres, esposa de Menelao, raptada por París, vástago de Príamo, el último rey de Troya.

Este incidente del rapto de Helena, dió lugar a que pueblos de la misma sangre, del mismo origen, de intereses comunes, destrozáranse en una lucha cruenta, implacable, apelando a la ayuda de los dioses del Olimpo, situado allá en el monte de Tesalia, morada de las deidades superiores.

Y pelearon contra los teucros y sus aliados, los Atridas y Pelidas, hijos de dioses y regidores de pueblos. Y el divino Ulises, y Aquiles, él de los pies ligeros, como los de Iris.

* * *

Más de tres mil años habían transcurrido. Y estalló otra guerra, sin dioses del Olimpo, ni Agamenones, ni Menelaos, ni Aquileses, ni Ulises, ni Héctores, ni Helenas. Sin sacerdotes, como Crises, que reclamara su hija Criseida en nombre de un legítimo sentimiento paterno, apoyado por Apolo. Una guerra en que sólo hubo Guillermos y Nicolases y Víctor Manueles y Francisco Josés. Y otros reyes y presidentes de falsas democracias. Y nuevos sacerdotes del cristianismo ambiente, que bendecían todas las armas, de todos los pueblos, para que fueran a la matanza, sin preocuparse de aquellas palabras: "Y en la tierra, paz a los hombres..."

Matáronse los combatientes en esta Gran Guerra, sin honor de dama, ni gloria de hombres. Guerra estúpida, sin toma de bien muradas ciudades, como la de Ilión, ni holocaustos a divinidades protectoras. Guerra de pueblos mansos y acorderados.

* * *

Y los reyes y príncipes y presidentes de repúblicas del Buen Sancho, Mussolinis improvisados, nuevos ricos y adinerados viejos, estacionáronse en aquel gran día de gloria, de recuerdos "patrióticos", frente a la tumba del "Soldado desconocido", desconocido en vida, recordado hoy, yacente en los sepulcros anónimos de los campos de batalla.

Flores y coronas, monumentos y discursos; actitudes ceremoniosas, aparato y bambolla. Un culto entre pagano y religioso. Expresión de sentimientos ciudadanos, en apariencia; pero de clase en la entraña. Músicas y cantos, con profusión de banquetes y apretones de manos nacionalistas. Eco del pasado, incomprensión del porvenir.

Y en medio del grave espectáculo de aquel gran día de gloria, de recuerdos "patrióticos", el "Soldado desconocido" levantóse sobre sus cenizas.

Y así dijo:

—"Oh, mortales! Los que todavía estafa sobre la faz de la tierra, escuchad: Nos erguimos sobre nuestras tumbas para hablar en nombre de diez millones de muertos, de tan diversas nacionalidades, a la Europa maldecida. No hemos sucumbido como hace treinta siglos sucumbieran los soldados de Troya, de la Acaya y de la Argólide".

"Nuestro sacrificio ha sido consumado en pleno siglo veinte, de resonante civilización. Civilización que ha escrito — después de dos mil años de cristianismo — las páginas más bárbaras, más salvajes, en la historia de la Humanidad".

"Dejadnos en paz. No remováis nuestras cenizas miserandas. Olvidaos de estos pobres muertos. Acordaos de los vivos. De nuestros padres, de nuestros hijos, de nuestros hermanos, de nuestras esposas, de todos los humanos vivientes. Que tengan ellos mucho pan, mucho vestido, morada digna, más equitativa distribución de la riqueza común, producto del trabajo, del esfuerzo de todos."

"Pensad en ellos. Porque si nó, ¿qué finalidad ha podido tener el sacrificio de nuestras vidas, llenas de ideales, preñadas de esperanzas?".

"Apenas terminada la contienda criminal, los banqueros, los industriales, los comerciantes, las altas clases sociales de los países enemigos, marcharon de acuerdo, unidos fraternalmente, para explotar sus negocios, para aumentar sus riquezas, para mantener su situación de privilegios. Abrazáronse por encima de las fronteras. Y éstas sólo quedaron cerradas a la solidaridad internacional del proletariado, cuyos miembros, clasificados fueron de "agitadores de oficio", perseguidos y acorralados. Mientras tanto, maniobran libremente los agitadores genuinos, los fabricantes de armamentos, de municiones, de explosivos, de gases asfixiantes. Hombres a quienes nada importaría repetir otra matanza humana, ni enviar a estos campos abonados por la sangre y los huesos de toda una juventud asesinada, otros diez millones de compañeros inocentes. Y dejar otros veinte de mutilados que arrastren sus miserias y sus dolores sobre la tierra destrozada..."

"Dejadnos en paz. Pensad en los vivos. En todos ellos por igual. Cumplid las grandes promesas solemnemente hechas por los políticos en aquellos negros años de 1914 a 1918. Incumplidas están esas promesas. Y continúan sin resolver, a pesar del holocausto de nuestras vidas, los más serios problemas económicos, sociales y políticos. Pensad en los vivos, que los muertos, muertos son".

* * *

Y esfumóse la sombra del "Soldado desconocido". Reyes y príncipes callaron. Callaron, también, los corifeos que a su sombra viven. Desaparecieron todos ante la voz potente e igualadora de la muerte.

Y en el ámbito del mundo, se escucha el eco de la voz del "Soldado desconocido", como una amenaza, mejor dicho, como una acusación...

Valentín ZAMORA

DECIMAS DEL CREPUSCULO

La tarde azul se rebosa
sobre el andén del ocaso
con ese intangible raso
de infinitud luminosa;
y en la senda esplendorosa
donde refunde el anhelo,
camino de su desvelo...
se encrespa el sol en fulgores
como una mar de rubores
en las mejillas del cielo!

Fiesta de luz es el grande
telar de los horizontes;
fiesta de luz en los montes
celebra Dios que se expande...
Y en los altares del Ande
que aclara la cercanía,
l'alba montaña, a porfía
de su magnánima alteza,
parece una gran princesa
tocada de brujería...

En lentitud resignada
la tarde besa su cruz
con el suspiro de luz
del sol en la última arcada...
Y una nutrida bandada,
cortando la inmensidad,
hacia la azul oquedad
va en su volar sibilino
como indicando un camino
que lleva a la eternidad!

¡Silencio! Solo evidencio
la música cristalina
de alegre fuente argentina
que loca tienta al silencio;
y a este son que reverencio
como al sopor que llegó,
con la paz que se enlutó
la candorosa alma mía
se va por la misma vía
que la bandada indicó!...

ALBERTO G. OCAMPO

LA BONDAD

La bondad no consiste en hacer regalos, sino en ser dulce y generoso de espíritu. A veces se da dinero, de la bolsa, pero sin la bondad que viene del corazón. La bondad que se limita a dar dinero no vale gran cosa, y hace a veces tanto mal como bien; pero la bondad que se traduce por una verdadera simpatía y un socorro oportuno, trae siempre los mejores resultados.

Es necesario no confundir la buena índole que se expresa por la beneficencia, con la malicia o la tontería. El que la posea se encuentra en una activa más bien que pasiva, lejos de ser indiferente, es muy simpática. Esta buena índole no caracteriza siempre a las clases más ínfimas de la vida humana, sino que se la encuentra entre los seres mejores organizados. La verdadera bondad busca y favorece todo aquello que puede servir para hacer el bien en el presente y encarando el porvenir, ve perpetrarse el mismo espíritu para la dicha y el perfeccionamiento de la humanidad.

Los hombres benévolos son los más activos en este mundo, mientras que los egoístas y los escépticos, que no tienen más que amor por sí mismos, permanecen ociosos. Buffón tenía la costumbre de decir, que no tendría confianza en un joven que comenzara la vida sin tener un entusiasmo cualquiera, pues esto probaba al menos que se tenía fe en una cosa buena, grande y generosa aun cuando fuera imposible obtenerla.

S. SMILES

EL GRAN COMPLOT CONTRA LOS PERROS DE CARRERAS

Cuando el automóvil de Lawson llegó a las inmediaciones de la granja perteneciente a Herbert Wilson, Derek, vió la silueta del cliente que le había llamado en forma apremiante, y que corría a su encuentro.

Mr. Wilson era un tipo de elevada estatura, ancho de hombros, vestía un traje de deporte, y junto a él corría un perro de raza.

Cuando se reunieron los tres hombres, después de los saludos de práctica, se encaminaron hacia el grupo de edificios que formaban la granja.

—Celebro mucho que haya usted venido pronto, señor Lawson — dijo Wilson — Creo que nos hallamos frente a un caso lleno de interés... Margarita, ¿qué haces aquí?

Una niña de rubios cabellos y de unos cuatro años de edad, se levantó de la alfombra en que jugaba ante la chimenea, frente al fuego, y corrió hacia los recién llegados, que acababan de penetrar en el escritorio del dueño de la granja.

—Mi hija, señor Lawson — exclamó el señor Wilson — Nadie, al verla, diría que es una niña tan inteligente que con frecuencia hace cosas que a mi mismo me dejan sorprendido... Ve con mamá, hija mía. Yo tengo que conversar con estos señores.

La niña obedeció, y cuando los tres estuvieron sentados, Wilson entró de lleno en los detalles del asunto causa de la presencia allí del gran detective Derek Lawson y de su ayudante Squib.

—Usted, señor Lawson,—comenzó — sabe probablemente, que mi granja ha adquirido un rápido desarrollo a causa de que hoy por hoy poseo los más famososo perros de carrera de toda Inglaterra, en mis perreras. No solo tengo velocísimos ejemplares de carrera, sino que poseo un plantel seleccionado para cría... Ahora bien, en esas condiciones comprenderá usted cual es mi estado de ánimo ante el hecho de que solo en la pasada semana han amanecido muertos seis de mis mejores animales... y la muerte se ha producido en forma sospechosa.

—¿Envenenados?—preguntó Derek.

—No he podido comprobarlo—dijo el criador. — Pero tengo la convicción de que ese es el caso. Cada uno de los perros muertos, ha sido hallado en su perrera atado y rígido. Ni el menor indicio de previa enfermedad y aún cuando los peritos, los han examinado no ha sido posible hallar rastros de veneno ni de la causa de su muerte.

—¿Sospecha de alguien? — preguntó Derek. — El personal que tiene a su servicio, es de confianza?

—¡Absoluta!—respondió el criador con plena convicción. — Lo vigilo todo personalmente y no estoy descontento de nadie. Mi hermano me ayuda en la tarea y los hombres que nos secundan han estado al servicio de la familia hace años. Son fieles para los perros y los aprecian.

—¿No ha visto gente desconocida por estos alrededores? ¿Alguién que pudiera despertar sospechas?

—Nadie. Ni yo, ni mis hombres. — dijo Wilson — Pero si usted me lo permite voy a manifestarle lo que pienso. Usted no debe ignorar que en ciertos círculos existe una gran oposición a las carreras de perros y muy bien pudiera esto ser el resultado de un bien combinado plan organizado por elementos de ese ambiente. Usted conoce la clase de gente de que se trata...

Dereck asintió, pero no interrumpió al que hablaba.

—Bien. Yo creo que ante el avance del éxito de las carreras de perros los que las consideran una temible competencia para las de caballos no vacilen en apelar a recursos extremos.

—De hecho, opino que esa es una idea bien acertada y acaso sea por ahí por donde debamos orientarnos,... sin descuidar, como es lógico otras teorías... Si usted nos lo permite Squib y yo nos quedaremos aquí unos días para observar bien todo y ver si logramos orientarnos.

Se acordó pues que los dos detectives se uniesen al personal dedicado al cuidado de los perros y que uno u otro estarían siempre de guardia cerca de las perrears.

La primera noche transcurrió sin novedades de ninguna especie y aunque los detectives ejercieron una vigilancia continua, como a las diez y media de la mañana siguiente dos valiosos ejemplares fueron hallados sin vida en sus perreras.

Nadie se había acercado, con excepción de los que estaban autorizados para hacerlo así.

Ninguno de los detectives se explicaba lo ocurrido.

—Ante los hechos no tengo la menor duda de que el culpable está entre el elemento de la casa—dijo Dereck al señor Wilson—Yo puedo afirmarle que ninguna persona extraña se ha acercado a las perreras.

—Eso lo sabía yo también, pués como han hecho ustedes, ejercí también antes mi vigilancia... Pero ahí está el problema... ¿quién es?

Se hicieron análisis de los alimentos, del agua, de las vísceras y no se halló nada sospechoso. Unicamente se llegó a la conclusión de que los animales habían sido envenenados con algo que no dejaba rastros, ni tenía sabor.

Derek se hallaba contrariado. Por primera vez en su carrera se hallaba frente a un problema sin solución para él.

Los hechos se agravaron al día siguiente al producirse la muerte de otro perro en las mismas circunstancias misteriosas.

LA INESPERADA CLAVE.—

Mientras daba vueltas por el lugar donde estaban situadas las perreras, con la esperanza de descubrir algo que le pusiera en buen camino, Derek Lawson encontró a la pequeña Margarita Wilson, que jugaba con sus muñecas, en el patio bien limpio y cubierto de fresca paja.

La niña sonrió cuando el detective se paró frente a ella.

—¡Hola Margarita! — dijo Derek — ¿Estás jugando con tus muñecas?

—Sí señor — respondió la pequeña levantando en alto una de ellas — Esta me la regaló mi tía Rosa.

—Es muy bonita! Le gustan los bombones?

—¡Ya lo creo! — respondió Margarita — Pero no los bombones que envían las hadas.

—¿Sí? — ¿Y qué bombones envían las hadas? — preguntó Derek con curiosidad.

El rostro de Margarita se iluminó repentinamente, luego expresó temor. Mirando en torno suyo, la niña agregó en voz baja.

—Ese es un secreto. Las hadas nunca me perdonarían el que yo hablase.

—¡Bah! — respondió Derek, sonriendo — Yo no sabía que las hadas enviasen bombones a las niñas...

—Ya lo creo — prosiguió la muchacha, confidencialmente — Mandan bombones para llevarse a los perros... El hombre pequeño me dijo que no se morían, sino que dormían para despertarse en el país de las hadas.

Aquellas palabras demostraron a Derek Lawson, que Margarita Wilson la hija del criador conocía respecto al asunto de los perros más que ninguno de los habitantes de la granja. Por eso, cuidadosamente, con gran tacto y paciencia fué haciéndola relatar toda la historia.

—Vamos a ver... Esto es muy interesante... Cuéntame todo lo que sepas respecto a las hadas, los

EL MADRIGAL JACTANCIOSO

Te muestras conmigo altiva,
cuando soy, para tu mal,
quién puede hacer inmortal
a tu belleza emotiva.

Para realzar tu silueta,
no bastan todas tus galas
y solo puede darle alas
la pluma de algún poeta.

Obras sin causa, ni tino,
al presentarme combate:
Yo soy el único vate
que se cruzó en tu camino.

Hasta hoy sólo has conquistado,
en tu carácter de hermosa,
la mirada silenciosa
del que pasa por tu lado

Yo puedo, de un modo ideal,
consagrarte, por completo,
en las rimas de un soneto
o en alas de un madrigal.

Pero tu altiva hermosura,
que tiene más de coqueta,
torna inflexible al poeta,
que no abandona su altura.

Y si obstinada en luchar,
sabiendo ya lo que pierdes,
insisten tus ojos verdes
en desdeñarme al mirar;

tu porvenir, yo divido,
para que tú obres de acuerdo:
Conmigo, está tu recuerdo;
sin mí, te espera el olvido.

IRINEO RICARDO DEL PINO

ANECDOTA

Lafontaine tenía costumbre de comer todas las tardes una manzana cocida.

Un día salió, dejando su manzana sobre la chimenea y mientras estuvo ausente entró en el cuarto uno de sus amigos que, al ver la manzana, se la comió.

De vuelta, Lafontaine, echó de menos su manzana; sospechando lo que había pasado, exclamó:

—¿Qué ha sido de mi manzana?

—No lo sé — dijo el otro.

—Me alegro — dijo Lafontaine; — le había puesto arsénico para matar ratones.

—¡Dios mío! ¡Estoy envenenado! ¡Un médico!

—Tranquilícese; era necesaria una mentira para descubrir el culpable.

bombones y el hombre pequeño.

—Las hadas no quieren que hable... y el hombre pequeño me dijo que yo me moriría si se lo contaba a mi papá.

—¿Y lo ves siempre?

—Unicamente lo he visto una vez — continuó la chica... Me contó unas historias muy entretenidas y me dió bombones para que se los diera a los perros.. Y deben ser buenos porque ellos se los comen y se duermen en seguida.

—¿Y donde están esos bombones?... Los tienes tu guardados?

—No. El hombre los pone en el hueco de un árbol y cuando yo quiero voy allí a buscarlos. ¿Quiere que vayamos ahora?

Derek que iba a hacer la misma insinuación aceptó gustoso al ver que el misterio comenzaba a aclararse.

En el hueco de una vieja encina, el detective encontró un paquetito que contenía unos terrones de azúcar. Luego volvió con la niña a la casa, y sin despertar sus sospechas la dejó jugando.

Estaba contentísimo pues suponía que allí tenía la clave.

—Es un complot hábilmente tramado. — murmuró — Diez probabilidades contra una de que la muchacha le contara al padre lo de bombones y las hadas, pero tratándose de una chica con la imaginación de ésta las probalidades eran todo lo contrario, pues Margarita cree todo lo que la dice el hombrecillo... Bueno, ahora tengo que descubrirlo a él y el mejor sitio para conseguirlo está en las inmediaciones del árbol bombonera.

Aquella noche el detective y su ayudante reanudaron la vigilancia, pero esta vez no fué en las perreras sino ocultos en el pequeño bosque situado a un centenar de yardas de la granja.

A media noche vieron aproximarse una pequeña figura, que adoptando toda clase de precauciones avanzaba entre los árboles.

—No hay que perderle de vista para descubrir a los verdaderos delincuentes ya que éste no es sino un instrumento de sus malos instintos.

Desde entonces aquel hombrecillo no hizo movimiento alguno que no fuese observado. Tres días después de aquella noche, abandonó la choza que habitaba a buena distancia de ahi y tomó un tren para regresar a Londres. Squib y Derek fueron tras él, y también lo siguieron cuando bajó del convoy en la capital inglesa y marchó hasta una casa situada en una callejuela de East End.

Con un movimiento rápido los dos detectives avanzaron antes de que se cerrase la puerta.

—¡Alto! quedan detenidos bajo la acusación de dar muerte a unos perros de alto precio propiedad del señor Herberto Wilson... No se muevan o hago fuego...

—Ustdes no pueden probar nada — exclamó un hombre corpulento de faz rojiza que se hallaba sentado ante una mesa.

—¿No? Tal vez cuando le cuente al juez una historia, de bombones y hadas... y de la muerte de una niña...

—No. La niña no. Nosotros solo queríamos dar muerte a los perros!...

—¡Gracias por la confesión!... En marcha sin resistirse...

Los tres hombres que había en la habitación pensaron que era preferible entregarse y los agentes de policía se apoderaron de ellos, mientras Derek y Squib regresaban a la granja a referir al señor Wilson todo lo ocurrido.

HOGAREÑA

En el hogar la lumbre vacila y parpadea.
Se oye el tic tac isócrono del reloj centenario.
En prieto haz, con fuerte sentimiento gregario,
se consumen los troncos dentro la chimenea.

Es de noche y la abuela reanuda su cuento,
los pequeños, absortos, la narración atienden,
laxos por el cansancio los nervios se distienden
y el gato se agazapa como un mal pensamiento.

La ilación no se pierde; ya es la Caperucita
cayendo en la celada que le tendiera el lobo,
o ya la acción loable del campesino probo
que salvó a la princesa de la infamia maldita.

Los fantásticos héroes reviven en la mente
de los niños que forman el infantil concurso,
y la abuela salpica con citas su discurso,
donde el recuerdo es grato y el chiste transparente.

Mundo maravilloso de incontables hazañas
y abnegadas acciones el de la fantasía;
implícita está en ellas la heróica poesía
como el viento en el hueco sonoro de las cañas.

Avidamente siguen los niños la conseja,
la luz adquiere vagas tonalidades rosa
y la voz se hace grave, pausada y sentenciosa
en el broche de oro de la ideal moraleja.

En las postrimerías del cuento alucinante
la atención de los párvulos poco a poco decrece,
pues notan que en sus ojos atónitos acrece,
dictador a sus horas, el sueño anestesiante.

Mira en redor la abuela, viendo sólo el racimo
de las brumas y blondas cabezas infantiles
que hasta ha poco siguieron las peripecias miles
de ignotos personajes, con ternuras de arrimo.

Y sonríe, sonríe, ya nada la contrista,
pues merced a su esfuerzo cariñoso de abuela
en la imaginación de sus nietos revuela
la alondra de los sueños, casi nunca entrevista.

Una gran paz inunda de gloria el aposento,
el silencio recoge sus alas desplegadas,
y se adivina el vuelo de quimeras aladas
danzando en áureas rondas alrededor del cuento.

ANGEL ROGELIO DURO

UN VALIENTE

Por René Pujol

En el Café Occidental, Carcajoux acaba de saborear la modesta taza que acostumbraba a tomar todas las noches. Como de costumbre, Carcajoux relata sus hazañas atléticas, pues no desperdicia ocasión de sostener su reputación de hombre fuerte. Tiene por oyentes invariables el encargado del café, sordo como una tapia, pero deferente con la clientela, y un camarero enclenque, enfermizo, con toda la barba.

El camarero enclenque (palpitante). — ¿Siete? ¿Eran siete contra usted?

Carcajoux. — Eso les perdió. Atacado por tres o cuatro adversarios, yo me hubiera contentado con darles un pequeño recorrido...; pero siete eran muchos. A pesar de la negrura de la noche, todo lo vi rojo. Cogí al más fuerte por las piernas y utilizándolo como una maza derribé a golpes a los otros seis.

El camarero enclenque. — ¡Misericordia!

Carcajoux. — Luego cogí a todos y me los llevé al hospital.

El encargado sordo. — Soy de su misma opinión.

(Suena la media noche en el reloj. La cajera se despierta y bosteza. Apaga el fondo del salón para indicar que ha llegado la hora de cerrar).

Carcajoux (dando un billete de diez francos). — Mañana les contaré la historia del tigre real.

El camarero enclenque (entregándole la vuelta). — Tome usted.

Carcajoux. — Gracias. Hasta mañana.

(Nunca da más de diez céntimos de propina, pero estrecha con fuerza la mano flaca del mozo).

El camarero enclenque (con un grito de dolor y admiración). — ¡Ay!

Carcajoux. — Perdón...; pero no he apretado.

El encargado sordo. — Soy de su misma opinión.

(Carcajoux sale. La calle del faubourg Saint-Antoine. No pasa nadie).

Carcajoux (escrutando el horizonte). — ¡Ni un guardia!... ¡Es increible!... La verdad es que es un peligro salir por las noches... Y eso que he escrito al comisario del distrito diciendo que el barrio está infestado de ladrones.

(Camina golpeando el suelo con fuerza y tarareando una cancioncilla para animarse. De pronto el ruido de unos pasos le hace estremecer. Detrás de él alguien se acerca apresuradamente).

Carcajoux (inquieto). — ¿Quién se acercará?

(Apresura el paso. Su seguidor hace lo mismo. Cambia de acera. Su seguidor también).

Carcajoux (aterrado). — ¡Es por mí! ¡Me busca!

(Echa a correr. Su seguidor hace lo mismo. Entonces Carcajoux se lanza por la avenida Ledru-Rollin en una carrera desenfrenada. Pero si Carcajoux corre bien, su seguidor corre mejor, y la distancia que separa a ambos disminuye rápidamente).

Carcajoux (en un supremo esfuerzo). — ¡Estoy perdido! ¡Socorro! Guardias! No acude nadie. Le daré el reloj...; la cartera..., el alfiler de corbata..., todo con tal que me perdona la vida.

(Incapaz de seguir corriendo, se apoya en un farol. Su seguidor le da alcance).

Carcajoux (temblando). — ¡No me mate usted! Por favor! ¡Me rindo! Le daré lo que pida...

(Entonces reconoce la cara del mozo del café).

El mozo (jadeante). — No se asuste usted, señor Carcajoux. ¡Vaya un modo de correr! Se dejó olvidados los guantes en el café y se los traía a usted. Con este tiempo es muy fácil coger un resfriado.

Los efectos de los rayos luminosos

Cada día se esfuerza más la ciencia en estudiar los rayos del sol y cada vez se hacen más sorprendentes e inesperados descubrimientos.

No hay quien ignore que sin la luz del sol el hombre no podría vivir; pero aún no se ha podido escribir completamente la historia de los misterios que ocultan los rayos solares, algunos de los cuales son fríos y otros invisibles.

Se ha probado que los rayos ultravioletas o salutíferos por excelencia son más importante para el tratamiento de ciertas enfermedades que todas las drogas conocidas, y aún más; se ha demostrado que si los rayos solares tienen una importancia vital innegable, sin embargo pueden llegar a envenenar y hasta matar al hombre.

En una serie de Memorias recientemente presentadas en Londres por Sir Tomás Lewis se explica la verdadera causa de las quemaduras de la piel producidas por el sol, y en ellas se dice que el color rojo y la sensación que causa la larga exposición a sus rayos se debe a que se desarrolla un veneno en el cutis parecido a la ponzoña de las serpientes. No es que los rayos solares inyecten el veneno; es que su efecto hace que se desarrolle en nuestro cuerpo.

El síntoma característico de las quemaduras por el sol es el enrojecimiento de la piel que aparece a las pocas horas, a veces menos, de exposición. Si ésta es prolongada, aparecen ampollas y un picor intolerable, y si no todo ello, gran parte es debido al veneno químico que se desarrolla en la piel humana.

El nombre de este veneno es la "histamina", muy parecido al de la culebra cascabel. El principio venenoso de este ponzoña y la de otros reptiles es, por extraña paradoja científica, muy parecido en constitución química a esa salutífera y necesaria sustancia llamada proteína, la más nutritiva de la carne fresca. Claro está que ambas sustancias no son iguales, pero sí tan parecidos, que sólo la ciencia puede decir sus ligeras diferencias.

La histamina a la que Sir Tomás Lewis considera responsable de las quemaduras por el sol puede producirse con la proteína por desintegración de la potencia contenida en los tejidos de la piel.

El primer efecto de los rayos del sol sobre el cutis, o sea su coloración roja, se debe a la dilatación de millones de vasos capilares, venas y arterias que forman intrincada red en la superficie de la piel, diminutos tubitos microscópicos que tienen la facultad de contraerse y ensancharse, mecanismo maravilloso que regula la circulación de la sangre en nuestro cuerpo.

El sonrojo, la palidez súbitos, el calor rojizo que sigue después de un sopapo, el que sigue a una ducha o a unas friegas se produce porque algún estímulo ha hecho que los capilares se ensanchen o se encojan. Sir Thomas Lewis ha inyectado en el cuerpo de ciertos animales pequeñas dosis de histamina, y sus efectos han sido los mismos que los producidos por las quemaduras por el sol.

Un cuidadoso examen microscópico ha demostrado que la histamina inyectada artificialmente produce dos curiosos efectos en los vasos capilares. Se ensanchan grandemente al momento y hace que las paredes de ellos se hagan más permeables a los materiales conducidos por los mismos vasos. Es un efecto curioso.

Estos vasos capilares no pueden desempeñar sus funciones ni no tienen algún escape, si no se rezuman o gotean, pues en su red tienen que llevar alimento al cuerpo, oxígeno y otras sustancias. La sangre no sale de ellos mientras no se produzca la hemorragia; pero los materiales nutritivos deben salir al exterior, "rezumarse" a través de los vasos capilares; pero este goteo tampoco ha de ser excesivo, es decir, que su permeabilidad ha de ser regular, normal, bien graduada. Uno de los efectos que produce la histamina es que aumenta la permeabilidad de los vasos capilares, haciendo que "goteen" demasiado.

Este es el mecanismo por el cual se producen sarpullidos y vegigas en la piel cuando ha recibido demasiada cantidad de rayos solares, por producir la histamina. Si este goteo se produce debajo del cutis, como en los casos leves, el resultado es la aparición de ampollas llenas del líquido que ha "rezumado" de la sangre.

Cuando la quemadura es más severa se produce la hinchazón de los músculos, causada por el goteo de vasos capilares debajo de la piel. El veneno no es, pues, inoculado, sino producido. Lo único que entra en la piel cuando el sol brilla es una parte de sus rayos. La superficie externa de nuestra piel, la epidermis, no es un tejido vivo; es una sustancia correosa compuesta de una serie de escamas superpuestas, algo parecido a las de los peces. Esta sustancia se desgasta con la continua fricción, y constantemente se renueva gracias a la parte viva de la piel, la dermis, que se encuentra debajo y en contacto con ella.

La epidermis es bastante transparente a la luz del sol, y no le afecta en lo más mínimo. La quemadura se produce cuando los rayos solares llegan a la capa viva, a la dermis.

Los rayos ultravioletas, y probablemente algunos otros, penetran a través de la transparente epidermis y caen sobre las células vivas de la dermis. Con la luz ordinaria pocas veces son lo bastante fuertes para destruir las células vivas, pero sí la pueden perjudicar por la descarga de a una pequeña cantidad de histamina.

Esto explica por qué el color rojo de la piel, la picazón y otros síntomas no aparecen con una corta exposición de la piel a los rayos solares, pues los tejidos vivos de la dermis necesitan de algún tiempo para fabricar la histamina y para que ésta se extienda por los tejidos y produzca sus efectos en las paredes de los vasos capilares. Sólo entonces al cabo de cierto tiempo se notan sus efectos.

Puesto que los rayos del sol, al herir un tejido indefenso y sin protección, tienen el poder de destruir y matar, es esencial que el cuerpo humano cuente con algún recurso para reparar los desperfectos y evitar que el daño se propague y extienda.

La oficina que podíamos llamar de reparaciones está en la sangre. Esta, no sólo contiene los materiales nutritivos necesarios para reparar el daño, sino que también lleva un ejército de corpúsculos blancos cuya misión es la de limpiar, barrer impurezas y repeler los ataques de gérmenes invasores y atender a la reparación de las brechas que se abran en la muralla que defiende nuestro cuerpo.

La dilatación de los vasos capilares que se produce inmediatamente después de la descarga de histamina en sus cercanías hace que aumente la afluencia de sangre en los tejidos afectados y una mayor cantidad de corpúsculos blancos se amontonan en los vasos dilatados. El enrojecimiento de la piel por la luz del sol no es un accidente, ni menos una manifestación de la impotencia de la sangre. Al contrario, es un síntoma de que ha llegado la ayuda de la oficina de reparaciones.

En el caso de una repetida exposición a los rayos solares se presenta otro método de protección más permanente, que consiste en amontonar capas de una sustancia colorante oscura, del color del tanino, que pone a los cuerpos morenos hasta llegar al color del tabaco.

PRODIGALIDAD

Como las buenas relaciones de mi familia me impedían elegir, sin avergonzarme, un oficio manual, y como la circunstancia de no saber leer ni escribir no me permitía consagrarme a la abogacía, a la Medicina o a la literatura, me pareció que lo más indicado para mí era la profesión de pobre.

A lo primero me sedujo la especialidad de lisiado. Pasarme el día sentado sobre una tabla con ruedas, pudiendo hacerla andar a mi capricho, no dejaba de tener sus encantos. Pero no por ser mendigo se deja de ser hombre. ¿Y cómo, una vez terminadas mis horas de mendicidad, iba a seguir a las modistillas en aquella postura humilde? Renuncié, pues, a una invalidez tan seductora por estas razones de galantería.

¿Jorobado? ¿Ciego? No acababa de decidirme. Un socio de la Agrupación de Mendigos me aconsejó elocuentemente el empleo de mudo, y, convencido, encargué a un grabador una plancha con esta inscripción: "Tengan piedad de un pobre mudo." Cinco días después la Agrupación me entregó un certificado de aptitud que me autorizaba para el ejercicio de mi nueva profesión.

Pero, desgraciadamente, el certificado que me entregaron era un título de sordo, confusión cuyas consecuencias hube de padecer en seguida. Colgué la placa de mi cuello y me coloqué junto a las puertas del Louvre. Sin ir precisamente hecho un dandy, me había vestido decentemente. A un pobre que no va muy descuidado suele dársele diez céntimos de limosna; en cambio, rara vez se dan más de cinco a un pobre de aspecto lamentable. ¿Para qué darle más puesto que su miseria es incurable?

El resultado fué prodigioso, y por la noche no cabía en mí de gozo por mi elección. No pedía nada a nadie (¿cómo iba a pedir siendo mudo?); me guardaba el dinero y no tenía ni que dar las gracias (por la misma razón de mi mudez).

Cuando iba a abandonar mi puesto una anciana depositó una monedita de cincuenta céntimos en mi platillo. Doblé mi silla de tijera y marché por el borde de la acera de la calle de Rivoli, al mismo tiempo que la caritativa señora.

—Mucho cuidado, buen hombre — me gritó de pronto al oído —. Detrás de usted viene un automóvil; no vaya a cruzar ahora.

Aquella atención de la noble señora me conmovió.

—Ya lo oigo, señora y muy agradecido por el aviso. Estos automóviles se oyen a dos kilómetros de distancia.

—¿Pero... que usted los oye?

—Sí, señora.

—Entonces, cómo dice la placa que usted lleva que es sordo.

—¿Qué mi placa dice que soy sordo? ¡Eso es un error, señora! Yo no soy sordo ni lo he sido nunca. Soy mudo.

¿Qué es usted...? ¿Pero usted asegura que es mudo?

—Palabra de honor, señora.

—¿Y es usted mudo y habla?

Aquella anciana, muy escéptica, se negó a creerme, a pesar de yo asegurarle una y mil veces que estaba privado del uso de la palabra. Acabó por pedirme sus cincuenta céntimos. Como era mudo, no le contesté. Insistió. Como era sordo, no quise oírla. La anciana me amenazó con llamar a un guardia. No me gustan las discusiones, y le devolví sus cincuenta céntimos.

Y mi familia, justamente indignada, me ha internado en un reformatorio.

Max y Alex FISCHER

LA MUJER - TIGRE

Por A. Riera

Ya sabéis que la compasión no es mi fuerte. Muchas veces me habéis increpado porque no me compadezco de las ajenas desventuras; porque, teniendo dinero, no lo doy, como vosotros, al mendigo que me lo pide. ¿Es dureza nativa, es efecto de padecimientos muy agudos y muy continuados, sufridos con paciencia pensando en el desquite? No lo sé. Lo que sé positivamente es que no me conmueven todas las desgracias que se exhiben a la luz del día, todas esas desdichas que, bien explotadas, producen dinero. Un tío o una tía sanos y robustos que, por no querer trabajar, piden limosna o se mueren de hambre, me causan un asco profundo, hasta cuando de veras padecen; un hombre que no sabe luchar y sucumbe, no me inspira lástima alguna.

Y, sin embargo, no podéis imaginar la conmoción profunda, la piedad inmensa que he sentido hace unas horas. Estos ojos, siempre secos, se han llenado de lágrimas; y el corazón que no late jamás con violencia, ni aún ante los peligros, ha querido como romper las paredes del pecho, la historia es antigua y es bien vulgar. ¿Os la cuento?

—Sí, sí.

—Bueno, un poquillo de paciencia; que ya sabéis que no amplifico.

Hace quince años, tenía yo veinticinco y conocí en una de las ciudades del Norte la muchacha más linda, más ingenua, más buena que he visto. Era yo rico y ella pobre, muy pobre, puesto que con su exiguo jornal mantenía a su padre, holgazán empedernido, a su madre y a dos hermanillos.

Medianamente listo, supe hacerme amar de ella y, pocos meses después, marchaba conmigo a la capital habiendo entregado yo a sus padres una cantidad que les indemnizara de la pérdida de su hija.

Amaba yo a ésta; la amaba de todas veras. Su gracia, su bondad, su belleza que, una vez puesta de relieve por trajes elegantes, hacía que en la calle se volvieran a mirarla hombres y mujeres, me inspiraron la pasión amorosa más honda y completa que hasta entonces sintiera. Horas y horas pasadas al lado de Rosa, contemplándola, oyendo su charla donosa, acariciándola como a una niñita, cuya inocencia tenía, hicieron que imaginara que había topado con la mujer soñada.

Rosa me quería. Aún cuando mi gravedad y mi especial modo de ser algunas veces parecían asustarla, me quería porque era buena, porque la complacía en todo, porque comprendía que la amaba mucho, porque era diferente de cuantos hombres había tratado y conocido.

Pasamos cuatro años felices y olvidados de todo y de todos.

Un día, en un teatro, noté que Rosa se volvía muy a menudo. Miré a mi vez. Un hombre de mi edad, elegante y buen mozo atraía sus miradas. Comprendí, por el modo de mirar, que desde días atrás se conocían.

No he sido nunca celoso; pero confieso que sentí una cólera violentísima.

Al llegar a casa, pregunté a Rosa si conocía al que con tanta insistencia la miraba. No sabía mentir la infeliz. Me confesó que sí; que la había hablado dos o tres veces.

Proferí tremendas amenazas. Rosa tembló, se asustó de tal manera que daba diente con diente. Sabía que en algunas ocasiones era yo brutal.

Al día siguiente salió por la mañana y no volvió a casa.

Estoy seguro de que no era culpable; pero de tal modo se asustó, tan traidora se creyó para conmigo, que huyó para siempre.

La busqué, la hice buscar. Supe que había marchado con aquel sujeto, calavera y perdido a un tiempo, arrojado por tramposo del ejército y de los círculos a que perteneció.

Si por desgracia topo con él o con ella, durante los primeros meses de mi abandono, hubiese cometido un crimen.

Pero, pasaron años. Mi dignidad me vedaba hacer pesquisas y aún cuando el recuerdo de Rosa persistía en mí, estaba exento de toda amargura. Me acordaba de ella como de una mujer joven y bella y cariñosa a la que la muerte me hubiese arrebatado en lo mejor de su vida. No le guardaba rencor alguno. La amaba aún. Al pensar alguna vez en su fuga me decía que ningún derecho tenía sobre ella. Por su voluntad vino conmigo, por su voluntad se alejó. Lo que me horrorizaba era pensar que aquel hombre quizá la había abandonado y que aún viviendo con él, debía sufrir muchísimo.

Hoy, hace cinco horas apenas, no sabiendo como matar el tiempo, he entrado en un circo ambulante en uno de esos barracones donde se exhiben toda suerte de curiosidades. El letrero decía: LA MUJER-TIGRE y en una tela pintada se veía una mujer casi desnuda, con la piel manchada de rojo, alargando los brazos como los felinos y atrapando una piltrafa de carne que llevaba a la boca.

Entré. Exhalaba el barracón un hedor insoportable. Dos muchachos y yo éramos los espectadores.

Un hombre con pantalones ajustados, de indefinible color, y una chaqueta de terciopelo negro con alamares, fuerte y buen mozo, se adelantó anunciando la aparición del fenómeno.

Demacrada, con el rostro rojo, propio de los borrachos empedernidos, pero graciosa y agradable, apareció una mujer.

La conocí en seguida. Era Rosa. La infeliz comió la piltrafa con voracidad, sin repugnancia. Yo miraba las manchas de su cuerpo y pensaba en las que debía haber sufrido su alma. No hablaba. Al oir el chasquito del látigo del domador, rugía débilmente y a veces sus ojos, aquellos ojos azules tan bellos, se dilataban con indecible espanto. Es que temían al golpe.

Acabó la representación. Me acerqué al hombre, y le dije:

—Deseo hablar con esa mujer.

El miserable no me reconoció. Al ver mi facha de hombre rico sonrió con cinismo y me dijo:

—Las sesiones reservadas cuestan diez pesos.

Saqué un billete que embolsó el hombre tranquilamente y se marchó cerrando el barracón detrás de él.

Fuí hacia el cuartucho en que se había retirado Rosa. Hablé con ella. Tampoco me reconoció. Yo no me nombré. Preguntéle por qué llevaba aquella vida, le hablé de su familia. Lloró y solo dos o tres veces dijo entre dientes, con voz ronca: "¡La miseria!".

Al cabo de media hora volvió el hombre.

—¿Habéis visto de cerca el "fenómeno", señor? — preguntó con su única sonrisa.

—Sé que eres un grandísimo granuja, — contesté. Esa mujer se viene conmigo...

—Eh...

—Ahí tienes dinero. Si chistas te aplasto. Ve a hacerte colgar lejos de aquí.

Rosa está en casa. No sé si me decidiré a decirle quién soy cuando esté curada y tranquila. Ya véis si soy compasivo, pues me inspira compasión la MUJER-TIGRE.

LA CAIDA DE LAS HOJAS

En nieves y sombras miré tu belleza
Con todo el encanto de un amanecer,
Y un duende de luto lleno de tristeza
Se sentó a la sombra del atardecer.

Te miré a los ojos, no se qué decían
Tus ojos tan llenos de maternidad,
Que todos mis sueños se me aparecían
Como si volvieran de la eternidad.

Miré tus mejillas racimo de flores
Ofertas al beso que brinda el amor:
Eras como fruta llena de sabores,
Eras agua fresca de mi surtidor.

Y fueron tus senos de curvas tan bellas
Como lirios blancos de sedoso tul.
Se llenó la vida de cantos y estrellas
Y volvióse todo como el cielo azul.

Abrióse la noche con todas sus rosas
Perfume de alcobas al jardín pobló;
Pero como en sueños pasan tantas cosas
El duende enlutado todo lo llevó.

Miré tus mejillas racimo de flores
Ofertas al beso que brinda el amor:
Eras como fruta llena de sabores,
Eras la más linda, eras la mejor.

Andrés Teófilo HERNANDEZ

LA SERENIDAD

La serenidad es la más augusta manifestación del poderío.

Fácil es ser activo. Soltad las riendas y os derribará el caballo. Cualquiera puede hacer esto; pero sólo es varón fuerte el capaz de someter y rendir al potro indómito. ¿Qué requiere mayor energía, ceder o refrenar? Pero el hombre sereno no es el estúpido. Guardáos de confundir la serenidad con la torpeza o la apatía. La actividad es la manifestación de la energía inferior; la serenidad lo es de la superior.

SWAMI VIVEKANANDA






EL GUARDARROPA DE LOS ANADES

Como cambian de plumaje

¿Qué es lo que Carlos Darwin llamaba "plumaje eclipse" de los patos y ánades?

Este tema debe ser retrospectivo.

Parece generalmente aceptado que este "eclipse", este atavío de los ánades es, sencillamente, una fase de la historia de la vida de estos animales, completamente aparte de los cambios de plumaje, de las mudas de otras aves.

Esto, desde luego, es una afirmación injustificada.

Para entender este problema, hemos de examinar, no solamente todos los fenómenos asociados con el colorido que presentan las aves en las diferentes épocas del año, como grupo, sino también los principios de la coloración y los factores fundamentales que entran en ellos.

La evidencia satisfactoria y convincente se puede obtener demostrando que las aves primitivas tenían todas matices "subfuscos" grises más o menos claros, leonados, parduzcos, con manchas más obscuras.

Esta coloración era debida a la melanosis o pigmentos de la sangre, y en menor cantidad al lipocromo o pigmentos crasos.

En el curso de los años, las funciones secretoras de pigmentos del cuerpo emprendieron un proceso de intensificación, resultando de ahí un desarrollo de manchas de colores más brillantes en la cabeza, en el lomo, en las alas o en las tres partes a un tiempo; proceso de glorificación, que empezó en los machos y que al principio se puso de manifiesto en la época de la reproducción, cuando los "hormones" segregados por las glándulas reproductoras alcanzaban su potencia máxima.

Esto llevaba consigo, como consecuencia el cambio de plumaje en la primavera.

Con el transcurso del tiempo, estos primitivos esplendores extendieron su área hasta que participó de ellos todo el plumaje.

Después, las hembras siguieron el ejemplo de los machos, abandonando su antiguo y ancestral ropaje y dejándoselo a los jóvenes, como sucede, por ejemplo, con los estorninos.

Por último, el macho, la hembra y los pollos se vistieron con un traje brillante y permanente, como pasa con el lindo martín pescador.

No podemos aquí detenernos a desarrollar este tema en toda su extensión; conformémonos, limitémonos, mejor dicho, a decir que, mientras en algunas especies estos resplandecientes plumajes sólo lo tienen las aves en la época del celo y luego lo cambian por el más modesto de otoño, de colores más humildes; en otros, el suntuoso ropaje es permanente.

Alargando el período del rico plumaje, cada vez van haciéndolo más tiempo, hasta que por fin el traje primitivo de grises y pardos colores acaba por desaparecer.

Tenemos la evidencia convincente de la verdad de esta interpretación en lo que se refiere a unas cuantas especies de aves de caza.

En la perdiz y en el gallo silvestre, por ejemplo la vestimenta "subfusca" ha sido eliminada casi por completo, pues estas aves sólo la visten durante una o dos semanas en todo el año y limitadas al cuello y a la cabeza únicamente.

Teniendo presente estos datos, podemos ahora con mayor facilidad apreciar lo que es el "plumaje eclipse en los ánades" que responde al umbroso eclipse de las dos últimas aves que hemos puesto de ejemplo.

Pero se presenta un aspecto en el plumaje de esas aves que requiere un estudio que aún no le hemos concedido, y ese es la desconcertante irregularidad en cuanto a su aspecto y duración.

La ciencia, habla de nuevo con insegura voz cuando discute el número de especies que presentan "eclipse en el plumaje". Por un lado por ejemplo, se nos dice que el ánade palero no tiene ropaje de eclipse y por otro lado nos lo describen con todo detalle.

No menos varias son las opiniones cuando se trata de discutir el por qué, el objeto, del "plumaje eclipse". Para la mayoría es un "manto de invisibilidad", una manta de ocultación y engaño que permite al ave ocultarse y pasar desapercibida de sus enemigos durante la muda, pues entre los patos y ánades, como en algunas otras aves, todas las plumas las mudan a un tiempo, de forma que no pueden servirse del vuelo para huir durante esa época. Tienen que permanecer escondidos entre los juncos y otras plantas acuáticas, pues aún pueden escapar nadando y zambulléndose en el agua.

Aquí se nos presenta un paralelo con la época crítica e interesante de la cría.

Las aves de caza, cuando polluelos, adquieren las plumas de las alas antes que las del cuerpo, pues necesitan servirse de las alas lo antes posible.

Los jóvenes patitos, en cambio, adquieren las plumas del cuerpo cuando aún no tienen sino plumón en las alas, porque tienen el agua por donde pueden huir.

Sin embargo, un ornitólogo distinguido ha presentado últimamente el argumento de que "Si hay alguna época del año en la que el macho tiene necesidad de menos protección que en ninguna otra, es precisamente durante el período del eclipse. El que quiera coleccionar ejemplares de esta condición, pronto se da cuenta de ello, pues estas especies desaparecen por completo".

Si desaparecen, ¿a dónde van?

Patronato de Estudiantes Hispano-Americanos y Filipinos en Madrid

BASES

Para la tutela y asistencia de los estudiantes hispano-americanos y filipinos que vengan a España a seguir cualquier clase de enseñanza o estudio, ya por sus medios propios, ya disfrutando de alguna beca, pensión u otro auxilio económico de naturaleza análoga, se crea, en la Unión Ibero-Americana de Madrid, y como dependencia de la misma, un "Patronato de Estudiantes Hispano-Americanos y Filipinos", en la inteligencia de que en tal epígrafe se estiman comprendidos los estudiantes portugueses y brasileños. Esta entidad se organizará con arreglo a las siguientes bases:

Primera: *Formarán parte del Patronato el Presidente y Secretario general de la Unión Ibero-Americana, ocho individuos de la Junta directiva de la misma, que ésta elegirá de su seno, el Rector de la Universidad Central, el Presidente de la Residencia de Estudiantes, el Director de la Residencia Católica de Estudiantes, el Presidente de la Federación Universitaria Hispano-Americana y un médico y un farmacéutico designados por la Unión Ibero-Americana.*

Segunda. *En el comienzo de cada año académico, el Patronato dará cuenta de su gestión a la Junta Directiva de la Unión Ibero-Americana, quien transmitirá el resultado de la misma al Ministerio de Estado y al de Instrucción Pública.*

Tercera. *Como cuestión previa para su funcionamiento, el Patronato queda encargado de formar un censo de todos los estudiantes hispano-americanos residentes en España, censo que se revisará periódicamente.*

Cuarta. *Será misión del Patronato:*

a) Gestionar, según los casos, rebaja en el precio de los transportes marítimos que hayan de utilizar los estudiantes desde sus países nativos a España y regreso.

b) Proporcionar a los estudiantes cuantos antecedentes, datos e informaciones puedan serles útiles, relativos a los centros docentes oficiales y particulares de España, su organización, planes, matrículas, profesores, textos, bibliotecas, etc.

c) Facilitar el hospedaje de los estudiantes en pensiones y casas de familias españolas, donde encuentren alimentación y asistencia adecuadas a la condición social y a las posibilidades económicas de cada uno.

d) Procurar, en el límite de sus posibilidades, asistencia médico-farmacéutica a los estudiantes, así como facilitar la estancia de los mismos en sanatorios o casas de salud, siempre que los recursos del Patronato lo permitan.

e) En el desgraciado caso del fallecimiento de alguno de los estudiantes afiliados al Patronato, corresponderá a éste facilitarle enterramiento decoroso, salvo las mejores disposiciones que sobre el particular adoptara la familia.

Quinta. *El Patronato dispondrá de un servicio de información, mediante el cual pueda tener a las familias de los estudiantes al corriente de la salud de éstos, de sus necesidades, adelantos en sus estudios y de cualquiera otra clase de noticias qu aquéllas desearen conocer.*

Sexta. *Con el propósito de que los estudiantes hispano-americanos, aparte de los estudios que realicen, puedan conocer las ciudades y lugares que por su abolengo histórico o artístico, o que por sus adelantos industriales se considere de interés para los mismos, el Patronato organizará excursiones y viajes colectivos, llevando como directores de cada grupo a profesores o personas competentes.*

Séptima. *El Patronato de Estudiantes Hispano-Americanos y Filipinos contará con los siguientes recursos:*

a) Con la cantidad y servicio que le proporcione la Unión Ibero-Americana.

b) Con la subvención que a tal objeto fije el Estado español.

c) Con los donativos que por una sola vez, o de manera periódica, quieran hacer las Representaciones diplomáticas o consulares de los países hispano-americanos.

d) Con los donativos de particulares o centros de cultura que, teniendo en cuenta las finalidades de la obra, hagan con tal objeto a la Unión Ibero-Americana.

e(Con los recursos que por diversos medios propios obtenga el Patronato.

Para el año académico de 1927-28 el Patronato ha quedado constituído en al siguiente forma:

Señores: Duque de Alba, PRESIDENTE. — Conde de Rodríguez San Pedro; D. José María de Ortega Morejón; D. José Casares Gil; D. Florestán Aguilar; D. Valentín San Román; Duque del Arco; D. Rafael Altamira; D. Américo Castro; Conde de Güell. Rector de la Universidad. — Presidente de la Federación de Estudiantes Hispano Americanos. — Presidente de la Residencia de Estudiantes. — Presidente de la Federación de Estudiantes Católicos. — Doctor Slocker. — D. Antonio Rodríguez M. Toledano. — D. José Antonio de Sangróniz, SECRETARIO GENERAL.

Conocimientos útiles :: *Fórmulas, procedimientos e indicaciones de provecho para el hogar*

Para dorar de nuevo los marcos deteriorados de los espejos, se pulverizan finamente hojas de oro con un poco de miel, sobre un mármol pulimentado; luego con mucha delicadeza, se lava la mezcla con agua caliente, se mezcla después con clara de huevo y agua de goma y se aplica, por último, con un pincel.

Mastic inalterable. — Este mastic es muy bueno para cubrir terrazas, revestir interiormente pilas y depósitos de agua, soldar las piedras, y en general, para todo lo que sea oponerse a la filtración de los líquidos. Es tan duro, que raya al hierro.

Para hacerlo, se necesitan 93 partes de ladrillo pulverizado, 7 de litargirio, igualmente reducido á polvo, y otra 7 de aceite de linaza. Mezcladas las tres substancias hasta obtener una especie de mortero, se aplica la mezcla al punto deseado que, previamente, debe humedecerse con una esponja. Si durante la operación se notan grietas en la superficie, se tapan con una segunda mano del mismo preparado. A los tres ó cuatro días, el mastic ha adquirido toda su solidez.

Un sistema muy económico para pulimentar la plata, consiste en darle una mano de yeso mate, ó lo que es igual, subcarbonato de cal, finamente pulverizado y amasado con alcohol metílico ó amoníaco.

Pasado un rato, se pulimenta con una gamuza.

Mortero de brea. — Se trata de una especie de mortero muy económico, y sin embargo muy útil, puesto que puede aplicarse á todos los usos á que se aplican los betunes minerales. Para hacerlo, hace falta arena fina, que puede sustituirse con escoria de hierro en pedacitos pequeños. Con este material se forma un cono, en el centro del cual, se abre un pequeño cráter; en éste se vierte alquitrán, procurando que sea del que procede de las fábricas de gas. Para un hectolitro de arena, se requieren unos 14 litros de alquitrán. Enseguida, se remueve todo como cuando se hace mortero, hasta que la mezcla sea bien homogénea. Con este mortero se pueden formar capas de dos á tres centímetros de espesor; se le amasa y se le dan todas las formas necesarias. Si se emplea para formar pavimentos de paseos, aceras, corrales, etcétera, conviene echar arena por encima. Para diez metros cuadrados de pavimento, bastan 300 litros de este mortero.

Pasta para hacer muchas copias. — Tómese la cantidad necesaria de tierra gredosa húmeda, amasándola con la glicerina suficiente para ablandar la arcilla. Extiéndase esta parte sobre un vidrio u otra substancia cualquiera no absorbente. Esparrámese sobre la pasta cada dos o tres meses algunas gotas de glicerina a fin de conservarla húmeda. Inmediatamente después de la tirada, deben hacerse desaparecer los trazos de tinta de anilina, valiéndose para esto de una esponja ligeramente empapada en agua.

Para teñir las flores se sumerje el extremo del pedúnculo, recientemente cortado, en el baño de color. Por capilaridad el agua asciende a lo largo del tallo, y al cabo de algunas horas la materia colorante penetra en los pétalos; la orilla extrema de éstos es la que primero empieza a colorarse ligeramente; luego, poco a poco, la coloración invade toda la flor.

La coloración no se produce nunca sumergiendo toda la flor en el baño, y mucho menos haciendo actuar el color directamente sobre los pétalos de la flor. Es preciso que la absorción se verifique de la manera indicada, es decir, por capilaridad y aun mejor por inyección, como se hace para teñir la madera.

La coloración verde se obtiene en el llamado verde brillante. El color violeta se da con el violeta de metilo (de anilina). Para el tono rosa se emplea el rojo de anilina llamado fucsina.

Estas materias colorantes se emplean en solución más o menos diluída, según la entonación que se quiera obtener. La solución acuosa se filtra, y si es preciso se le añade un poco de alcohol para facilitar la disolución de la materia colorante.

El remedio más sencillo para las quemaduras es aplicarles clara de huevo batida. Esta forma una capa que las protege contra el aire y la luz.

Se pueden obtener moldes de sellos y medallas con celuloide, el cual se reblandece a 125° centígrados y después se endurece tanto que puede servir como cliché tipográfico para grabados, etc.

Para escribir sobre hojalata con tinta ordinaria, se tropieza con dificultades insuperables. La tinta se corre formando gotitas separadas, pero hay un remedio sencillísimo. Basta frotar las gotas de tinta sobre la superficie metálica con ayuda de un trapito o más sencillamente—aunque menos aseadamente—con el dedo. No conviene frotar demasiado porque el metal recobra su grasa.

Cemento para calafatear. — Se trata de un substancia que resiste muy bien la acción del agua de mar y que, siendo elástica, soporta las mayores variaciones de temperatura sin agrietarse. La mezcla se compone de tres partes de pez, dos de goma acal en escamas y una de caucho en bruto, todo lo más puro posible. Para aplicarla se funde previamente.

Para evitar en absoluto los enfriamientos, nada hay mejor que todas las mañanas, al levantarse, humedecer ligeramente con una esponja, bañada en agua fría, el cuello, la garganta y el pecho, frotándose acto seguido dichos sitios con una toalla seca de las llamadas rusas. Esto no sólo asegura casi la invulnerabilidad ante las variaciones de temperatura, sino que contribuye a que aumenten las dimensiones de la caja torácica y a que se cubran bien los huesos. Donde más se nota el efecto del tratamiento es el cuello que por ser delgado y con tendones acentuados, se torna en redondo y torneadísimo.

Entre los muchos procedimientos que existen para quitar a la ropa blanca chamuscada el color amarillento, uno de los más sencillos consiste en frotar con cebolla la parte manchada, aclarando después con agua fría.

Aguafuertes del zoológico

Los sueños en el zoo.

¿Sueñan los animales? He aquí un problema cuya resolución podría quizás dar mayores elementos para determinar la psiquis de algunas especies zoológicas. Muchas veces he intentado sorprender animales dormidos, pero la natural desconfianza de muchos de ellos me ha hecho casi siempre llegar a despertarlos de sobresalto, y cuando he podido contemplarlos completamente dormidos y he conseguido alejarme sin recordarlos, nunca he podido descubrir en esas caras cubiertas de vello y con sus ojos (los únicos que dicen algo) cerrados, y comprender si el choque de las células cerebrales hacen vibrar larvas de sensaciones durante el sueño. Quizás para esto sirvan mejor los animales completamente domesticados como el gato, el perro, la gallina.

Supongo que la gallina y la pintada de Numidia sueñan, porque ambas durante la noche pronuncian, sofocadas, ciertas voces que emiten claras durante el día. El gato habituado y querido en una casa y que se abandona por completo, sin desconfianzas, a sueños tranquilos y profundos, jamás hace un movimiento o emite voces que revelen si durante el sueño trabaja su imaginación. Pasa todo al revés con el perro, sobre todo si es cachorro, y al echarse a dormir después de una abundante comida: el animal sueña, como claramente lo dicen sus ligeros estremecimientos y sus pequeños ladridos sofocados, a boca cerrada y que casi parecen producidos por ventriloquía.

Fácil es suponer lo que sueña un perro: el encuentro con otro perro, el enojo con un gato, la indignación con un coche que pasó a todo escape frente a su casa, etc.

Pero el no saber cómo se suceden en su cerebro entorpecido la repetición de los actos de la vida despierta, no da muchas luces al asunto; tan sólo nos permitiría suponer, como presunción muy posible, que los demás animales también sueñan, quedando quizás para siempre en el misterio el saber cómo se elabora en el cerebro de un animal la evolución del yo pensante.

Una metempsicosis moderna y quizás factible sería la de hacer caer en el sueño hipnótico un animal, contemporáneamente a un medium humano y tratar que las dos voluntades sujetas entonces al hipnotizador, se transfundieran recíprocamente y el humano que tiene el don de la palabra nos revelara en lengua humana las sensaciones de psiquis inferior.

No es tan utópica la idea cuando se piensa que hay animales susceptibles del sueño hipnótico y hay otros domésticos que probablemente entienden el pensamiento humano.

Clemente ONELLI

Notas cinematográficas

¿CUAL HA SIDO EL INVENTO MAS IMPORTANTE HASTA LA FECHA? ¿La pila eléctrica? No. ¿El teléfono? No. ¿La Radio?, ¿El aeroplano?

Tampoco. Es la tercera dimensión en películas.

Así afirman la ciencia, la prensa, el mundo teatral y cinematográfico. Ya se hicieron las primeras demostraciones privadas de este maravilloso proceso cinematográfico, que imparte, con el volumen de que hasta ahora carecieron, VIDA PALPABLE a las películas. Ha comenzado así una nueva era reveladora; se ha realizado por fin el sueño de los precursores del cine.

En la benéfica soledad de un laboratorio escondido en la montaña de Suiza, allí nació el revolucionario, proceso de La Tercera Dimensión en película, y de Suiza, lo llevó para revelarlo al mundo, H. M. Heffman, vicepresidente de las Producciones Tiffany de Nueva York, habiéndolo adquirido para ofrecérselo al público de Buenos Aires la *Corporación Argentino Americana de Films.*

EL DIRECTOR STAHL DE LA "METRO", SE UNE A LA PRODUCTORA TIFFANY. — Juan M. Stahl el famoso director general a cuyas habilidades debe el público y gremio mucho de los mayores éxitos de la pantalla contemporánea, ha asumido el cargo completo de la producción 1928 de la Productora Tiffany. Al finalizar su contrato con la Metro Goldwyn, Stahl se alió con A. L. Ypung y H. N. Hoffman constituyéndose codueño de Tiffany cuyas producciones se lanzarán ahora bajo la marca TIFFANY STAHL. Estas películas serán distribuídas en la República Argentina, por la Empresa *Corporación Argentino Americana de Films.*

LA PRIMERA EXTRAORDINARIA DE LA PRODUCTORA TIFFANY STAHL. — La primera Extraordinaria de la Productora Tiffany Stahl, se titula "THE HAUNTED SHIP", y es la primera de las cuatro obras de Jack London seleccionadas por esa productora para, la temporada 1928. Trabajan en ella, la célebre actriz, Dorothy Sebastián, tan bella como genial; Montagú Love, un actor que no necesita presentación, Tom Santchis, el odiado villano y además Patt Harmon, Alice Lake y Ray Hallor. Su director es Forrest Shelddon, y aparecen en ella un contingente de bailarinas indígenas de las islas del Pacífico, y casi un millar de indochinos y japoneses y de muchas otras nacionalidades. Esta película será lanzada en Buenos Aires bajo el título de "EL VELERO MISTERIOSO" y será el primer film Extraordinario que estrenará la *Corporación Argentino Americana de Films.*

"BAÑOS RUSOS PARA SEÑORAS". — *Desopilante producción cómica interpretada por la famosa pareja que forman Dorothy Mc. Kaill y Jack Mulhall.* — Imagínese el lector la situación cómica de dos hombres, suegro y yerno, que huyendo se refugian en una casa de baños, exclusivamente para señoras; allí se encuentran con sus respectivas esposas; la del más joven, entonces, resuelve darle celos con un profesor de cultura física que la viene cortejando desde hace tiempo. Esa es la situación fundamental de "Baños rusos para señoras", que Glucksmann está exhibiendo.

Las peripecias de esta comedia son indescriptibles; provocan la carcajada continuamente, con situaciones imprevistas, originales y siempre discretas y de buen gusto.

Lo que valora la película es la interpretación de los principales personajes que está a cargo de la famosa jareja formada por Dorothy Mc. Kaill y Jack Mulhall, quienes nunca han estado más naturalmente graciosos y simpáticos. Les secunda un conjunto de actores seleccionados.

"LA MUJER PROHIBIDA" — *Jetta Goudal, en un papel de intrigante y seductora. Victor Varconi y José Schildkraut, en el de dos hermanos enamorados de ella, realizan una interpretación de una naturalidad y una eficacia extraordinarias, en esta película de variados y lujosos escenarios.* — He aquí el argumento de esta cinta que comienza a exhibir Glucksmann.

Zita (Jetta Goudal), bella e ingeniosa mujer, está al servicio del sultán de Marruecos como agente secreto. Recibe órdenes de informar sobre las operaciones de las tropas francesas. Para asegurarse mejor, Zita debe casarse con el coronel francés Pierre Sautier (Victor Varconi) que está enamorado de ella.

Poco después de la boda, el coronel es llamado urgentemente de París. Hace el viaje por aire. Zita, le seguirá por mar.

A bordo, Zita conoce al famoso violinista Jean La Coste (José Schildkraut) quien regresa de una "tournée". Se enamoran recíprocamente.

Ella no le revela su identidad, pero le promete encontrarse con él en París, después de algún concierto.

En París, en casa de su esposo, un día, poco después de su llegada, el violinista es presentado a Zita: es el propio hermano de su marido! La Coste, es un nombre de cartel del violinista.

La situación de Zita y de Jean es hondamente dramática. Pierre, un día, a pesar de la resistencia de su hermano a seguir las relaciones con Zita, los descubre. Pierre obliga a Jean a incorporarse a las tropas de Marruecos, pues él fué quien, antes, le libró del servicio militar.

En Marruecos hallamos ahora al trío. Jean, trabaja como un esclavo, bajo el sol quemante. Zita ama cada vez más al pobre joven y sigue cumpliendo su misión de agente secreto del sultán. Uno de sus mensajes lo ha hecho sobre un papel con monograma de Jean, y, como es interceptado, Jean es detenido y sentenciado a muerte. Zita, para salvarlo, confiesa la verdad. Es sentenciada a muerte y ejecutada, mientras los dos hermanos que la amaban, se reconcilian.

"EL GRAN DESFILE". — La acción de "El gran desfile" puede resumirse en estas palabras: Las aventuras de un muchacho americano en el frente de Francia: Jim Apperson; hijo menor de una acaudalada familia, parte para la Gran Aventura, acompañado de sus inseparables compañeros, Slin remachador y Bull, propietario de un bar. Los seguimos a través de su marcha por los campos de Francia, su entrenamiento en una pequeña aldea donde Jim encuentra a Melisante, la pequeña campesina, olvidando de golpe a la novia que le está esperando allá, en su patria lejana.

Vienen luego las escenas de guerra, que forman la base de la historia. La interminable hilera de camiones en camino hacia el horizonte ensangrentado, de una grandeza nunca sobrepasada; Melisante arrastrándose por el camino en pos del camino, conmovedora escena que pone una nota de exquisito buen gusto. Luego la lenta marcha a través de un bosque, y las horas terribles en el fondo de un hoyo, que dejará un recuerdo imborrable en los espectadores.

John Gilbert, Renée Adorée, Claire Mc. Dowell, Karl Dane, Tom O'Brien, Hobart Bosworth y Claire Adams interpretan los principales papeles del reparto.

NOVIA DEL SOL

Novia del sol y de la noche hermana
trasunto de mi raza aventurera,
aun llevo en mis pupilas prisionera
la luz de una visión dulce y lejana.

Guarda mi mansedumbre de cristiana,
rebeliones atávicas y oscuras,
extrañas ambiciones y ternuras
que no penetra la intuición humana.

La enorme pesadumbre de cien vidas
que sé para el dolor irredimidas,
gravita en mí, porque al destino plugo.

¡Novia del sol y de la noche hermana,
segura voy hacia la ruta arcana,
uncido el cuello al invisible yugo!

Rosario SANSORES.

FRAY MOCHO

SE PUBLICA LOS MARTES

Oficinas: BOLIVAR, 879 — **BUENOS AIRES**

De 9 a 12 y de 14 a 18
Sábados: de 9 a 12

U.T. 0428, B. Orden.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Capital		En el Interior		En el Exterior	
Trimestre	$ 2.50	Trimestre	$ 3.00	Trimestre	$ oro 2.00
Semestre	„ 5.00	Semestre	„ 6.00	Semestre	„ oro 4.00
Año	„ 9.00	Año	„ 11.00	Año	„ oro 8.00
N.o suelto	„ 0.20	N.o suelto	„ 0.25		
N.o atrasado	„ 0.40	N.o atrasado	„ 0.50		

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los repórters, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial de esta revista

Entretenimientos

CIENCIA RECREATIVA, JEROGLÍFICOS, CHARADAS, etc. PARA DISTRACCIÓN DE CHICOS Y GRANDES

EXPERIMENTO DE INERCIA

Se colocan dos fichas de dominó una frente a otra; se añade otra encima, como si formasen una puerta y sobre la última se pone una cuarta ficha que sostendrá tres más en igual disposición que las primeras.

El juego consiste en eliminar la ficha horizontal inferior, sin que caigan las demás.

Con este objeto se prepara una ficha echada sobre uno de sus lados A. A. a una distancia conveniente, para que pasando el dedo índice entre las fichas que sostienen el conjunto, y apoyando el extremo del mismo en E, el movimiento de retroceso de aquella la



haga levantarse, chocar contra la que debe derribar (siguiendo la dirección de la flecha J,) y hacerla caer, de forma que el cuadrado superior descienda instantáneamente sobre las dos piezas que sirven de soporte.

Nos parece excusado advertir que debe procederse con mucho cuidado en la colocación de las fichas, a fin de que la construcción ofrezca la necesaria solidez, hallándose en la misma línea las fichas verticales.

El golpe que se dé sobre la ficha indicada debe ser muy rápido y tocando en la parte central. De lo contrario se vendría al suelo el conjunto.

Repetidas pruebas y ensayos en la colocación de las fichas, según indica el grabado que acompaña a estas líneas, darán la agilidad necesaria para conseguir el objeto que nos proponemos.

N.o 32 — CHARADA

La "una-una" entre cristales
suena terso y vibrador,
y las cosas materiales,
como los actos morales,
su "una dos" tienen, lector
La "dos" es planta especial;
con el sol ¡bella fortuna!
tiene un vínculo natal,
y un vasto imperio es su cuna,
vasto imperio celestial.
La "dos tres" aunque os asombre
pájaro es que sabe hablar.
No se puede esto negar,
pues él mismo enseña al hombre
como le debe llamar.
El "todo" es grave y paciente,
de apostura reposada,
no alardea de valiente,
más recibe estóicamente
la más profunda estocada.
Y si quieres perpetuar
tu manera de pensar,
á él tienes que recurrir:
y mientras te hace triunfar
se le va viendo morir.
Pero nunca está doliente,
ni se queja si te ensañas
y le sorbes, inclemente,
poco á poco, y totalmente,
la sangre de sus entrañas.

N.o 33 — JEROGLIFICO

ME QQ

N.o 34 — FRASE HECHA

Mi tía — Nuestras tías
Su tía — Vuestras tías
Sus tías

N.o 35 — CHARADA

Mi *primera* está en el agua,
tercera y *cuarta* nombre es,
animal es *dos* y *cuatro*
y es el *todo* una mujer.

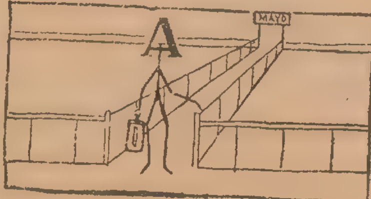
N.o 36 — COMPRIMIDO

T CON

N.o 37 — JEROGLIFICO

TOR NO

N.o 38 — INTERPRETATIVA



N.o 39 — FRASE EN ACCION



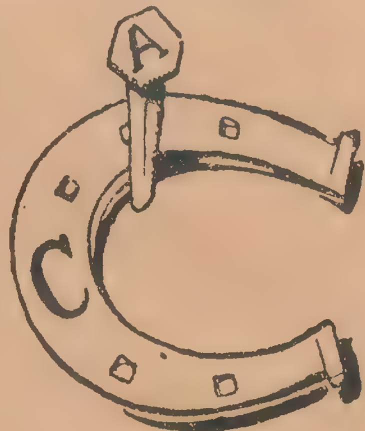
N.o 40 — CHARADA

En los labios ardientes de la mujer querida,
la "primera" es la nota más dulce de la vida.
La "segunda-segunda" ¡oh cosa original!
es fantasma, es visaje y es fruta tropical!
Cuando no desafina la "segunda" y la cuatro",
es solemne en el templo y hermoso en el teatro.
La "tercera-tercera" da en reir y burlar,
aunque es, según la fábula, hermano del pesar
La "tercera y la cuarta", ardoroso y bravío,
es del Africa entera el infiel más sombrío.
El "todo" en las regiones de que es originario,
contra el sol, contra el hambre, se muestra hospitalario.
Y en los tiempos aquellos, en que a orillas del Nilo
adorábase al ibis, al buey y al cocodrilo,
el faraón hallaba, del "todo" en lo durable,
el lecho en que dormía su sueño imperturbable.

N.o 41 — JEROGLIFICO

17.586
3.103
592
941
22.222 NO

N.o 42 — JEROGLIFICO



N.o 43 — CHARADA

Según "tercera primera",
con "todo", formarse pueden
una infinidad de cosas
toditas de rechupete.
A saber: Con la "tercera"
negación que se usa siempre;
"prima tercera", en el canto
y entre la elegante gente;
"segunda prima", es costumbre
de cristianos y de herejes;
y entreverando las letras
lo más convenientemente
hallarás: un animal,
una cosa que es de reyes,
algo de aves, un metal,
ciudad, y algo que es, a veces
de carpintero, de expósitos
y de estaciones de trenes;
y si es que la ortografía
no fijas correctamente,
verás: un río de Europa,
y una cosa en que se cuece,
¿No has comprendido, lector?
pues ponte más al corriente
sabiéndote que es mi "todo",
una cosa que se bebe
ya sola o ya acompañada
pero nunca muy caliente.

Pensamientos

Todo el que sabe trabajar no teme a las deudas; ni nunca se muere de hambre. Esta se detiene en la puerta del hombre industrioso y no se atreve a entrar. — FRANKLIN.

* * *

La industria lleva consigo el placer, la abundancia y la consideración. — FRANKLIN.

* * *

No hay gentes más agrias que las que son dulces por interés. — VAUVENARGUES.

* * *

El apetito, más aún que el codimento, hace sabrosos los alimentos, y el mejor modo de tener siempre apetito es el te tener siempre templanza. — MANTEGAZZA.

* * *

Todo exceso en las cosas o daña o no aprovecha. — ARISTOTELES.

* * *

Saber imponer modo y medida en las cosas prósperas y no friarse demasiado en la presente fortuna es de hombre prudente. — LIVIO.

* * *

No poseemos la verdadera libertad sino cuando hay un poder que haga respetar las leyes y los derechos de todos, que provea a los intereses comunes, y que refrene o castigue las exorbitancias o exageraciones, procedan de donde quiera. — L. PALMA.

SOLUCIONES DEL NUM. ANTERIOR

N.o 16—Solfa.
„ 17—Afilador sin piedra.
„ 18—Camila.
„ 19—Envevesado
„ 20—Número entero.
„ 21—Cetáceo.
„ 22—El gas del alumbrado.
„ 23—Prendedor.
„ 24—América.
„ 25—El reverso de la medalla.
„ 26—Abada.
„ 27—Salirse de la vaina.
„ 28—Anteojo.
„ 29—Marconi.
„ 30—Itati.
„ 31—¡ A mí, maní!

PAPEL Y TINTA

"La enseñanza secundaria alemana", por Guillermo Keiper. — Buenos Aires - 1928.

Ha aparecido en estos días, cuidadosamente editado por la casa García Santos, la segunda edición de esta difundida obra del doctor Keiper. Bien conocida la personalidad de su autor, y su contribución a la cultura filosófica del país (el doctor Keiper fué comisionado por nuestro gobierno para fundar y organizar el Instituto Nacional del Profesorado Secundario, y desempeñó, durante muchos años, la cátedra de Historia de la Educación en la facultad de Filosofía y Letras), se comprende la trascendencia de una obra de divulgación como esta que nos ocupa. La Enseñanza media en Alemania, en efecto, ha despertado siempre viva curiosidad en el extranjero debido a los resultados sorprendentes que de ella se han podido apreciar. Reglamentada sabiamente de acuerdo a condiciones vocacionales y a necesidades patrióticas, ella constituye uno de los aspectos más interesantes del moderno engranaje pedagógico. El Dr. Keifer, que conoce a fondo la cuestión, traza el cuadro de esta enseñanza y formula apreciaciones de un gran valor filosófico que serán de mucha utilidad para los especialistas.

La obra está prologada por el doctor Otto Boelitz, ex ministro de Instrucción Pública de Alemania, quien abunda en merecidos elogios para la labor filosófico-educacional del profesor Keiper.

X.

"Tientos", versos criollos por Ernesto V. Silveira, Montevideo.

Entre el núcleo de poetas que se dedican al verso campero, Ernesto V. Silveira, es uno de los que tienen más acierto para tratar los asuntos concernientes al gaucho desaparecido, y que ha dejado una estela de remembranza y tradición.

Su libro "Tientos" reune la emoción a la forma clásica, la espontaneidad a un sentimiento hábilmente expresado.

Leyendo sus poemas, se evoca la figura desaparecida del hombre de ayer, creado bajo el sol de la pampa y en contacto con la naturaleza,— madre sacra— que ofrece a este escritor en grado sumo, su magnificencia.

De los poemas de este volumen merecen citarse "Experencia", "Ni cien años" y "No preguntes por nada", aquí el poeta deja traslucir mejor su alma predispuesta a las ensoñaciones y enamorada del tradicionalismo.

"Tientos" hace honor a su autor que se consagra como un buen poeta tradicional.

V.

"¡Excelsa gratitud!", por Emma R. Mosto. — Librería "La Facultad", de J. Roldán y Cia. - 1928.

La autora de este libro, es una distinguida educacionista, residente en San Nicolás de los Arroyos.

"¡Excelsa gratitud!", contiene interesantes crónicas, relatos y cuentos cortos, que, dicho sea en honor a la verdad, sugieren más de lo que su autora se había propuesto; esto es, que por asociación de ideas, el lector va viviendo momentos felices, aunque a veces tenga que tropezar con expresiones mal construídas, por la falta de sintaxis de que adolecen estas narraciones.

En una obra de esta índole, es necesario cuidar mucho el estilo; pues, de otra manera, la descripción de los lugares u objetos referidos, como la evocación o la pintura que se hagan de un personaje, pierden todo su interés.

Este es un género literario, que requiere mucha belleza de expresión, al mismo tiempo que un exacto conocimiento de los vocablos empleados.

Decimos esto, porque al lado de algunos desaciertos, en cuanto a impropiedad de lenguaje se refiere, notamos que la autora de este libro posee condiciones relevantes de una exquisita escritora, y, es dueña, además, de un rico temperamento para abordar con éxito estas clases de literatura.

Para aseverar lo que dejamos dicho, a este respecto, ahí están si no las tituladas: "Un peregrino", "Campanita de la aldea", "Una cruz", "A ganar el mendrugo deseado", "Yo no invoco tu nombre ¡oh, fortuna!..." "La humilde capilla de piedra", "Ciego", "El príncipe que pasa", etc.

Es de esperar, pues, que la señorita Emma R. Mosto, con la experiencia adquirida, ha de darnos otro libro que la destaque entre nuestras jóvenes escritoras.

"Hombres e ideas", por Juan Pablo Echagüe. Editor Manuel Gleizer - 1928.

El señor Juan Pablo Echagüe, reputado crítico teatral, ha dado siempre muestras de que es un hombre de vasta cultura, sobre todo en asuntos de teatro; y también, de que su capacidad crítica se ha caracterizado por alentar al novel autor, antes que ridiculizar a éste por tal cual desacierto.

Respecto a lo que el señor Echagüe entiende por crítica, propiamente dicha, nos lo da ahora con la recopilación que acaba de realizar, agrupando en un volumen interesantes y sagaces trabajos, bajo la denominación de "Hombres e ideas". Leyendo este libro, substancioso en todas sus partes, advierte el lector de que está frente a un cerebro disciplinado, y capaz de abordar con conocimiento, cualquiera manifestación artística que atañe al teatro en general, y, en particular, las que se refieren al comentario razonado, con respecto a la evolución de las ideas bajo el punto de vista de la escena.

"Hombres e ideas" integran siete producciones, en las que se estudian, detenidamente, múltiples cuestiones que merecen ser leídas.

En la primera de ellas, se analiza, con acopio de datos, los "Orígenes psicológicos de "Recuerdos de Provincia", de don Domingo F. Sarmiento. Y, en seguida, ahonda la personalidad de éste, estudiando en "Sarmiento, crítico teatral", todas las cualidades que como tal poseía en aquellos tiempos, el obscuro cronista teatral de "El Mercurio", de Valparaíso, allá por el año 1842.

Al referirse a este punto, el señor Echagüe dice de Sarmiento, que éste no sólo era un analista del arte y de su historia, no sólo era un apóstol del progreso material y moral de sus semejantes, sino que fué también un iluminado genial.

El capítulo tercero "José Ignacio de la Rosa, colaborador de San Martín y promotor de la cultura sanjuanina", hace una evocación de éste, estudiándolo bajo su faz histórica, poniendo de relieve sus condiciones de primer conductor del pueblo de San Juan, por las rutas de la cultura y de la gloria.

En "El amor en el teatro", "La moral en el teatro" y "El teatro de ideas", el crítico que hay en el señor Echagüe, se caracteriza por la comprensibilidad del tema que toca, aportando con su saber, en el orden estético y social, todo lo que conviene a nuestros autores y críticos, y también lo que interesa directamente a nuestra sociedad.

Terminan sus capítulos, con una "Carta a Hugo Wast", digna de ser conocida de todos, por el concepto y el punto de mira que ella motiva.

Como se ve, "Hombres e Ideas", de Juan Pablo Echagüe, es un libro meduloso, eficaz y necesario en toda buena biblioteca.

José Mauricio PEIXOTO.

"Tipperary"

"TIPPERARY". — La conocida editorial "Atlántida", acaba de publicar una quinta revista quincenal titulada "Tipperary".

A juzgar por el primer número que tenemos a la vista, este magazine trae entretenidas novelas, cuentos y aventuras para niños.

Dada la índole de la misma, es de esperar alcance una pronta difusión entre el elemento que se dedica a estas clases de lecturas.

Hemos recibido

"Las noches en el Palacio de la Nunziatura", por Rafael Arévalo Martínez. — Guatemala, 1927.

"El derecho obrero y el presidente Irigoyen", por el doctor Alfredo N. Morrone. — Buenos Aires, 1928.

"La enseñanza primaria en Alemania", por Hugo Dorsing. — Buenos Aires, 1927.

"El hombre que parecía un caballo" y "Las rosas de Engaddi", por Rafael Arévalo Martínez. — Guatemala, 1927.

"Pagos juidos", por Luis Francisco Longhi. — Buenos Aires, 1927.

"Los derechos de la caridad y de la justicia", por el doctor Samuel de Madrid. — Buenos Aires, 1928.

"Casquijos", prosas por I. C. Alvarez. — Buenos Aires, 1928.

"Figuras de la Revolución Francesa. — Carlota Corday", por Margarita Leclere. — Barcelona, 1928.

"Tribunales de menores", por el doctor Carmelo Puciarelli. — Buenos Aires, 1928.

"Libro del Banco Agrícola Sudamericano". — 1928.

"El Evangelio de la Patria", por Eduardo Isla. — Buenos Aires. — 1928.

TEATROS

"LA GLORIA DEL NIÑO JORGE" EN EL COMICO

Se advierte en las obras estrenadas últimamente en el Cómico, una encomiable reacción orientada hacia las producciones que salen de la esfera del mal gusto en que por lo común se mantiene el sainete. Parecería que el éxito de "Stéfano", la interesante pieza de Armando Discépolo, hubiera animado a la dirección de esa sala para proseguir un camino poco frecuentado por los autores o por las empresas. Ello merece plácemes y constituye un ejemplo digno de imitación, que podría encauzar por nuevos y más acertados rumbos el gusto de los auditorios populares.

"La gloria del niño Jorge" de Pedro B. Aquino, no está ciertamente a la altura de "Stefano" pero no carece de valores artísticos y, sobre todo, está escrita limpia y corerctamente, lo que ya representa dentro de nuestro teatro un mérito poco común.

El autor nos presenta el caso de un hombre inteligente sometido, por falta de voluntad a los caprichos de su esposa, una mujer frívola y necia, poseída por la vanidad del lujo. El hombre apremiado por las exigencias de la coqueta, insaciable en sus ambiciones y delirios, comete un acto indigno a favor de la impunidad que las circunstancias propicias le deparan y ello le permite disponer de recursos abundantes para trasladarse a París, donde en poco tiempo gasta hasta el último centavo de una fortuna que no era suya. De regreso a su vida de trabajo, por la fuerza de la necesidad, comprende sus errores y se resuelve a reparar la falta y a rehacer su vida.

La pieza, dentro de estas líneas generales, involucra una animada serie de episodios, en los que abundan los pasajes cómicos. Es un poco arbitraria a veces y empela recursos arcaicos para llegar a situaciones que hubiéranse alcanzado por medios más sencillos, pero en general se mantiene siempre dentro de un marco irreprochable, sin perder en ningún momento su interés.

Completó el buen éxito producido por la pieza su correcta interpretación por la compañía del Cómico, especialmente Arata.

"METEJON, BERRETIN Y COMPAÑIA" EN EL SMART.

Sería ocioso entrar a examinar la pieza estrenada en el Smart con el título que encabeza estas líneas. Sus autores, César Ratti y Juan A. Bruno no se han preocupado poco ni mucho de la crítica y si bien es cierto que lo común es que los autores se interesen por el público, censor más inmediato y definitivo de la producción teatral, la mayoría no suele desdeñar el juicio de la crítica. Pero "Metejón, Berretín y Compañía" está fuera de todo comentario. Es una obra sin texto o, por lo menos, con un texto convencional que admite cualquier improvisación de los actores y que requiere su colaboración y su iniciativa para prosperar. La pieza presenta varios tipos y una serie de escenas como un burdo cañamazo sobre el cual los intérpretes han de bordar, vamos al decir, el diálogo. Así resulta que lo interesante es la labor de los actores, siendo piezas éstas que pueden verse repetidas veces, por el que guste de estos espectáculos, pues en ellas todo depende de los aciertos de la interpretación y del estado de ánimo de los actores.

DE ROSAS Y COMPAÑIA

"La sombra del pasado", la pieza de González Castillo y Velloso últimamente estrenada, atrae público a la Comedia. Los intérpretes sacan buen partido de sus papeles, sobre todo las figuras principales del elenco. Todo hace pensar que la temporada seguirá bien hasta fin de año, lo que según nos decía un autor de barrio se explica porque en el Comedia trabajan dos compañías unidas y así rezan los programas... No tiene gracia, terminó el aplaudido "autor nacional"..., que hace cinco años que espera estrenar en el centro y no sale de la periferia.

VON CASAUX

El simpático hijo de la tierra de Hindenburg que hizo las delicias del público en "Koolosal mujer" y que tuvo gemelos en otras producciones, reencarnó nuevamente en el actor Casaux como protagonista de la última pieza estrenada en el Nuevo con el título de "Mi amigo el diablo", de Francisco E. Collazo y Torcuato Insausti.

De esta pieza, que debió estrenarse en las postrimerías de la semana anterior, nos ocuparemos en el número próximo.

ESTRENOSE EN EL LICEO

De la comedia a la pochade, pasando por el vodevil, se viene desarrollando en el Liceo por la compañía Dealessi Ratti una temporada interesante y muy surtida. A los géneros ya mencionados, hay que agregar ahora una pieza de gran espectáculo que debió ser estrenada el viernes último. Su título es "La vuelta al mundo en ochenta sustos" y pertenece a los señores Arnaldo Malfatti y un supuesto Fritz de Monte Pin, disfraz bajo el que sin duda se oculta un experto y conocido comediógrafo que acaso sea el que más frecuenta la sala del Liceo.

EL PROXIMO ESTRENO DEL NACIONAL

Como ya hemos anunciado, el teatro Nacional renovará su cartel en estos días con el estreno de la pieza en un acto de José A. Saldías "Romance federal", con la que dicha sala se adherirá a las fiestas mayas si, como se espera, la obra cae bien en el público y prolonga su existenchia hasta la fecha patria.

VACAREZZA Y MUIÑO

El primer gran éxito de la temporada de género chico corresponde a la compañía de Enrique Muiño y al popular sainetero Alberto Vacarezza, cuya pieza "El cabo Rivero" ha alcanzado las doscientas representaciones consecutivas, a lo que no llegó ninguna otra obrita del teatro por horas en esta temporada. En realidad es un éxito merecido, pues "El cabo Rivero" es un sainete lleno de color y sumamente gracioso. Hay que reconocer que la interpretación de Muiño del protagonista es un factor que ha coayuvado en mucho al largo cartel de la pieza.

Este conjunto prepara la obra de espectáculo "El circo Rivolta", original de Manuel Romero y ensaya además, para ponerlas en escena en oportunidad, "El hombre de la plaza pública", de Rodolfo González Pacheco y "El casorio de Buffarini", de Martinelli Massa y Aguilar.

PARRA COMO SIEMPRE

Si bien se ensaya la obra póstuma de Roberto Payró, "Alegría", el Argentino continúa representando todas las noches la última producción de Parravicini, "Una hija", obra pintoresca que "hace de reír" a los innumerables admiradores del capocómico, con recursos honestos y procedimientos aceptables. Mientras la chica continúe encantando al público, no conoceremos más alegría que la del retoño escénico parraviciniano, que pronto cumplirá las 50 repeticiones.

"COLON ERA GALLEGO"

El conocido autor Julio F. Escobar ha leído a la dirección artística del Nuevo una pieza en tres cuadro que lleva el título del epígrafe. Como su lectura hizo buena impresión, la conoceremos dentro de poco, quizás después de "Mi amigo el diablo", farsa de Francisco Collazo y Torcuato Insausti que tiene el primer turno en el orden de los estrenos.

La obra de Escobar se presta para el personal lucimiento de Casaux y de los principales actores del Nuevo.

OTRO DEBUT EN EL AVENIDA

Y van tres en pocos meses. A Perdiguero sucedió el conjunto Casenave-Hernández, que acaba de levantar campamento a poco de niciarse, y a este reemplaza las huestes de Diego Valero, que tan buena temporada realizó en el mismo escenario durante el verano y que tuvo que dejarlo en pleno éxito porque la sala estaba prometida a Perdiguero.

Ahora Valero posiblemente se quedará hasta agotar su éxito. Por lo pronto, su debut atrajo al Avenida una muchedumbre digna por su número de una manifestación personalista, y el estreno de la revista "Las castigadoras" resultó promisor, por la excelente acogida que el público le dispensó. Con más tiempo y espacio, comentaremos en otro número la producción, que lleva una bonita música del maestro Alonso.

OPERA ITALIANA

El excelente conjunto de ópera italiana que viene realizando en el Politeama una temporada de gran mérito artístico, representó últimamente la obra maestra de Arrigo Boito "Mefistófeles" bien puesta en escena y cantada irreprochablemente por un excelente núcleo de voces bajo la acertada dirección de Gino Puccetti.

En la semana próxima será interpretada "Andrea Chenier".

JOSE GOMEZ

Continúa representando "El místico" la compañía del Ateneo. Aparte de la modernización de "Hamlet", José Gómez se dispone a ofrecer un estreno. Se trata de una obra de Máximo Soto Hall titulada "Sandino", nombre que hace pensar en el héroe mexicano.

LA OLONA

La inteligente actriz del Marconi acaba de dar a conocer otra obra nacional, bien que el autor sea italiano: "...Y el César volvió", de Folco Testena, estrenada cuando se cerraba este número. Prometemos ocuparnos de ella.

SCOLATI ALMEYRA

Después de cinco años de ausencia, se ha radicado de nuevo en la capital el conocido y estimado maestro Félix Scolati Almeyda, de larga actuación en las salas nacionales.

Scolati, que era director de orquesta del Club de Mar del Plata, en cuya ciudad permaneció todo el tiempo que faltó de Buenos Aires, regresa con el propósito de consagrarse al cultivo del "folklore" argentino, en el que seguramente ratificará su inspiración musical, muchas veces demostrada.

TRES FRASES POR CINCO PESOS

Al terminar la primera conferencia de don Leopoldo Lugones en la Opera, una dama que estaba sentada en la platea a nuestro lado, se incorporó con un mohín muy femenino y dijo a su compañera:

—Tres frases por cinco pesos.

Y dirigió una mirada en su torno, como buscando disidentes...

GRAN SPLENDID

Esta bella sala que administra con particular acierto el señor Carmelo Carbone, ofrecerá en la semana una serie de películas verdaderamente notables, como que han sido seleccionadas entre las mejores recibidas últimamente de las grandes casas productoras. Recordamos que las veladas dominicales constituyen verdaderas reuniones mundanas por la concurrencias de las familias de la aristocracia porteña.

CAPITOL

La cinta "Amanecer", que se exhibe en exclusiva en este acreditado salón, congrega mucho público en las funciones. Es un interesante trabajo, que responde a una técnica moderna y reune todos los factores de éxito para una película.

GLORIA

El administrador de este cine, Sr. Marcos Sánchez, ha formulado un atrayente programa de cintas para esta semana, en el que figuran reprises de películas notables, de esas que el público vuelve a ver con agrado.

PARC

Un cartel de buenas películas brindará a su público en estos días esta bonita sala de Palermo que disfruta de los favores del público de la circunscripción.

ULTIMAS CREACIONES DE LA MODA FEMENINA



Vestidos sastre para la tarde. — 1 — Abrigo ejecutado en ''kashamira'', cruzado a un lado y dando un movimiento de plisado. Cuello y demás guarniciones de ''kolinsky''. — 2 — Elegante traje confeccionado con ''vela kashaburé'' color beige, adornado con castor. — 3 — Traje compuesto de una chaqueta cruzada al costado, ejecutada en paño azul ultramar, con adorno de nervaduras. Cuello forma fular, forrado con raso azul. Y falda de raso azul cerrada en el costado y formando dos pliegues por delante.

Tall. Gráf. A. García & Cía. Perú 1746.